Leo Perutz

El caballero sueco

En la Europa oriental de principios del siglo XVIII, en la frontera entre Prusia y Polonia, el joven rey Carlos XII de Suecia sueña con un imperio que abarque desde el Báltico al Negro, y casi lo consigue. Un joven oficial de sus tropas, desertor perseguido, toma el lugar de un asaltante de caminos para escapar de la horca. El ladrón, a su vez, toma del lugar del oficial. Y la novela es la historia de este último: la endemoniada persecución de una felicidad que se escurre, hasta la caída final, anunciada y por ello tanto más patética, cuando la Muerte hace valer irónicamente sus derechos.

Leo Perutz

El caballero sueco

ePub r1.0

Sibelius 18.07.14

Título original: *Der Schwedische Reiter*

Leo Perutz, 1936

Traducción: Cristina García Ohlrich

Editor digital: Sibelius

ePub base r1.1

Prólogo

Maria Christine von Tornefeld, viuda de Rantzau, casada en segundas nupcias con el consejero de Estado del rey danés y embajador extraordinario Reinhold Michael von Blohme, una belleza a quien en sus años mozos no faltaron pretendientes, escribió sus memorias hacia mediados del siglo XVIII, a los cincuenta años. Esta obrita, que tituló *Mi vida, colores y figuras*, no se publicó hasta un par de decenios después de su muerte. Uno de sus nietos la daría a conocer a un pequeño círculo de lectores a comienzos del siglo XIX.

El título, un tanto ambicioso, no deja de estar justificado. Su autora llegó a conocer, en una época agitada, un buen número de países; acompañó a su marido, consejero de Estado danés, en todos sus viajes, que lo llevaron incluso a visitar la corte del tristemente célebre Nadir-Sha, en Isfahán. En sus memorias hay episodios que todavía pueden interesar al lector de hoy, como por ejemplo, en uno de los primeros capítulos, su impresionante relato sobre la expulsión de los campesinos protestantes del arzobispado de Salzburgo. En un capítulo posterior, la autora describe la revuelta de los copistas de Constantinopla, a quienes la fundación de una imprenta en dicha ciudad había privado de todo medio de vida. Asimismo, refiere magistralmente las actividades de los ensalmadores de Reval y la violenta represión de esta secta de iluminados. En Herculano, tuvo la oportunidad de contemplar los «primeros», en palabras de la autora, «descubrimientos que vieron la luz, estatuas esculpidas en mármol y bajorrelieves», sin percatarse sin embargo de la importancia de tales hallazgos. En París viajó en una carroza que «sin necesidad de caballos, sino

movida por su propio impulso interno» era capaz de recorrer once milias francesas y media en menos de dos horas.

Se relacionó con algunos de los más insignes espíritus de su siglo. En un baile de disfraces, en París, conoció al joven Crebillon —parece que fue su amante durante algún tiempo—. En una fiesta masónica que tuvo lugar en Luneville sostuvo una larga conversación con Voltaire, con quien se encontraría unos años más tarde en París, precisamente el día en que ingresó en la Academia. Igualmente, contaba con varios científicos entre sus amistades, como el señor de Réaumur y el catedrático de física experimental, señor von Muschenbroeck, inventor de la botella de Leyden. En sus memorias relata con gracia extraordinaria la historia de su encuentro con el «famoso maestro de capilla, el señor Bach de Leipzig», a quien oyó tocar el órgano en la iglesia del Espíritu Santo de Potsdam en mayo de 1741.

Sin embargo, la parte del libro que más vivamente impresiona al lector es aquella en la que Maria Christine von Blohme evoca, con un tono exaltado y, a pesar de ello, de una ternura casi poética, a su padre, a quien perdió siendo muy joven y a quien llama «el caballero sueco». Su temprana desaparición y las extrañas y contradictorias circunstancias en las que se produjo este trágico acontecimiento ensombrecieron sus años juveniles.

Maria Christine von Blohme vino al mundo —según refiere ella misma— en Silesia, en la hacienda de sus padres, y todos los aristócratas de la comarca se reunieron para celebrar su nacimiento. De su padre, el «caballero sueco», tan sólo conservaría una imagen borrosa. «Tenía unos ojos temibles», cuenta, «pero cuando me miraba, era como si el cielo se abriera ante mí».

Cuando ella tenía seis años, o quizá un poco más, su padre abandonó la hacienda para dirigirse a Rusia «bajo las lúgubres banderas de Carlos XII», rey de Suecia, cuya fama se había

extendido por todo el mundo. «Mi padre era de origen sueco», escribe, «y los ruegos y los llantos de mi madre no lograron hacerlo desistir».

Pero antes de su partida, la niña cosió en secreto un saquito lleno de tierra y sal en el forro de su casaca. Lo hizo siguiendo el consejo de uno de los palafreneros de su padre, que lo consideraba un medio probado e infalible para mantener unidos a dos seres para siempre. Más adelante vuelve a mencionar a estos dos palafreneros del señor von Tornefeld: Maria Christine von Blohme cuenta que aprendió a maldecir y a tocar la armónica de ellos, si bien esta última habilidad no le fuera luego de ninguna utilidad en la vida.

Una noche, transcurridas unas cuantas semanas desde que su padre partiera para unirse al ejército sueco, la pequeña Maria Christine se despertó al oír unos golpes en su ventana. Al principio pensó que sería Herodes, una especie de rey de los fantasmas o del mundo de los cuentos, cuya imagen la atormentaba a menudo por las noches. Pero era su padre, el «caballero sueco». No se sorprendió en absoluto, sabía que iba a venir, la tierra y la sal de su casaca lo unían a ella.

Preguntas susurradas, palabras tiernas, quedas, volaron de uno a otro. Luego callaron. Él le sostenía la cara entre sus manos. Ella lloró un poco, de alegría por el reencuentro, y también porque él le dijo que debía partir de nuevo.

No había transcurrido ni un cuarto de hora, que él desapareció.

Volvió a visitarla, pero siempre de noche. Alguna vez ella se despertaba incluso antes de que él tocara a su ventana. A veces acudía a verla dos noches seguidas, pero luego pasaban tres, cuatro o cinco sin que diera señales de vida. Nunca permaneció con ella más de un cuarto de hora.

Así pasaron algunos meses. El hecho de que la pequeña Maria Christine no mencionara a nadie, ni siquiera a su madre,

estas visitas nocturnas del «caballero sueco», es algo que la autora no acierta a explicar. Sostiene que es posible que el «caballero sueco» la obligara a mantenerlas en secreto. Quizá temiera que no la creyeran, que incluso se rieran de ella y confinaran su aventura nocturna al reino de los sueños o de la fantasía.

En la época en que Maria Christine recibía las visitas del «caballero sueco», los correos del ejército sueco que llegaban de Rusia y que cambiaban los caballos en la hacienda les trajeron noticias de las victorias de su padre.

Éste había atraído la atención del rey por su valor y había sido nombrado maestre de la orden de caballería de Westgöta y, más tarde, comandante del regimiento de dragones de Smaland. Con esa jerarquía había participado en la batalla de Gorskwa asegurando, gracias a su audaz intervención, la victoria de las fuerzas suecas. Tras la batalla, el rey lo había abrazado delante de todo el ejército, besándolo en ambas mejillas.

A la madre de Maria Christine le inquietaba que «su amadísimo esposo y amigo no le hiciera saber *par écrit* cómo se encontraba en el ejército sueco». «Pero», decía, «probablemente en el frente no tendrá oportunidad de escribir ni una sola línea».

Entonces, en un día soleado del mes de julio, sucedió algo que a Maria Christine se le quedó grabado en la memoria.

«Fue hacia el mediodía», escribe, cuarenta años más tarde, «mi madre y yo nos encontrábamos en el jardín, entre los frambuesos y los zarzales de rosas silvestres, cerca del diosecillo pagano que yace escondido entre la hierba. Mi madre llevaba un vestido de color azul lavanda y en ese momento reprendía al gato por haber saqueado un nido. El gato, sin embargo, quería jugar con ella y se arqueó de manera

que hizo reír a mi madre. De pronto oímos unas voces anunciando la llegada de un correo a la hacienda.

Mi madre se alejó corriendo para escuchar las noticias que traía y no regresó al jardín. Una hora más tarde toda la casa comentaba que en Poltava se había librado una terrible batalla, que los suecos habían sido derrotados y que el rey se batía en retirada. Luego me dijeron que ya no tenía padre. El señor Christian von Tornefeld, mi padre, había caído apenas comenzada la batalla abatido por una bala, y hacía ya tres semanas que lo habían enterrado.

Yo no lo quería creer. No habían transcurrido ni dos días desde la última vez que había tocado a mi ventana y hablado conmigo.

A última hora de la tarde mi madre me hizo llamar.

La encontré en la «habitación larga». Ya no llevaba el vestido azul lavanda y desde entonces no la he vuelto a ver más que de luto.

Me cogió en sus brazos y me besó. Al principio no era capaz de hablar.

«Pequeña», me dijo, con la voz velada por el llanto, «tu padre ha caído en la guerra sueca. No regresará jamás. Junta las manos y reza un Padrenuestro por su alma».

Yo negué con la cabeza. ¿Cómo iba a rezar por el alma de mi padre, sabiendo que estaba vivo?

«Volverá», dije.

Los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas.

«No volverá», sollozó. «Ahora está en el cielo. Junta las manos, reza tu oración, reza un Padrenuestro por el alma de tu padre».

Como no quería afligirla aún más con mi desobediencia, recé, pero no por el alma de mi padre, pues estaba segura de

que seguía con vida. A través de la ventana vi un cortejo fúnebre que avanzaba por el camino, colina abajo. En un carro llevaban el ataúd, el cochero le dio en ese momento con la fusta al caballo. Sólo un anciano acompañaba al muerto, un sacerdote.

Probablemente sería un viejo vagabundo a quien llevaban a enterrar de ese modo. Y por el alma de ese pobre hombre recé un Padrenuestro y rogué a Dios que lo acogiera en su seno.

«Pero mi padre, el "caballero sueco"», y así concluye Maria Christine von Blohme, «no regresó jamás; nunca más volví a despertarme al oír sus golpecitos en la ventana. Y, sin embargo, ¿cómo era posible que estuviera luchando en las filas del ejército sueco, y cayera, y que en ese tiempo lo viera tantas veces en nuestro jardín hablando conmigo, si no murió, por qué no volvió nunca a tocar en mi ventana? Para mí, esto ha sido y será siempre un extraño, triste e insondable misterio».

A continuación relataré la historia del «caballero sueco».

Es la historia de dos hombres que se conocieron un terrible día de invierno del año 1701 en un granero e hicieron un pacto de amistad, reemprendiendo luego juntos el viaje por la carretera que lleva de Oppeln a Polonia entre los nevados prados de Silesia.

PRIMERA PARTE

El ladrón

Durante el día habían permanecido escondidos y ahora, de noche, avanzaban a través de un pinar ralo. Ambos tenían motivos sobrados para no dejarse ver, debían hacer todo lo posible por permanecer ocultos. Uno era un vagabundo y ladrón de mercados que había escapado de la horca, el otro, un desertor.

El ladrón, a quien en la comarca llamaban el Levantacorrales, soportaba sin gran pesar las molestias de sus marchas nocturnas, ya que durante toda su vida había pasado hambre y frío en el invierno. Su compañero, sin embargo, Christian von Tornefeld, se encontraba en un estado lamentable. Era un hombre joven, casi un niño. El día anterior, habiéndose escondido en el sobrado de un caserío bajo un montón de esteras de junco, se había jactado de su *courage* fantaseando acerca de la suerte que le depararía el destino y la grandiosidad de su vida. Tenía un primo, un pariente de su madre, que tenía una hacienda en aquella comarca. Sin duda lo acogería y le proporcionaría dinero, armas, vestidos, y un caballo, con el cual cruzaría la frontera polaca. Y una vez allí, ya no tendría nada que temer. Estaba harto de servir en ejércitos extranjeros. Su padre había dejado Suecia porque los señores consejeros lo habían despojado de sus realengos, arruinándolo. Pero él, Christian von Tornefeld, seguía sintiéndose sueco en lo más profundo de su corazón. No había otro lugar para él más que el ejército sueco. Deseaba servir con honor al joven rey, a quien Dios había enviado a la tierra para castigar la traición de los grandes. A los diecisiete años, Carlos de Suecia había hecho posible la famosa victoria de Narva. Sí, la guerra era una gran cosa, siempre que uno tuviera el valor necesario y supiera emplearlo.

El ladrón lo dejaba hablar. Años atrás, cuando trabajaba como peón en los campos de Pomerania, recibía ocho táleros al año, seis de los cuales debía pagar al rey sueco en calidad de impuestos. A su entender, el diablo había enviado a los reyes a

la tierra para sangrar y pisotear al resto de los hombres. Sólo comenzó a prestarle atención cuando Christian von Tornefeld empezó a hablar del poderosísimo arcano que lo convertiría en un hombre irremplazable a los ojos de Su Altísima y Graciosísima Majestad. El ladrón sabía muy bien de qué clase de arcano se trataba. Un trozo de pergamino bendecido, con un par de fórmulas en latín o en hebreo, eso lo podía sacar a uno de cualquier apuro. También él había poseído uno en tiempos, que llevaba consigo cuando se dirigía a los mercados para ganarse el sustento. Se lo había dejado arrebatar por dos míseros chelines, el dinero se había esfumado y, desde entonces, la fortuna le había vuelto la espalda.

Ahora, mientras avanzaban a duras penas por el pinar con el viento y el granizo azotándoles la cara, Christian von Tornefeld ya no osaba hablar de *courage*, de la guerra ni del rey de los suecos. Iba jadeando, con la cabeza gacha, y, cada vez que tropezaba con la raíz de un árbol, profería un quejido amortiguado por su debilidad. El hambre lo atormentaba, en los últimos días su único alimento había consistido en nabos helados, raíces y hayucos que habían logrado arrancarle a la tierra. Pero peor aún que el hambre era el frío. Las mejillas de Christian von Tornefeld semejaban una gaita desinflada, tenía los dedos rígidos y amoratados, le dolían las orejas bajo el trapo con el que trataba de resguardar su cabeza. Y mientras se tambaleaba bajo la tormenta de nieve soñaba, no con futuras hazañas sino con unos gruesos guantes y unas botas forradas de piel de conejo, y con un hueco lleno de paja y gualdrapas, muy cerca de la lumbre, donde poder pasar la noche.

Cuando salieron de aquel bosque ya había amanecido. Una fina capa de nieve cubría los campos, los prados y los eriales que unas pocas codornices atravesaban bajo la pálida luz del amanecer. El viento de la tormenta se enredaba en las despojadas ramas de cuatro o cinco abedules. Y por levante se extendía un muro blanco de niebla que se agitaba y ondulaba

ocultando a su mirada los pueblos, los caseríos, los páramos, la tierra de labor y el bosque que había detrás.

El ladrón se dispuso a buscar un refugio donde pasar el día, pero en aquel lugar no había una sola casa ni un granero, ni siquiera una zanja o un hueco entre los árboles y las zarzas que pudiera albergarlos. Pero hubo algo que le llamó la atención. Se agachó para verlo mejor.

Había huellas en la nieve: hombres a caballo habían hecho allí un alto para descansar. Por los rastros que las culatas de los mosquetes y las fajinas habían dejado en la nieve el adiestrado ojo del vagabundo supo que se trataba de un grupo de dragones que se habían detenido para calentarse alrededor de una hoguera. Cuatro de ellos se habían dirigido después hacia el norte, y tres, hacia el este.

Una patrulla. ¿A quién andarían buscando? Sin levantarse del suelo, el ladrón lanzó una mirada a su compañero que, encogido y temblando de frío, estaba sentado al borde del camino sobre una piedra miliar. Y al verlo en un estado tan lastimoso, supo que no debía comunicarle su descubrimiento, pues, de lo contrario, aquel muchacho perdería el último resto de valor que le quedaba.

Christian von Tornefeld percibió la mirada que se había posado sobre él. Abrió los ojos y se frotó las manos ateridas.

—¿Qué es lo que has encontrado? —preguntó con voz lastimera—. Si son nabos o un tallo de col debes compartirlo conmigo, ése era el trato. ¿No hemos prometido que nos ayudaríamos, y que lo que fuera de uno pertenecería también al otro? Cuando lleguemos a la casa de mi primo…

—¡Por los clavos de Cristo, no he encontrado nada! —le aseguró el ladrón—. ¿Cómo va a haber nabos en unos campos sembrados de trigo? Sólo quería ver qué clase de tierra es ésta.

Los dos hombres hablaban entre ellos en sueco, pues el ladrón había nacido en Pomerania y había servido a un

terrateniente sueco. Cogió un puñado de tierra de debajo de la nieve y la desmenuzó entre los dedos.

—Es buena tierra —dijo, poniéndose de nuevo en camino —, tierra roja, como la que eligió Dios para hacer al hombre. Un celemín de grano debería dar dos con esta tierra.

En él había vuelto a despertar el mozo de labranza. En su juventud había caminado tras el arado y sabía muy bien cómo había que tratar a la tierra.

—Dos —repitió—. Pero el amo de estas tierras tiene, según me parece, un mal administrador y criados que descuidan su trabajo. Porque estas tierras se han echado a perder: han empezado demasiado tarde con la siembra de otoño. Ha llegado el frío y han tenido que dejar el gradeo para más tarde, con lo cual el grano se ha helado.

No había allí nadie que lo escuchara. Tornefeld lo seguía con los pies llenos de heridas, suspirando y gimiendo a cada paso.

—Por estos lares es difícil encontrar buenos labradores, rastrilladores y sembradores —continuó el ladrón—. A mi entender, el amo no debe pagar bien a los criados, escoge trabajadores baratos que no sirven para nada. Los bancales de la siembra de otoño deben hacerse altos hasta la mitad para que el agua corra hacia el surco. El labrador no lo ha tenido en cuenta y ha arruinado la tierra por muchos años, no les dará más que mala hierba. Aquí, en cambio, han removido el suelo demasiado y han dejado que asome tierra mala, ¿no lo ves?

Tornefeld no veía ni oía nada. No alcanzaba a comprender por qué razón debía seguir caminando, interminablemente; ya era de día, y por lo tanto hora de descansar, y a pesar de ello continuaban avanzando.

—También los pastores engañan a su señor —continuó renegando el ladrón—. He visto que han usado toda clase de abonos en estos campos: ceniza, marga, viruta y limo, todo

menos sirle. El sirle es lo mejor, vale para toda clase de terreno. Seguramente el pastor lo vende y se embolsa lo que le dan.

Y empezó a pensar cómo sería el señor de aquellas tierras y por qué tendría a su servicio a unos criados tan holgazanes, tan dejados, y que, además, lo engañaban.

—Debe de ser un hombre más viejo que la tos —dijo—, que ya no puede caminar por sí mismo, con gota, y que no sabe qué es lo que se cuece en sus tierras. Seguramente se pasa todo el día sentado delante de la estufa con la pipa en la boca y frotándose las piernas con jugo de cebolla. Se fía de lo que le cuentan los criados y se deja estafar a diestro y siniestro.

Pero de todo aquello Tornefeld sólo acertó a comprender que su camarada hablaba ahora de una estufa. Pensó que en seguida entrarían en una habitación caliente y el delirio se apoderó de su cerebro.

—Hoy es san Martín —murmuró—. En Alemania las gentes pasan todo el día de san Martín comiendo y bebiendo. Todos los pucheros humean, las sartenes sudan y todos los hornos de los campesinos rebosan de pan negro. Cuando entremos en la habitación, en seguida vendrá el campesino a ofrecernos su mejor ganso. Y nos servirá, para acompañarlo, cerveza de Magdeburgo, y después rosoglio y bíter español. ¡Va a ser un auténtico festín! ¡Bebe, hermano! ¡A tu salud! ¡Por muchos años! ¡Y que Dios lo bendiga!

Se detuvo y comenzó a balancear la mano con la que creía sujetar un vaso, haciendo reverencias a izquierda y derecha. Y en eso se resbaló, y estuvo a punto de caer de bruces si no hubiera sido por el ladrón, que lo agarró por el hombro.

—¡Mira hacia adelante y no sueñes! —le dijo—. Hace tiempo que pasó san Martín. Y ahora camina y deja de arrastrarte y de dar traspiés como una vieja enredada en su bastón.

Tornefeld dio un respingo y recobró la consciencia: todo había desaparecido, el campesino y el puchero humeante, el ganso en la fuente y la cerveza de Magdeburgo, y él se hallaba de nuevo en medio del campo y el viento helado le azotaba la cara. Y entonces la aflicción turbó su debilitado ánimo, no veía salvación en ninguna parte ni el final de su dolor, y se dejó caer sobre el suelo.

—¿Es que te has vuelto loco? —gritó el ladrón—. ¿Piensas quedarte aquí tumbado? Si te cogen, no tendrás escapatoria: el palo, la horca, la argolla o el potro de tormento te esperan.

—Por el amor de Dios, déjame, ya no puedo más —exclamó, exhausto, Tornefeld.

—¡Levántate! —insistió el ladrón—. ¿Prefieres que te muelan a palos o que te ahorquen?

Y de pronto le sobrevino la ira por haberse unido a semejante mozalbete que no servía para nada y que no hacía más que quejarse. Si hubiera estado solo, ya estaría en lugar seguro. Si los dragones lo atrapaban, la culpa sería de ese crío. Y, furioso por haber cometido semejante locura, la emprendió con él:

—Si lo que quieres es que te cuelguen, ¿por qué desertaste de tu regimiento? Lo podían haber hecho ellos mismos, hubiera sido mejor para los dos.

—Lo que quería era salvar la vida, por eso me escapé —dijo Tornefeld con un quejido casi inaudible—. El tribunal de guerra me ha condenado a muerte.

—¿Y quién te manda ser tan imbécil como para abofetear a tu capitán? Tendrías que haberte callado y esperar a que soplara el viento de otro lado. Si eras mosquetero vivirías como un señor. En cambio ahora, mírate, tienes un aspecto verdaderamente lamentable.

—Lo hice porque se atrevió a ofender a la honorable persona de Su Majestad —susurró Tornefeld con la mirada perdida—. Dijo que era un jovencito alocado y un fatuo que cita sin cesar el Evangelio para ocultar su propia torpeza. Habría sido un imbécil si hubiera permitido que se hablara de mi rey de esa manera.

—Más valen seis imbéciles que un loco. ¿Qué te importa a ti el rey?

—He cumplido con mi deber como sueco, como soldado y como caballero —dijo Tornefeld.

Por un instante, el ladrón estuvo tentado de dejar al mozalbete ahí tirado y largarse. Ahora, en cambio, al escuchar aquellas palabras, se le ocurrió que él también tenía su honor, el honor de los vagabundos, y que aquel muchacho, a pesar de sus discursos, había dejado de ser un caballero y ahora pertenecía, como él, a la gran cofradía de los pobres y los muertos de hambre, y que no debía dejarlo en la estacada si no quería perder su propio honor. Y volvió a intentar hacerlo entrar en razón:

—Levántate, hermano, por lo que más quieras, levántate, los dragones nos siguen la pista, te quieren apresar. Por el amor de Dios, ¿es que quieres que acabemos los dos en el patíbulo? ¡Piensa en el preboste, piensa en la carrera de baquetas! Acuérdate de que en el ejército del emperador a los desertores les hacen dar nueve vueltas alrededor del cadalso antes de colgarlos.

Tornefeld se levantó y miró trastornado a su alrededor. El viento del este había disipado la niebla y ahora ya podía distinguirse el horizonte. El ladrón comprobó que no se habían perdido y que estaban cerca de su objetivo.

Ante ellos se encontraba el molino abandonado, y tras éste se extendían los juncales y la marisma, los eriales y las colinas y el negro bosque. Los conocía muy bien, estas colinas y este

bosque eran el dominio del Obispo con su forja y su bocarte, con sus canteras y sus hornos para fundir el hierro, y sus hornos de cal. Aquí reinaban el fuego y el arrogante Obispo al que en toda la comarca llamaban «el embajador del diablo». Y el ladrón creyó ver, allá abajo, dibujándose contra el horizonte, las lenguas de fuego de las caleras de las que en su día logró huir, donde no había más que fuego, fuego sobre fuego dondequiera que uno mirase, llamas color púrpura y rojo intenso y llamas negras de humo. Allí suspiraban los muertos vivientes encadenados a los carros, los salteadores de caminos y vagabundos, sus hermanos, que habían preferido el infierno a la horca. Como él en tiempos, arrastraban con sus desnudas manos las piedras hasta las canteras del Obispo, una piedra tras otra, durante toda una vida, sacando las cenizas incandescentes del horno, haciendo guardia día y noche delante de aquella boca que vomitaba fuego bajo el frágil tejado de madera, al que llamaban «el ataúd». El fuego les quemaba la frente y las mejillas, ya no las sentían, ya sólo sentían los golpes del látigo con los que el capataz del Obispo y sus esbirros los forzaban a trabajar.

El ladrón se dirigía hacia aquel lugar, el único refugio que le quedaba, porque en ese país había más horcas que torres de iglesia, y sabía que el cáñamo de la soga que acabaría con su vida ya había sido rastrillado y peinado.

Apartó la mirada de aquel lugar y contempló el molino. Llevaba muchos años abandonado, con la puerta candada y las ventanas cerradas. El molinero había muerto. En la comarca se decía que se había ahorcado porque el capataz o el alcaide del Obispo le habían embargado el molino, el burro y los sacos de harina que tenía. Pero en ese momento el ladrón se apercibió de que las paletas se movían, el eje del enorme árbol crujía y de la chimenea de la casa del molinero salía humo.

Sobre este molinero circulaba una leyenda en la comarca y el ladrón la conocía. Los campesinos contaban en voz baja que

el molinero muerto salía una vez al año de su tumba para poner en marcha la rueda de su molino durante una noche y poder pagarle así al Obispo un centavo más de su deuda. Pero todo aquello no eran más que chismorreos, eso también lo sabía el ladrón. Los muertos no se movían de sus tumbas, ahora era de día y no de noche. Y si las paletas giraban bajo los pálidos rayos del sol invernal, era porque el molino debía de tener un nuevo dueño.

El ladrón se frotó las manos y se encogió de hombros.

—Parece —dijo— que hoy tendremos un tejado para cobijarnos.

—Un trozo de pan y un haz de paja es todo lo que necesito —murmuró Tornefeld.

El otro se rió.

—¿No habrás creído que te han preparado una cama de plumón con colgaduras de seda? —se burló—. ¿Y quizá también un potaje francés y un pastel para que lo tomes con vino de Hungría?

Tornefeld no respondió. Y comenzaron a subir, el ladrón y el caballero, por el camino que conducía al molino.

La puerta no estaba cerrada, pero el molinero no aparecía por ninguna parte, ni en la estancia ni en el dormitorio. En vano lo buscaron en el sobrado. Tampoco había nadie en el molino. Sin embargo, la casa debía de estar habitada, pues en el fogón ardían un par de leños y en la mesa alguien había puesto una fuente, pan, salchichas y una jarra de cerveza.

Desconfiado, el ladrón inspeccionó el lugar, porque conocía a los hombres y sabía que aquella mesa no había sido preparada para personas sin un cruzado en el bolsillo. Hubiera preferido alejarse del lugar tras hacerse con el pan y las salchichas. Pero Tornefeld había recobrado el valor en aquella estancia caldeada. Se sentó a la mesa empuñando el cuchillo

del pan como si el molinero hubiera ahumado y cocido aquella salchicha para él.

—¡Come, hermano, y bebe! —dijo—. En tu vida has estado mejor servido. Yo respondo de lo que comamos. ¡Bebe, hermano! ¡A tu salud y a la de todos los soldados que luchan con arrojo! ¡Viva Carolus Rex! ¿Eres luterano, hermano?

—Soy luterano o papista, según sople el viento —respondió el ladrón, echando mano de la salchicha—. Cuando me topo en los caminos con un vía crucis o con una capilla entonces rezo un ave Maria gratia plena, y si tengo que atravesar tierras luteranas, entonces ensalzo el Reino, el Poder y la Gloria del Todopoderoso con un Padrenuestro.

—Eso no puede ser, hermano —dijo Tornefeld estirando las piernas bajo la mesa—. Hay que elegir entre Pedro y Pablo. Si continúas por ese camino te perderás. Yo por mi parte pertenezco a la Iglesia protestante, y me río y abomino del Papa y de sus mandamientos. El rey Carlos es el paladín de todos los luteranos. ¡Brinda conmigo por su salud y por la muerte de sus enemigos!

Alzó su vaso y lo vació de un trago, tras lo cual continuó:

—Ahora el príncipe elector de Sajonia se ha aliado con el zar moscovita para derrotarlo. ¡Menuda alianza! Es como si un chivo y un buey pretendieran vencer a un ciervo real. Come, hermano, coge lo que puedas y disfrútalo. Hoy haré de mesonero y de maestro de cocina, mozo y escanciador, todo en uno. Sin duda la cocina no es de primera. Yo preferiría una tortilla o un buen asado, mi estómago reclama algo caliente.

—Sin embargo ayer no le hiciste ascos a los platos fríos que comimos y bien que te apresurabas a desenterrar nabos helados —se burló el ladrón.

—Sí, hermano —contestó Tornefeld—. Han sido días terribles, fatigas indescriptibles, llegué a creer que no sobreviviría. He creído ver mi propio entierro, las velas, las

coronas, los sepultureros y el ataúd de madera. En fin, pero sigo vivo, gracias le sean dadas al Señor, tengo una «salvaguardia» que me protege de la muerte y de su guadaña. Y dentro de dos semanas estaré en las trincheras al lado de mi rey.

Al decir esto, golpeó con la mano el bolsillo del jubón en el que guardaba lo que denominaba su arcano. Luego frunció los labios y se puso a silbar una zarabanda mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa marcando el ritmo.

La ira se apoderó de nuevo del ladrón. Este mozalbete de sangre azul, que unas horas antes yacía quejumbroso y acobardado sobre la nieve, y a quien con tanto esfuerzo había conseguido arrastrar hasta aquella habitación, ahora estaba allí, repantigado y silbando tranquilamente, como si las calles se le hubieran quedado estrechas y el mundo demasiado pequeño. Él, en cambio, ya no esperaba nada de la vida, más que ser un muerto más entre los muertos que habitaban el bocarte y los llameantes hornos del Obispo. Aquel mozalbete, en cambio, se lanzaría al mundo con su arcano en la mano para ganar honores y fortuna. El ladrón habría dado la vida por ver el famoso arcano y comenzó a lanzarle pullas para que se lo enseñara.

—No lo tomes a mal, hermano —dijo—, pero hablas de irte a la guerra como si se tratara de una romería. Más valiera que te dedicaras a trillar el trigo de algún campesino y que barrieras sus establos. Porque la guerra es un hueso duro de roer, te lo aseguro, un hueso que no se ha hecho para tus dientes.

Tornefeld dejó de tamborilear y de silbar.

—No me avergonzaría ser mozo de labranza —respondió —. Es un noble oficio, fue bajo la trilla donde el ángel se le apareció a Gedeón. Pero nosotros, los hombres de rango de

Suecia, hemos nacido para la guerra, no servimos para aventarle el trigo a un campesino ni para barrer establos.

—Lo único que digo es que me parece que harías mejor papel tras el fogón que frente al enemigo en el campo de batalla —dijo el ladrón.

Tornefeld permanecía tranquilo, únicamente le temblaba la mano, y volvió a poner sobre la mesa el jarro del que estaba a punto de beber.

—Haré todo lo que le corresponda hacer a un auténtico soldado —respondió—. Los Tornefeld se han dedicado desde siempre a la guerra, ¿por qué razón voy a quedarme yo guardando el fogón? Mi abuelo, el coronel, fue quien guió al Regimiento Azul en la batalla de Lützen, luchó al lado de su rey, Gustavo Adolfo, y lo protegió con su propio cuerpo cuando lo derribaron del caballo. Y mi padre participó en once batallas y escaramuzas, y en el asalto a Saverne perdió un brazo. Pero ¿qué sabrás tú, hermano, de Saverne y de lo que allí sucedió, entre rayos, truenos, humo y gritos, adelante, atrás, estruendo de tambores y trompetas, formar una y otra vez y atacar de nuevo? Seguramente lo único que sabes es que en Saverne se seca el lúpulo y se tejen tapices, puede que sepas eso y nada más.

—Sin embargo, has abandonado tu compañía como un bellaco —le replicó el ladrón—, has desertado del regimiento del modo más infame. Yo te he visto tendido en la nieve, llorando. No vales para soldado, no serás capaz de resistir las guardias, la zapa, los asaltos, el frío y la miseria.

Tornefeld callaba. Con la cabeza inclinada hacia delante contemplaba, absorto, las brasas del fogón.

—Me parece —continuó, obstinado, el ladrón— que cuando oigas el estruendo del tambor sentirás miedo, miedo de perder tu vida de tres al cuarto. Buscarás desesperado una estufa o una chimenea para esconderte y que no te encuentren.

—No me agrada —dijo Tornefeld en voz muy baja— que ofendas a través de mi persona el honor de los nobles suecos.

—Me da igual que te agrade o no —exclamó el ladrón—. Tengo a los nobles por bribones y me importa un comino su honor caballeresco.

En ese momento Tornefeld se levantó de un salto, pálido de ira y de vergüenza, y, como no encontró otra arma, alargó la mano hacia la jarra de cerveza y la blandió contra el ladrón.

—Ni una palabra más —exclamó—, o te retuerzo el pescuezo.

Pero el ladrón hacía tiempo que se había hecho con el cuchillo del pan.

—¡Venga, venga! —rió—. Puedes gritar cuanto quieras, que a mí no me asustas. Y ahora veamos lo de tu arcano, a ver si es verdad que te hace invulnerable. Porque si no es así, te voy a hacer tantos agujeros…

El ladrón calló y ambos dejaron caer las armas, uno el cuchillo y el otro la jarra. De pronto se percataron de que había alguien más en la habitación.

Sentado en el escaño de la cocina había un hombre con una cara que parecía cuero de España, macilenta, arrugada y llena de surcos, con dos ojos clavados en ella como dos cascaras de nuez huecas. Llevaba un jubón de tela roja, una gorra ancha de cochero, sobre la gorra una pluma, y el reborde de sus bastas botas de cabalgar le llegaba hasta más arriba de la rodilla. Al verlo ahí sentado sin decir palabra, enseñando los dientes y con la boca torcida, el miedo se apoderó de ellos, y el ladrón pensó que debía ser el molinero muerto, que salía del purgatorio para ver cómo iban las cosas en su molino. Y tras las espaldas de Tornefeld hizo la señal de la cruz, y gritó «Por los estigmas y los sufrimientos de Jesús» y «Por el agua y las lágrimas de Cristo» confiando en que en un instante el fantasma desaparecería envuelto en una nube de azufre y de

pestilencia para regresar al purgatorio. Pero el hombre del jubón rojo no desapareció y permanecía sentado, inmóvil, contemplando a los dos hombres como un búho a punto de lanzarse sobre su presa.

—¿Cómo ha entrado Su Señoría? —preguntó Tornefeld, a quien le castañeteaban los dientes—. No os he visto entrar.

—Una mujeruca me ha traído en su faldón —dijo el hombre con una risa inaudible y una voz que sonaba como la tierra cayendo sobre la tierra—. ¿Y vosotros? ¿Qué habéis venido a buscar aquí? Os coméis mi pan y os bebéis mi cerveza, ¡y yo encima tengo que festejarlo!

—Parece como si el diablo lo hubiera tenido diez años en maceración —dijo el ladrón a media voz.

—¡Calla! ¡No digas nada! Lo podría tomar como una ofensa —le susurró Tornefeld con brusquedad. Y en voz alta replicó:— Su Señoría sabrá disculparme. Afuera está todo helado y no hay más que carámbanos, y los tiempos están tan revueltos que hace tres días que no he probado bocado, Dios es testigo. Por ello me he atrevido a acercarme a la mesa de Su Señoría…

—Parece como si un cuervo le hubiera soplado en la cara —murmuró el ladrón.

—… a pesar de que no tengo el honor de conoceros —continuó Tornefeld, acompañando sus palabras con una reverencia—. Pero no dejaremos de presentaros nuestra *reconnaissance* como es debido.

El ladrón se daba perfecta cuenta de que aquélla no era la manera más correcta de hablar con un fantasma, y se acordó también de que con la prisa y la turbación había pronunciado un conjuro que no era el adecuado. Porque invocar la sangre y los estigmas de Cristo servía contra la hidropesía, la viruela y el tizón, pero no para ahuyentar a los fantasmas. Pero antes de

que pudiera dar con la fórmula, el hombre de la gorra de cochero se volvió hacia él con estas palabras:

—Muchacho, me miras como si supieras quién soy.

—Sé muy bien quién sois —dijo el ladrón con voz temblorosa—, y también sé de dónde venís. Su Señoría viene de las calderas de Pedro Botero, donde las llamas se abren paso por las ventanas y donde asan manzanas en los anaqueles.

Veía ante sí las llamas del purgatorio, el abismo ardiente, albergue de las almas necesitadas de purificación. Eso era el infierno. Pero el hombre del jubón rojo hizo como si el ladrón estuviera hablando del dominio, de sus fundiciones y sus hornos de cal, que día y noche arrojaban humo y llamas hacia el cielo.

—Ya veo que no me conoces —respondió—. No soy fundidor, vaciador ni fumista de las forjas del Obispo.

Fuera de la casa se arremolinaban los copos de nieve. El ladrón dio un paso hacia la ventana y señaló hacia las paletas de la rueda del molino, que se habían detenido.

—Lo que quiero decir —balbuceó con un hilo de voz— es que sois el mismísimo molinero que se despidió de este mundo con una soga al cuello y que ahora vive en un abismo de fuego.

—¡Sí! Yo soy ese molinero —exclamó el hombre del jubón rojo. Se levantó del banco y se puso a dar vueltas por la habitación—. Sí. Soy el molinero al que te refieres, y es cierto que en una hora amarga traté de quitarme la vida con una soga. Pero, cuando estaba a punto de expirar, apareció el capataz del Obispo con sus criados y cortaron la cuerda, y el melecinero me hizo una buena sangría. Estoy vivo y ahora soy el cochero de Su Alteza el Obispo, me dedico a recorrer la ruta militar para llevarle a mi Señor mercancías provenientes de las ciudades y países más diversos, de Venecia, Malinas, Varsovia,

Lyon. Y vosotros, ¿qué oficio y condición tenéis? ¿De dónde venís y hacia dónde os dirigís?

El ladrón seguía con ojos inquietos a aquel hombre, que se paseaba por la habitación arrastrando con gran estrépito las espuelas. Pensaba en que ese difunto que quería pasar por un hombre de carne y hueso sabía muy bien con quién se las veía y que él, el ladrón, se había pasado la vida robando todo lo que había tenido a su alcance: tocino, huevos, pan y cerveza, los patos de los estanques y las nueces de los árboles. Por eso prefería no hablar de su oficio. Alargó tembloroso la mano y señaló hacia el oscuro bosque que albergaba la forja y el bocarte, y dijo:

—Me dirijo hacía allí para ganarme el pan con el sudor de mi frente.

El molinero lanzó una risotada sorda y se frotó las huesudas manos.

—Si es allí donde quieres ir —dijo—, la cosa tiene fácil arreglo. Su Alteza es un buen amo. Tendrás una libra de pan cada día y media de sopa. Además de eso te darán manteca y dos cruzados, por la noche puré y los domingos morcilla de sémola y estofado de carnero.

El ladrón cerró los ojos. Habían sido tiempos difíciles, en diez días sólo recordaba haber tenido un bocado caliente en la boca una única vez, cuando consiguieron cazar un grajo y asarlo. Aspiró aire por la nariz como si ya tuviera la fuente de carne sobre la mesa.

—Estofado de carnero —murmuró—. Con comino.

—Con comino y nuez moscada —le aseguró el molinero —. Te tratarán como es debido.

Se volvió hacia Tornefeld.

—¿Y tú? ¿Qué haces ahí parado como un santo de retablo? ¿Tienes boca y no sabes decir nada? ¿Tú también quieres que

te traten a cuerpo de rey? ¿Es| que el Obispo va a tener que alimentar a todos los maleantes y rebañadores de sartenes que pululan por estos caminos?

Tornefeld negó con la cabeza.

—No tengo intención de quedarme en esta tierra —dijo—. Quiero cruzar la frontera.

—¿La frontera? ¡Ah! ¿Quieres probar el pan de especias y el aguardiente polaco?

Tornefeld permanecía erguido e inmóvil, como si ya lo hubieran llamado a filas.

—Quiero servir a mi Señor, el rey de Suecia.

—¡El rey de Suecia! —exclamó el molinero, y su voz adquirió de pronto un tono chirriante—. Claro, desde luego, te está esperando, a ver si le aconsejas sobre cómo ahuyentar al kan de los tártaros y al emperador de China. Debe creer que las piernas se le van a hinchar si no gana suficientes honores. ¿Quieres buscar fortuna en el ejército sueco? Te darán cuatro cruzados al día que se te irán en proveerte de tiza, polvos, cera para los zapatos y esmeriles. La suerte es al soldado lo que un grano en un acre de arena al hombre pobre, te lo aseguro. No germina.

—De cualquier modo estoy decidido a ir a la guerra con el ejército sueco —dijo Tornefeld.

El molinero se acercó a él como si quisiera ver el blanco de sus ojos. Afuera se oía el ulular del viento, y los troncos de madera que sostenían el techo de la casa del molinero crujieron bajo el peso de la nieve. Pero en la habitación reinaba el silencio, no se oía más que la respiración de tres seres enfrentados.

—¡Infeliz! —dijo el molinero—. Puedes considerarte hombre muerto, a no ser que alguien se apiade de ti. De una libra de plomo salen seis perdigones y uno de ellos es para ti.

Ahora todos los locos quieren alistarse en el ejército sueco y una vez allí gritan ¡piedad! ¿De quién vienes huyendo? ¿Del arado, de la vara, del escabel del zapatero o del tintero?

—No huyo ni de la vara ni del tintero —respondió Tornefeld—. Soy un caballero. Mi padre y mi abuelo dedicaron su vida a la guerra y yo deseo hacer lo mismo.

—Mira por dónde, Su Señoría es un caballero —exclamó, burlón, el molinero—, aunque más bien parece un cuco tiñoso de lo harapiento y desgreñado que va. ¿Tenéis acaso un pasaporte y los papeles en regla?

—No tengo ni pasaporte ni papeles —contestó Tornefeld —. Sólo cuento con mi dignidad y mis ganas de luchar. Y por mi alma que…

El molinero alzó la mano con un gesto de desprecio y la dejó caer de nuevo.

—Guarde Su Señoría su alma para sí, nadie la necesita —dijo malhumorado—. Pero os interesará saber que esta noche han aparecido soldados en todos los caminos, parece que hubieran caído con la nieve, dragones y mosqueteros que buscan a los bandoleros que pululan por las fronteras para acabar con ellos. Y sin pasaporte ni papeles difícilmente podrá Su Señoría llegar hasta Polonia.

—No me importa si es difícil o fácil —respondió Tornefeld—. Estoy resuelto a ir a la guerra sueca.

—Bueno, pues vaya Su Señoría a la guerra sueca —exclamó el molinero profiriendo un grito semejante al ruido de una rueda sin engrasar—, no pienso empeñarme en abrirle los ojos. ¡Pero antes pague lo que ha comido y bebido, y después vaya con Dios!

Y al verlo ahí parado delante de él, con los dedos crispados, la boca torcida y los ojos bailándole como fuegos fatuos, el terror se apoderó de Tornefeld. Hubiera deseado

poder lanzarle medio florín sobre la mesa y esconderse después detrás del fogón y taparse hasta las orejas para no seguir viendo al molinero. Pero aunque vaciara sus bolsillos y les diera la vuelta, no encontraría ni un mísero cruzado. Retrocedió dos pasos y se acercó al ladrón.

—Hermano —le susurró—, mira en tu bolsa a ver si encuentras un florín o medio. Se me ha acabado el dinero y tengo que pagar a este Micer Roñoso.

—¿Cómo quieres que tenga yo un florín? —se quejó el ladrón—. Si hace ya una eternidad que no veo uno y ya no sé siquiera si es redondo o cuadrado. ¿No dijiste que respondías de la comida?

Tornefeld miró preocupado al molinero, que se había inclinado sobre la lumbre y atizaba el fuego.

—Pardiez, entonces nuestra suerte está en tus manos —le dijo al ladrón con voz persuasiva—. Debes ir inmediatamente a buscar a mi primo, que vive en Kleinroop, al lado de Lancken. Le dirás que estoy aquí, y que me envíe dinero, vestidos y un caballo.

—Hermano, te deseo que vivas muchos años —respondió el ladrón—. Pero le tengo más apego a mi vida que a la tuya, y no quiero que los dragones me atrapen. ¿Qué tengo yo que ver con tu primo?

Tornefeld se volvió hacia la ventana y vio que la tormenta de nieve había arreciado y que hasta las paletas del molino habían desaparecido.

—Tienes que ir en mi nombre —insistió—. Te estaré eternamente agradecido si lo haces. Ya ves que estoy enfermo, no podría estar peor, y, si salgo con este frío y esta nieve, moriré.

—Ahora temes que se te congele la nariz —se burló el ladrón—, y hace un momento alardeabas de tu valor y de tu

coraje y decías que querías ir a la guerra sueca. Ahora me das jabón y antes me amenazabas con la jarra y me querías ver ahorcado y con el pescuezo roto… Que vaya otro. Yo, desde luego no.

—Perdóname, hermano. Lo de antes fue una broma, te juro que lo siento —le rogó humildemente—. No quiero ocultarte la verdad: no temo ni a los dragones ni al frío. Pero no quiero presentarme ante mi primo de esta guisa, harapiento y agotado, ni ante la joven *demoiselle*. Ve en mi lugar, hazlo en nombre de nuestra condición de hermanos. Dile que tendré el honor de presentarle mis respetos cuando me convierta en un soldado como Dios manda. Te tratarán a cuerpo de rey y recibirás una recompensa por llevarle el mensaje.

El ladrón reflexionó un momento. Para llegar al pueblo de Lancken debía retroceder tres millas por el mismo camino por el que habían venido. Tal vez los descuidados campos que habían atravesado pertenecieran al noble señor primo de su compañero de infortunios. Sin duda, le gustaría conocer al hombre que se dejaba estafar y robar de un modo tan lamentable por su administrador, por el encargado del registro de granos, por sus pastores y sus peones.

El camino era peligroso, eso lo sabía. Si caía en manos de los dragones, no escaparía a la horca, pues había en aquella región tantas como cruces de caminos. Pero estaba acostumbrado al peligro. El destino le había dado a elegir en no pocas ocasiones entre morir de hambre o morir ahorcado. Y ahora, cuando pretendía poner fin a su vida de vagabundo disponiéndose a vender su libertad por un trozo de pan diario y un techo donde guarecerse, sintió un deseo irrefrenable de salir y dejar que el viento le azotase la cara y de volver a bailar, por última vez, una polca con la muerte.

—Está bien, iré y tú te quedarás aquí —le dijo a Tornefeld —. ¿Pero crees que Su Excelencia recibirá a un tipo tan insignificante como yo?

—Todos los hombres son iguales a los ojos de Dios —se apresuró a responder Tornefeld, temiendo que el ladrón cambiara de idea—. Enséñale este anillo, que lleva mi escudo, así sabrá que te envío yo. Habla poco y no des muchas explicaciones. En primer lugar, dile que te dé dinero, ya que tendré que hacer uso de mi bolsa para pasar la frontera. Además, deberá enviarme una calesa, un abrigo grueso, camisas, pañuelos, medias de seda rojas…

El ladrón miró con desconfianza el anillo de plata que Tornefeld le había entregado.

—Dirá que lo he robado —dijo.

—No, no lo dirá —le aseguró Tornefeld—. Y si lo dice, le contarás, como prueba de tu sinceridad, cómo, siendo yo todavía un niño, al bajar por una montaña en un trineo con la joven *demoiselle* se encabritaron los caballos y volcamos. Cuando oiga esto, sabrá en seguida que se trata de mí. Y que me envíe también una casaca de brocado estampado y otra de raso con encajes y lazos. Un sombrero de gala, dos pelucas negras, un camisón de seda para la noche…

—¿Y cómo se llama tu señor primo? —lo interrumpió el ladrón.

—Christian Heinrich Erasmus von Krechwitz de Kleinroop —contestó Tornefeld—. El mismo que me sostuvo ante la pila bautismal. Y no te olvides de pedir también dos pelucas negras, una grande y otra pequeña, un sombrero con galones, una casaca francesa de raso…

El ladrón ya había partido. Al abrir la puerta, una corriente helada cruzó la habitación. El molinero se había levantado y se calentaba las manos sobre las brasas de la lumbre.

—El señor Christian von Krechwitz —murmuró—. ¡A ése le conocí yo! Un hombre severo, todo un señor. Descanse en paz.

Comenzaba a oscurecer cuando el ladrón llegó al pueblo. Había dejado de nevar, pero el frío arreciaba. El viento silbaba, helado y cortante, en torno de su cabeza. En la calle principal no se veía un alma, sólo un enorme perro marrón vagaba entre las miserables casuchas y los cobertizos. Un destello de luz y el eco amortiguado de una gaita que provenían del albergue eran los únicos signos de vida. Al final de una avenida de arces distinguió el brillo húmedo del tejado de pizarra de la residencia de los señores de Kleinroop.

Mientras cruzaba el estanque helado de camino hacia la casa no pudo evitar pensar de nuevo en aquellos nobles señores que tenían a los peores criados del mundo a su servicio y permitían que arruinasen sus tierras. «Este señor von Krechwitz», se preguntó, «¿Por qué no sale nunca de su casa? Si se decidiera a recorrer sus campos, vería lo que allí sucede. ¿Es que está ciego? Quizá esté enfermo, quizá padezca de hidropesía o de hemoptisis y se Pase todo el día tomando aceite de oliva, ajenjo y electuario. ¿Por qué no vigila sus tierras? Quizá sea un soñador y un lunático, y permanezca encerrado día y noche en su habitación meditando si hay más hombres que mujeres en el cielo, o en cómo será la luna por dentro. Tal vez no viva en la hacienda. Apuesto mi bolsillo derecho contra mi bolsillo izquierdo a que no vive aquí. Probablemente está en la ciudad y se dedica a la esgrima, al baile, al juego, a componerles sonetos a las damas, y deja a su gente hacer de las suyas y sólo viene a la casa a recoger el dinero. Así debe de ser este señor von Krechwitz. Y en cuanto se hace con cien táleros, vuelve a la ciudad y no regresa hasta que se lo ha gastado todo y se ha endeudado por otros cien. Así es este señor von Krechwitz. Y cuando se endeuda, permanece en su casa haciendo cabalas sobre cómo podría hacerse rico de la noche a la mañana. Yo podría aconsejarle. La tierra es buena, por cada tres fanegas de tierra fértil hay una de erial. Si se sembrara y abonara como es debido, como lo pide el suelo —en este acre rubión, en el otro ballueca, y trigo

sólo en el más duro—, si sembrara con tino y rastrillara mejor, y si escardara, vería como crecía aquí el grano, espiga contra espiga. Pero para eso tendría que llamar al orden a sus criados, revisar el trabajo del que registra el grano, mandar al diablo al administrador y ocuparse él mismo de todo. Eso es lo que debería hacer, en lugar de pasarse por la ciudad entonando serenatas al pie de las ventanas de las damas…»

De pronto algo le hizo interrumpir sus divagaciones. Oyó un campanilleo y el chasquido de un látigo, y rápidamente se hizo a un lado escondiéndose tras una cornisa de nieve.

Un trineo se deslizaba pesada y lentamente sobre la capa de hielo que cubría el estanque, un viejo trineo que crujía y avanzaba con estruendo arrastrado por un caballo famélico. Sobre el cuero amarillento y carcomido de la portezuela aún podían verse los restos de un escudo nobiliario. El farol del pescante arrojaba un rayo de luz sobre la cara del hombre que, envuelto en una piel de oveja, viajaba en él y, por un instante, el ladrón pudo ver una nariz bulbosa que el frío había teñido de azul, una boca amarga y una barba negra partida en dos.

El ladrón se incorporó tras la cornisa y se quedó mirando cómo se alejaba el trineo, moviendo la cabeza.

—Así que éste es el famoso señor von Krechwitz —murmuró—. No me parece que sea un soñador ni un lunático, y tampoco tiene aspecto de ser de los que sólo saben perseguir a las mujeres y hacerles regalos, o perder dinero en el juego. Su cara es la de un hombre insaciable, un hombre de los que no regalan un centavo a nadie, eso es lo que parece, avaro y malvado. Pero este hombre que parece tan severo, ¿por qué no sabe imponerse entre sus criados?

El ladrón siguió rumiando el asunto y meditando, y no tardó mucho en encontrar una respuesta a sus preguntas.

—Ya lo tengo —dijo para sí—. Este señor von Krechwitz ha cometido alguna vez una fechoría que ha ocultado al

mundo, nadie lo sabe, sólo sus criados, y por eso su suerte está en sus manos. Tal vez haya matado a su hermano a causa de una herencia, o se haya hecho con la fortuna de su esposa después de envenenarla. Sus criados lo saben, y él teme que lleguen a contarlo y que testifiquen contra él, y por eso no se atreve a echar a ninguno de ellos de su casa.

El trineo se detuvo frente a la entrada de la casa. Las puertas se abrieron y un criado apareció con un farol de cuadra en la mano. Se inclinó ante él con respeto, pero el hombre del trineo se levantó, le arrebató el látigo al conductor y se puso a golpearlo.

—¡Cretino! ¡Botarate! —gritó de manera que se lo podía oír a gran distancia—. ¡No eres más que un patán! ¡Cerdo inmundo! Me has enviado el peor trineo y un jamelgo paralítico. El diablo te recompensará como mereces. ¡Silencio! ¡Ya te daré yo varapalo para que aprendas quién soy yo!

El criado no se movió un ápice ofreciendo su espalda a los golpes. Finalmente el hombre dejó a un lado el látigo, cansado, y el criado se inclinó para recogerlo. El trineo desapareció de la vista del ladrón, las puertas se cerraron, y todo a su alrededor volvió a ser oscuridad y silencio.

—Así se hace —murmuró el ladrón frotándose las manos —. Sabe cómo hay que tratarlos, estos bellacos no merecen otra cosa. A cada uno su ración de palos. Pero, por todos los diablos, si por una nadería es capaz de darle a la fusta como si fuera un domador de osos, ¿por qué no atiende mejor sus intereses? ¿Por qué permite que se echen a perder sus campos y que se pudra el grano en la tierra? No lo comprendo. No, por Dios, que no alcanzo a comprenderlo.

Continuó su camino, perplejo. Habían cerrado y echado el candado a la puerta de la casa, pero el adiestrado ojo del ladrón encontró en seguida el lugar adecuado para saltar el muro sin gran esfuerzo. Y mientras escalaba, se le ocurrió otra

idea que parecía explicar el extraño comportamiento de aquel señor von Krechwitz. «Por estos lares hay señores que ponen todo su empeño no en la tierra, sino en los establos», se dijo. «Y hacen bien. Una vaca vale por lo menos nueve, si no diez táleros, si da buena leche. Y si a eso se le añade el ternero, la mantequilla y la boñiga, la vaca tendría que dar al año por lo menos cuatro táleros reales. Y luego están las ovejas. La oveja es la que tiene los dientes más duros, lo único que necesita son pastos y unos cuantos rastrojos, y aun así da una libra y media de lana por trasquiladura. Este señor von Krechwitz… seguramente a más de uno le gustaría estar en su pellejo. Le importan una higa el granizo, las plagas de ratones, los escarabajos o el tizón, ha arrendado sus tierras y se ha lanzado a la cría de ganado. Los potros, los corderos y los terneros seguramente le dan dinero. La lana de Silesia la compran los polacos y los moscovitas, e incluso la han llevado hasta Persia. La buena lana siempre se paga bien. Sabe lo que hace, este señor von Krechwitz…»

Mientras pensaba en todo esto, el ladrón se deslizó muro abajo, cayó sobre la nieve y volvió a levantarse. El patio estaba desierto y parecía abandonado, delante del portón había una grada volcada y un horcón clavado en la nieve. Hacía rato que habían guardado el trineo que había visto en la cochera y el caballo en los establos. Probablemente los criados habían considerado que su jornada había terminado y se encontraban reunidos en sus dependencias.

El ladrón se encaminó lentamente y titubeando hacia la casa de los señores, pero un par de pasos más allá se detuvo de nuevo: aún tenía tiempo. Bien podía esperar Tornefeld una hora más su casaca francesa, su sombrero de galones y las medias de seda rojas, sin las cuales no estaba dispuesto a ir a la guerra; que esperara, a él qué más le daba. Antes de llevarle al amo de la hacienda su mensaje quería ver la ovejería, de la que probablemente se hablaba ya en todo el país e incluso más allá, en Polonia; quería ver los moruecos españoles, quería

saber cómo habían instalado a las ovejas madres y qué habían hecho para que los corderos resistieran el duro invierno.

El establo donde albergaban a las ovejas estaba candado, pero para el ladrón los candados no suponían ningún obstáculo. Trepó por el muro, ágil y silencioso como un lince. Alcanzó el comedero introduciéndose por un pequeño hueco. Desde allí bajó la escalera que llevaba al establo.

¡Así que éstas eran las famosas ovejas del señor von Krechwitz! No había más de tres docenas de ovejas en un establo que hubiera podido albergar a más de cien. Tres docenas de ovejas mal cuidadas, con una lana basta, muchas de ellas hinchadas por la humedad y el pésimo forraje. No había además ni un morueco a la vista.

El ladrón cogió el farol del establo y fue de animal en animal contando los carneros que había, los cabritos, los borregos de un año y los de dos, y las ovejas de cría.

—No, estas ovejas no dan beneficio alguno, está claro que también aquí le roban al amo —se dijo, furioso, como si se tratara de sus propias ovejas—. Es cierto que no es fácil encontrar pastores honrados. Suelen ser unos bribones, los mejores dejan que sus corderos se alimenten con la leche de las ovejas de sus señores. Pero éste es peor que cualquier otro. Dos carros de heno, tal y como viene del prado, es todo lo que se necesita para alimentar a treinta ovejas un invierno entero. En el comedero sólo he visto paja y ni un solo haz de heno. El pastor ha vendido la hierba de los prados para ganarse unos cuartos y a las ovejas les da un poco de paja mal cortada, que es como darles veneno. Ha arruinado el ganado a conciencia.

Se detuvo al lado de uno de los animales y lo miró con detenimiento.

—Esta oveja está enferma —comprobó—. No es la sarna, quizá tenga la filaria, o la despeadura. Eso viene de que no mantienen el lugar lo bastante seco. El pastor no sabe que las

ovejas no soportan la humedad. Si yo fuera el señor von Krechwitz…

Dejó el farol en el suelo e inspeccionó el hocico del animal.

—¡Por todos los santos! —exclamó indignado—. No, no es la filaria, esta oveja tiene el carbunco. Y el pastor o no lo sabe, o no le importa. Hay que sacrificar a este animal inmediatamente, pero de forma que no pierda ni una gota de sangre, y hay que enterrar el cadáver en un hoyo profundo. Pero él deja al animal aquí, junto a los otros. ¿Y el amo? Claro, es demasiado perezoso como para molestarse en visitar el establo, quizá le disguste el olor. Pero debe saber qué clase de ovejas tiene, debe saber que el carbunco ha invadido sus establos.

El ladrón ya había visto bastante. Se deslizó fuera del establo tan silenciosamente como el gato del palomar. Durante un tiempo vagó entre el resto de las dependencias del caserío y comprobó que la fortuna del amo hacía aguas por todas partes.

—Los criados rehuyen el trabajo, esta canalla no sirve para nada. El grano del almacén está mohoso. Aún no han comenzado con las labores de invierno, no han cortado la madera, a estas alturas deberían haber secado y espadillado el lino, y ni siquiera lo han aplastado. Este señor no tiene más que rebañadores de sartenes, caraduras y maleantes a su servicio. El mayoral y sus peones comen todos los días sopa de leche y carne, y seguro que beben cerveza como si fuera martes de carnaval o fiesta mayor. En esta casa nada funciona a derechas, los criados se dan la gran vida y los amos se empeñan hasta las cejas. ¡Por todos los demonios! ¡Si yo estuviera en el lugar de este señor von Krechwitz! ¡Y cómo tienen a las vacas! Una vaca necesita paja fresca todos los días, y no digamos los terneros, a los que hay que cuidar como si fueran niños de pecho. Pero en esta casa…

De pronto se abrió la puerta de la cuadra y aparecieron dos hombres. El ladrón apenas tuvo tiempo de tirarse al suelo.

Uno de ellos parecía el administrador. Iba cargado como un mulo con los libros de cuentas. Llevaba tres debajo de cada brazo y sostenía otros dos con una mano, con la otra sujetaba un farol, de su cinturón pendía el tintero y detrás de la oreja llevaba dos plumas de ganso. Con actitud sumisa se enfrentaba al hombre de la barba partida que el ladrón había visto llegar en el trineo. «Ha venido a ver las cuadras», se dijo el ladrón para sus adentros, tendido en el suelo y helado de frío, «y ahora se va a organizar aquí una buena. Lo está mirando como si quisiera partirle el cuello en mil pedazos. Y si ahora me levanto y le digo lo que está pasando en los demás establos y que una de las ovejas tiene el carbunco… ¡demonio! Ahora va a haber aquí más que palabras.»

—¿Te has vuelto loco? —gritó el hombre de la barba, y el administrador dejó caer los libros del susto—. ¡Doscientos florines! ¡Déjame en paz! El domingo de Ramos vuelves a venir, ése es tu día, y no antes. ¡Doscientos florines! ¿De dónde quieres que los saque? ¡En mi casa no nievan ducados! El lunes después de Judica le presté a Su Señoría trescientos florines y para san Leonardo doscientos veinte. En esta casa el dinero vuela por la ventana como si fuera humo.

Se detuvo un momento para respirar, tenía la cara amoratada de rabia y de frío.

El administrador comenzó entonces a hablar con voz lastimera tratando de convencerlo.

—Su Excelencia sabe muy bien que tenemos la casa llena de gentes a quien nadie ha invitado, que quieren que se les sirva todos los días carne y vino y tortilla. Y los campesinos vienen a pedir pan y grano.

—Dile a Su Señoría que venda sus anillos y sus cadenas, así tendrá dinero —exclamó el barbas de chivo—. Mi dinero

ya está colocado, todo el mundo me viene con exigencias y yo no veo ganancia alguna.

—Los anillos y las cadenas hace tiempo que los tiene el judío —suspiró el administrador—. Hemos vendido ya las jarras de plata y los vasos, los coches, las carrozas y las calesas, hemos rascado donde hemos podido para obtener el dinero de la siembra, y tendremos que pagar doce celemines por cada diez. Y Su Señoría piensa que Vuestra Excelencia, siendo su benevolentísimo señor padrino…

—¡Caramba! —exclamó el barbas de chivo—. ¡Ahora resulta que vuelvo a ser el benevolentísimo señor padrino de Su Señoría! Pero el año pasado, cuando se celebró el entierro del difunto señor padre de Su Señoría fue Kaspar von Tschirnhaus el que llevó el yelmo y Peter von Dobschütz quien cargó con el escudo en su mano derecha, y al barón von Bibran se le encomendó su caballo. Y yo, ¿dónde estaba? Georg von Rottkirch llevó el blasón y Hans Uchtritz de Tschirna la cruz y la espada; a Melchior Bafron se le permitió llevar el escudo de la mano izquierda, y la Nostiz y la Lilgenau sostuvieron el sudario. Y yo, ¿dónde estaba? Se me permitió únicamente prestar el dinero que hacía falta para las gualdrapas de terciopelo y para la bandera de doblete de tafetán y para el predicador y para las velas, doscientos veinte florines tuve que soltar, y a cambio de eso se me permitió cantar con el coro: «Dejadnos enterrar el cuerpo». Ése fue el único honor que me depararon.

El ladrón ya había oído bastante. El hombre de la nariz bulbosa y la barba de chivo no era el amo de la hacienda sino uno de los usureros del lugar, de esos que se dedican a saquear las propiedades y a apilar moneda sobre moneda, que no perdonan a nadie ni un techo para guarecerse ni un trozo de pan con qué alimentarse.

—¡Que Dios nos proteja! —murmuró el ladrón—. Un vulgar prestamista, y yo que lo había tomado por un noble

señor. ¿Dónde tendría yo los ojos? Pero ahora debo atender a lo que dicen y no perderme detalle, pues seguro que estos dos se traen algún negocio entre manos. Se han acercado tanto el uno al otro que parecen dos nueces colgando de un cembro, y si uno parece Judas, el otro es el mismísimo Iscariote.

El administrador, a quien el ladrón identificaba como el Iscariote, se mantenía erguido y escarbaba con el pie en la nieve. El prestamista, sin embargo, se sonó las narices con gran estrépito y dijo:

—Saluda a Su Señoría de parte de su señor padrino, el barón von Saltza de Düsterloh y Pencke, y dile que no piensa darle más dinero, ni táleros ni florines, y que no aceptará ni los frutales ni los derechos de pastoreo en prenda de lo que le debe. Pero que si quiere vender la yegua de monta, Diana, y a Jasón, el galgo italiano, estoy dispuesto a darle ochenta florines por ellos. Díselo a Su Señoría. Y si no está de acuerdo, adiós muy buenas. Entonces mandas que me enganchen los caballos, y me voy a mi casa.

—¡Por el amor de Cristo! —suspiró el ladrón—. De modo que es un señor de noble alcurnia, se dice a sí mismo barón y posee un escudo, pero su honor de caballero no le impide dedicarse a la usura. Prefiero la miseria antes que ser un noble de esta calaña.

—Ochenta florines no es gran cosa —respondió el administrador—. Su Excelencia sabe sin duda que el galgo ya vale cincuenta.

—He dicho que doy ochenta florines por ellos y ni un cruzado más —exclamó el prestamista—. Y aun así salgo perdiendo, pues un caballo y un galgo se llevan en un día en forraje y en cuidados más de lo que un hombre pueda sacar de ellos en un mes.

—Pero Su Excelencia sacará provecho de este caballo y de este galgo —dijo el administrador con una risilla semejante a

un balido—. Su Señoría tendrá que llamar a la puerta de Su Excelencia cada vez que quiera ver al Jasón o a la Diana. Y Su Señoría querrá verlos todos los días, de eso estoy seguro, no puede vivir sin ellos.

—¿Crees que vendrá? —preguntó el usurero—. Si viene no la echaré. Dile que su señor padrino, el barón von Saltza, es como la albahaca que crece en el jardín: si se la agarra con fuerza, apesta como el demonio y sus efluvios le escuecen a uno los ojos, pero si se la acaricia con suavidad, despide un aroma delicioso.

—Se lo diré, se lo repetiré todos los días —dijo el administrador—. Ciento diez florines, Su Excelencia. Ochenta para Su Señoría y treinta para mí. Su Excelencia sabe que siempre he sido su fiel servidor, que siempre he buscado su beneficio.

—Veinte para ti, y ya es bastante —dijo el de las barbas de chivo, cuyo humor parecía haber mejorado de pronto, y, cerrado el trato, ambos se encaminaron hacia la casa. El ladrón salió de su escondite y se sacudió la nieve de la ropa.

«Este lugar es una cueva de ladrones», dijo para sus adentros. «Si todos los bribones que hay en esta casa llevaran una campana colgando del cuello, no se podría oír aquí una sola palabra. Pero ¡este señor von Krechwitz! Tengo que decírselo, tengo que decirle que el carbunco ha entrado en sus establos y que el administrador lo estafa, que su propio padrino también lo engaña y que sus criados y sus mozas se dan la gran vida mientras su hacienda merma día tras día. De mis labios lo sabrá, sabrá en qué estado se encuentran sus bienes, quizá me recompense con un plato de sopa de cerveza, pero también estoy dispuesto a hacerlo por nada.»

Se levantó. Una extraña transformación se había operado en él. Ya no pensaba en que había llegado a aquel lugar en calidad de mentor de Tornefeld, ahora su misión era otra. Se le

figuraba que él, el ladrón, era el único hombre honrado en aquella hacienda, y en calidad de hombre honrado quería hablarle al amo.

Siempre que había querido entrar en una casa ajena se había arrastrado tan sigilosamente como un topo en un jardín. Esta vez, sin embargo, tomó el camino directo, por primera vez en su vida se encaminó hacia la puerta de la casa erguido y sin miedo, era un hombre honrado, estaba decidido a entrar, pues tenía que intercambiar con el amo un par de palabras de igual a igual.

Pero una vez delante de la puerta y a punto de llamar como alguien que no trajera malas intenciones, ésta se abrió de un golpe y dos dragones, los enemigos por excelencia de los vagabundos, salieron de la casa. Iban cargados con faroles y morrales. Y al verlos, el ladrón olvidó que había venido como un honrado ciudadano más y le asaltó el miedo de siempre, se hizo a un lado y echó a correr rodeando la casa. Los dragones soltaron los morrales y lo siguieron.

—¿Quién va? ¡Responde! —les oyó gritar, y luego:— ¡Alto o disparo! —Pero no se detuvo, ya había alanzado la esquina y sólo pensaba en salvar el pellejo, pero en ese momento oyó unas voces que provenían del otro lado. Y entonces se detuvo.

—¿Y ahora? —jadeó—. ¿Y ahora?

A su lado encontró un montón de nieve que los criados habían traído al terminar de despejar el camino de la casa. Se lanzó sobre él y se enterró lo más profundamente que pudo. Permaneció inmóvil y los dragones pasaron de largo.

—¿Dónde se ha metido? —les oyó gritar—. Parece como si se lo hubiera tragado la tierra.

Un poco más tarde, al cesar el ruido, levantó con cuidado la cabeza. Los dragones habían desaparecido, pero en cualquier momento podían regresar. Se levantó. «¿Y ahora,

hacia dónde?», se dijo. Sobre su cabeza, a una altura de aproximadamente dos hombres, vio una ventana con un gran alféizar. «¡Si lograra alcanzarlo!», pensó. Tomó carrerilla, dio un salto y consiguió agarrar el alféizar con las manos, pero alguien había puesto pedazos de cristal y clavos en él, y se cortó las manos. Se sobrepuso al dolor y no se soltó, y lentamente tiró de su cuerpo hasta alcanzar la ventana. Una vez arriba abrió con artimañas de ladrón los postigos rotos de la ventana e introdujo las piernas por ella hasta que sintió el suelo bajo sus pies.

Y así, empapado y aterido, jadeante y con el pecho ardiéndole, temblando de miedo y de frío, acosado, agotado y con las manos llenas de sangre, pisó el ladrón por primera vez la casa que dos años más tarde lo acogería como amo y señor.

Durante un rato permaneció inmóvil en aquella estancia, rodeado de toda clase de cachivaches, pensando únicamente en el frío y en que, una vez más a lo largo de su miserable vida, había logrado escapar del cadalso por muy poco. Pero ¿por cuánto tiempo? Tenía que encontrar al señor von Krechwitz y hablar con él, pero sus mayores enemigos, los dragones, habían instalado su cuartel en la casa y se arriesgaba a que lo descubrieran por segunda vez. ¿Y qué más daba? Debía intentar encontrar al señor von Krechwitz. En todo caso no podía ni quería regresar con las manos vacías. Permaneció donde estaba, esperando a que su respiración se aquietara. Luego avanzó unos pasos. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, logró ver una enorme puerta con remaches de hierro. No estaba cerrada, sólo entornada, y a través del resquicio pudo ver un rayo casi imperceptible de luz anaranjada. El rayo no procedía ni de un candil de aceite ni de una vela. Habían encendido fuego en la chimenea, frente a la puerta de la habitación, y aparte de eso no había otra luz en la estancia. Y donde no hay luz tampoco suele haber personas, se dijo el ladrón, a nadie le gusta la oscuridad. Lanzó un quedo suspiro de satisfacción. Porque lo que más deseaba en aquel

momento era una habitación vacía con la chimenea encendida. Quería calentarse y secar sus vestidos.

Durante un minuto siguió escuchando. Luego empujó con cuidado la pesada puerta y cruzó el dintel sin hacer el menor ruido.

Sí, la chimenea estaba encendida, y la pálida luz de las llamas iluminaba un cofre de oro colgado de la pared. Pero en seguida comprobó que estaba vacío. El ladrón esbozó un gesto de disgusto con la boca, pero luego recordó que no había entrado en aquella casa para robar.

«Como muy bien ha dicho el de abajo», se dijo con regocijo, «el señor de Krechwitz se lo ha dado todo al judío. Los anillos, las cadenas, los platos de oro y los picheles. A pesar de eso, no vive mal este señor von Krechwitz.»

El ladrón respiró hondo. Percibió un olor a vino, a pan fresco y a carne asada. Alguien había estado comiendo en aquella habitación dejándole los restos. Sobre la mesa había fuentes, platos, vasos y una jarra de vino. ¿Dónde estaría ahora el hombre para quien habían tendido la mesa, el hombre para quien ardía el fuego de la chimenea? El ladrón inspeccionó la habitación. Sobre una silla vio brillar la hoja de una espada. Al lado de la chimenea había una bota de montar muy alta. Y entre las dos ventanas había una cama, y en esa cama —el ladrón contuvo la respiración—, en esa cama había una persona.

No se asustó. Estaba acostumbrado a semejantes lances. Y cruzar una habitación sin despertar a nadie formaba parte de los gajes de su oficio.

Pero la persona que se encontraba en aquella cama no dormía, y no estaba sola. En aquella cama había dos personas, un hombre y una mujer.

El ladrón se detuvo. El hombre que yacía en la cama era seguramente el famoso señor von Krechwitz. Probablemente

había acabado temprano sus tareas, había comido y bebido hasta hartarse, y ahora se había acostado y se divertía con su querida esposa. Con él es con quien quería hablar, y empezó a pensar de qué manera podría hacerse notar y cómo debía comenzar su discurso.

«¡La paz del Señor sea con vos!», se dijo esbozando una reverencia. «¡Uy!, de un salto dejará la cama cuando sepa que sus ovejas tienen el carbunco. Pero prefiero esperar un poco antes de decírselo, antes quiero ver qué es lo que se traen entre manos estos dos.»

Y se dispuso a escuchar, satisfecho de que su fortuna lo hubiera guiado tan rápidamente hasta aquel señor von Krechwitz. Al principio no pudo oír más que un murmullo y el crujir de las sábanas. Luego percibió un bostezo ahogado. El hombre se incorporó y estiró los brazos.

El ladrón continuó componiendo su discurso. «La paz del Señor sea con vos. Su Excelencia descansa plácidamente e ignora que el carbunco ha entrado en sus establos. Sus criados son unos inútiles. Debería… ¡No!», se interrumpió. «No es así como debo empezar. Sería como calzarse la bota derecha; en el pie izquierdo. Antes de nada debo decirle de dónde vengo y quién me envía.»

—¿Por qué bosteza Vuestra Merced sin parar? —dijo de pronto la mujer—. ¿Es eso todo lo que sabéis hacer? ¿Por qué no me llamáis ahora ángel, tesoro, gatita, capullito de alhelí y vuestra mayor felicidad? ¡No os ha durado mucho el amor!

«La paz del Señor sea con vos», continuó el ladrón con su letanía. «El señor von Tornefeld me envía, el ahijado de Su Excelencia está en el molino…»

—Te he prometido el amor de un soldado —dijo el hombre —. Pero el amor de un soldado dura poco, tan poco como la hierba en los prados o el rocío de la mañana.

—¿Entonces ya no soy el tesoro, ni la gatita, ni el capullito de alhelí, ni la mayor felicidad de Vuestra Merced?

—A ti hay que darte todo el tiempo palabras bonitas como al niño la papilla. ¿Acaso no te he regalado una cinta de seda de siete varas y dos bolsas de azúcar y un tálero de plata con un san Jorge?

—No habéis tardado en cansaros del juego. El aceite se ha quemado, la lámpara se ha apagado, y no ha alumbrado más que un instante.

«El señor von Tornefeld, Su Ilustrísima lo conoce sin duda», murmuró el ladrón. «Está en el molino y desea que se le envíe una casaca francesa y un sombrero con galones, dinero, un coche y caballos.»

—Es por el ayuno —dijo el hombre—. Todos los días vigilia. Persigo la gloria eterna con el ahínco con que el cazador sigue al jabalí. Así es fácil olvidar los pecados de la carne. Cuando sea rico, mantendré a un capellán para que rece y ayune por mí.

—Vuestra Merced haría mejor en mantener a un capellán que se ocupe de las doncellas en su lugar.

—¡Calla! —exclamó el hombre enojado—. No querrás pasar tú por doncella. ¿Crees que no me he dado cuenta de que no era la primera vez? No ha merecido la pena cortar la flor.

«Pero eso no es todo», continuó el ladrón, que seguía ausente y sólo pensaba en Tornefeld. «Necesita también un camisón de seda, y medias y pañuelos, y dos pelucas.»

—Pero ¡qué grosería! —exclamó la mujer—. Doncella o no, tampoco vos estabais intacto. No tenéis más que una oreja y un ojo.

—Son heridas que me han infligido mis enemigos —respondió el hombre con orgullo y todavía rabioso.

—Y las mías me las han infligido mis amigos —dijo la mujer con una carcajada, a lo que el hombre respondió con otras mayores, y durante un rato no oyeron que reían a tres, pues al ladrón le había parecido extraordinariamente cómica la conversación que mantenían aquellos dos en la cama.

—¡Silencio! —gritó de pronto la muchacha—. ¿Qué ha sido eso? Hay alguien en la habitación.

—¿Qué dices? —dijo el hombre—. ¿Quién podría ser? ¿Cómo va a entrar nadie aquí?

—Te digo que hay alguien en la habitación. Lo he oído reír —dijo la muchacha incorporándose. Trató de distinguir algo en la oscuridad y un leve reflejo de luz cayó sobre su blanco pecho.

—¡Acuéstate y déjame en paz! —dijo el hombre—. Hay un dragón montando guardia delante de la puerta y no dejaría pasar a nadie. Pero tú eres capaz de oír cantar a los peces del estanque.

—¡Allí! ¡Allí está! —gritó la muchacha agarrando con una mano el brazo del hombre mientras señalaba hacia la oscuridad con la otra—. ¡Allí está! ¡Al lado de aquella pared! ¡Auxilio! ¡Auxilio!

El hombre se zafó, se levantó de la cama de un salto, y en un abrir y cerrar de ojos se había hecho con su espada.

—¡Eh! ¡Tú! —gritó—. ¿Quién eres? ¿Qué quieres? Estáte quieto y no te muevas, si no quieres que te corte en pedazos y te tengan que recoger con cuchara. ¡Quédate donde estás o te saco el estómago de un solo golpe!

El ladrón empezó a sospechar que las cosas no marchaban tan bien como se había imaginado y le pareció que era hora de salir de su escondite y de explicarle al señor por qué había venido y quién lo enviaba.

—La paz del Señor sea con vos —se apresuró a decir, acompañando sus palabras con una reverencia que nadie vio —. El ahijado de Su Señoría me envía y por eso he venido, y aquí estoy, para servir a Su Señoría, pues él está en el molino esperando…

—¡Baltasar! —gritó el hombre de la espada—. ¡Entra y trae una luz! Quiero ver a este que viene recitando no se qué del señor y de su ahijado.

—¡No! ¡Que no traigan luz! —berreó la muchacha—, que estoy desnuda como Eva.

—¡Si estás como Eva, ya te puedes ir largando al paraíso! —dijo el hombre lanzándola sobre la cama y tapándola con la sábana. Entretanto, el dragón había entrado en la habitación y un instante después había un candelabro sobre la mesa. El ladrón se vio frente a un hombre pequeño y achaparrado, vestido tan sólo con una camisa y un sombrero de plumas, y que esgrimía una espada.

El miedo lo había paralizado.

Conocía a ese hombre. Era el capitán de los dragones, a quien en aquellas tierras llamaban el «barón Maléfico». Había instalado su cuartel precisamente en aquella casa.

Le llamaban el barón Maléfico porque se había propuesto acabar con las cuadrillas de ladrones que asolaban Silesia y Bohemia. El propio emperador le había dado amplios poderes. Con sus dragones recorría las dos provincias de punta a punta, y los que dependían de los bienes ajenos, los vagabundos y los pillos, los salteadores de caminos y los rateros, todos los malhechores, fuera cual fuese su plumaje, le temían como si fuera el mismísimo demonio. El verdugo que lo acompañaba no daba abasto con la soga, y su perdón significaba un estigma de fuego en la frente y cadena perpetua en las galeras de Venecia. Este hombre y sus dragones eran los que habían empujado al ladrón al infierno del Obispo, el único lugar en el

que estaría a salvo de ellos. Y ahora su mala estrella lo había conducido a aquella habitación, a cinco pasos del barón Maléfico, y sin posibilidad de escapar; la casa estaba infestada de dragones, no había escapatoria. El ladrón estaba como petrificado y a su sorpresa se unió el asombro de descubrir que el temido barón era más bien menudo y sus brazos y sus piernas más peludos que los de un mono.

Entretanto, el capitán se había colocado un pedazo de tela negra con una cinta sobre el ojo: este gesto formaba sin duda parte de su aseo diario, a continuación, el dragón le entregó unos pantalones de montar de cuero y su cinturón.

—Y ahora veamos de quién se trata —dijo—. Pero ¡ándate con cuidado, muchacho! ¿Ves mi espada?

En ese momento el ladrón se dio cuenta de que lo único que podría salvarlo era hacerle frente. Si dejaba traslucir el miedo que sentía, estaba perdido.

—Sí. Veo vuestra espada ¿y qué? —respondió—. En ella caben tres docenas de gorriones. Vuestra Merced podría arrancar de un golpe siete repollos.

—Tiene la lengua muy larga. Y sus ojos parecen los de un caballo encabritado —dijo el dragón que se había arrodillado frente a su capitán para calzarle las botas de montar—. Si supiera con quién está hablando, mediría sus palabras.

—Muchacho, te estás jugando la cabeza —le espetó el barón—. ¡Una palabra más y te entregaré a mis dragones para que jueguen un rato contigo y que no te reconozca ni tu propio hermano!

—Déjeme tranquilo Su Señoría —gruñó el ladrón—. No tengo ningún asunto pendiente con vos, no he venido a buscaros a vos.

—¿Cómo te atreves a hablar así? ¡Como si fueras un soldado o un caballero! —exclamó el barón Maléfico—. Ya

veo que tendré que enseñarte buenos modales para que cuando te ahorque puedas presentarte ante el diablo como es debido. ¿Qué es lo que buscas aquí? ¡Responde!

—¿Que qué busco? Al amo de la casa, ¿a quién si no? —dijo el ladrón disgustado e impaciente, como si no tuviera tiempo para entretenerse con aquel capitán y sus preguntas.

—¿Al amo? —gritó el barón Maléfico—. ¡Margret! ¿Este hombre es de la casa? ¿Lo conoces?

Entretanto habían entrado más dragones y el humo de sus teas y antorchas se extendió por toda la habitación.

La muchacha que había descubierto al ladrón estaba sentada en el borde de la cama. Sin que los dragones se percataran de su presencia, se había puesto la camisa a toda prisa mientras sujetaba su falda entre las rodillas. Tardó un par de segundos en responder:

—No, no es de la casa. No lo conozco.

El capitán se había levantado y avanzó hacia el ladrón. Su botas crujieron.

—Sucio, tiñoso, harapiento y lleno de liendres —dijo soltando una carcajada—. No creo que lo hayan enviado de la corte del Obispo para invitar a cenar a Su Señoría. ¡Revisad sus bolsillos! Seguro que es uno de los de la banda de Ibitz el Negro.

Dos dragones agarraron al ladrón y se pusieron a hurgar en sus bolsillos. Uno de ellos encontró el cuchillo que siempre llevaba encima y lo levantó.

—¿Qué os había dicho? —exclamó el barón Maléfico—. Ha querido despistarme. Habla de una vez, muchacho. ¿A qué viene este cuchillo?

—Es una pieza de gran valor —tartamudeó el ladrón con una risilla nerviosa, pues se le había hecho un nudo en la

garganta—. Lo he mandado traer del Nuevo Mundo con la flota española para cortar con él el pan y el queso.

—No vas a tener muchas ocasiones de usarlo —dijo el barón—. Ha entrado en mi habitación y seguramente pensaba esperar a que estuviera dormido para quitarme de en medio con el cuchillo. Leonardo, ven aquí. Ibitz el Negro te tuvo preso tres días. Míralo bien y dime si es de la banda.

El dragón le puso una tea delante de la cara.

—No es de la banda del Ibitz —dijo—. A ésos los conozco yo bien: está el Afrom, Michel el Encorvado, el Lechuzo, Adam el Ahorcado, el Silbador y el Brabanzón. Pero a éste no lo he visto nunca. Y además, los tenemos cercados y no pueden escapar.

—Es posible que alguno haya podido burlar a nuestros centinelas —opinó el capitán—. Éste ha logrado entrar en la casa sin que lo viera nadie. El diablo se fiará de él, yo no.

—Pero no es de la banda del Ibitz —afirmó el dragón—. Son veinte y a todos ellos los conozco, a Juan el Estañero, a Jonás el Bautizado, al Klaproth, al Veiland, a Árbol de Fuego y a Matías el Loco, pero a éste no lo he visto antes.

—Entonces dime quién te envía —gritó el barón Maléfico —. Habla de una vez o mando que te descuarticen, voto a Dios.

—Me envía un noble caballero a quien sirvo y cuyos asuntos atiendo, Su Excelencia, ésa es toda la verdad —respondió el ladrón, que poco a poco iba recuperando el ánimo, pues había recordado que contaba con el anillo de Tornefeld para demostrar lo que decía—. Me envía para comunicarle al amo de esta casa que…

—¿Cómo se llama tu amo? —le interrumpió el barón—. Por todos los santos, los nobles de estos lugares tienen

extraños lacayos. ¿Quién es ese señor para tener a un tipo tan desastrado a su servicio?

—Es el ahijado de Su Ilustre Señoría —dijo el ladrón—. Su Señoría lo sostuvo ante la pila bautismal. Tengo que decirle de su parte…

—¿Te envía el ahijado de Su Señoría? —exclamó el barón lanzando una sonora carcajada—. ¡Por mis muertos! En fin, si es así, bienvenido seas. Y, ¿cuántos años tiene el infante, el ahijado de Su Señoría?

—Yo diría que unos dieciocho o veinte, no estoy seguro, no es que lo conozca desde hace mucho —dijo el ladrón, asombrado por el regocijo y el extraño comportamiento del barón.

La muchacha, que había terminado de vestirse, se abrió paso entre los dragones y se acercó al ladrón.

—Infeliz, no conseguirás nada con tus mentiras —dijo—. Su Señoría no tiene ningún ahijado. Resígnate, harías mejor en arrodillarte, alzar las manos y pedir misericordia.

—Por todos los demonios, ¡no! —gritó el barón Maléfico —. Quiero verlo sudar como un pollo en el horno. Me quiero divertir un rato. Quiere que lo conduzca ante Su Señoría, y bien, se hará según sus deseos. Puede que traiga noticias sobre su ahijado que interesen a Su Señoría. Muchacho, ¡ven conmigo! ¡Baltasar! ¡Mis guantes y mi fajín!

Escoltado por dos dragones con velas, y con las manos atadas, el ladrón siguió al barón Maléfico por unas escaleras y, a punto de lograr lo que venía buscando, ver por fin al señor von Krechwitz, sintió una curiosidad aún mayor que antes, pues ahora se había topado con un enigma más: ¿por qué se había reído el barón Maléfico, a quien hubiera querido ver desterrado en Turquía, ya que era su mayor enemigo y su más encarnizado adversario; por qué se había reído al oír que lo enviaba el ahijado de Su Señoría? ¿Y por qué había dicho la

muchacha: «Infeliz, su Señoría no tiene ningún ahijado»? ¿Por qué? ¿Qué clase de persona podía ser aquélla para que nadie pudiera creer que tuviera un ahijado? Si hasta el más miserable jornalero tiene alguno. Ese señor von Krechwitz, ¿sería tan cruel y tan desalmado como para que ninguna madre quisiera encomendarle a su hijo ante la pila bautismal? Tal vez ni siquiera fuera cristiano. ¿Entonces aquella casa pertenecía quizá a un tártaro o a un moro? ¿O es que era tan avaro que no estaba dispuesto a pagar el bautizo, o…?

De pronto se detuvo como fulminado por el rayo. Ya lo tenía, ya lo sabía, y, si hubiera tenido las manos libres, se habría golpeado con ellas la cabeza. Ahora estaba claro. Por fin entendió también por qué no había nadie honrado en toda la hacienda y por qué no había nadie que metiera en cintura a los criados, y por qué se echaban a perder los campos y las ovejas… Había sido un estúpido y un zopenco por no haberlo adivinado antes. «Un corderillo indefenso es presa fácil para cualquiera», se dijo con una sonrisa amarga y apretando los puños. Y en ese momento ya se encontraba ante una puerta entreabierta a la que el barón llamó, penetrando en la habitación de Su Señoría con la dignidad y el aplomo de un caballero. Tras él entraron los dos dragones y el ladrón.

Sí, era tal y como había sospechado. En la habitación había una niña, una muchacha muy joven que no tendría más de diecisiete años, delgada y frágil, y tan hermosa como un ángel celestial: aquélla era la dueña de la hacienda de Kleinroop. Tenía los ojos llenos de lágrimas, el ladrón se percató en seguida, y frente a ella, apoyado en la chimenea, estaba el de las barbas de chivo, el noble usurero, el barón von Saltza de Düsterloh y Pencke, a quien el administrador había vendido el galgo italiano y el caballo de la joven ama.

El barón Maléfico se detuvo ante ella con las piernas separadas y el sombrero de plumas en la mano, y la saludó.

—¿Molesto? —dijo—. Espero me disculpe por incomodar a la ilustre *demoiselle* tan tarde, pero debo partir mañana a primera hora, y hubiera sido una descortesía no presentarle a la *demoiselle* mis respetos antes de hacerlo, no desearía que la *demoiselle* me olvidara.

La muchacha sonrió e inclinó la cabeza levemente.

—Es un honor que no merezco —dijo con una voz muy débil y dulce—. Me ha apenado saber que Vuestra Merced se dispone a partir. ¿Es que acaso no se ha alojado a su gusto en esta casa?

El ladrón la miraba fijamente. Sus planes se habían desbaratado.

«¡Qué desgracia!», pensó. «Con lo joven que es, si le digo que he descubierto las artimañas y picardías de sus criados no me va a creer, si es una niña, seguramente todavía cree que todo el mundo es honrado. Y si intento hacerle ver que podría alimentar a su gente y a sí misma con la leche y con lo que le dan sus gallinas y que incluso le sobraría, no lo creerá, seguro que su administrador la ha convencido de lo contrario. Mis palabras no valdrían de nada. Pero es tan hermosa, creo que no he visto nada más hermoso en todos los días de mi vida.»

—El alojamiento ha sido excelente, no hubiera podido desear nada mejor —respondió el barón Maléfico con una reverencia—. Todo se ha dispuesto del modo más conveniente y *à point*. Sin embargo, debo partir, voy a encontrarme con esos bandidos y a darles una lección. Hemos rodeado a Ibitz el Negro y a su banda en la Garganta del Zorro, tengo que reunirme con mis hombres, pues mañana, al amanecer, les soltaremos los perros hasta acabar con ellos.

—Así son las cosas —murmuró el ladrón, que permanecía cerca de la puerta escoltado por los dragones—. Se ensaña con los ladrones encerrados en su madriguera, unos pobres desgraciados, pero a los ladrones de esta casa, que en su

soberbia se atreven a dilapidar los bienes de Su Señoría, a ésos no los ve y les deja vía libre.

—Espero que el señor Capitán logre, *Dieu aidant*, llevar este asunto a buen término —dijo la muchacha—. Ese Ibitz y su gente han asolado estas tierras, y también las comarcas más próximas de Polonia, han asaltado a los cocheros, se han llevado las vacas de los campesinos. Todos los días nos llegaban noticias de sus fechorías. El señor Capitán es verdaderamente un san Jorge.

—Si no son más que unos infelices —murmuró el ladrón, mientras el capitán, halagado por estas palabras, se acariciaba el espeso bigote—. Si hubieran tenido a su debido tiempo un trozo de pan que llevarse a la boca y un techo donde cobijarse, ahora serían gente honrada. ¡Pero el mundo es así! Los criados de esta casa…

—Si Su Señoría me dispensa, yo también me retiro —dijo con voz ronca el barbas de chivo—. Es tarde y debo regresar a mi casa. Y si la *demoiselle* cambia de opinión, podrá comunicármelo mañana. Quedo a su disposición.

—Si mi señor padrino me permitiera conservar a mi Jasón y a mi Diana —dijo la muchacha, y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—La *demoiselle* podría tener todos los caballos que quisiera —dijo el barbas de chivo—. Sabe que depende únicamente de su voluntad. Y también vestidos, cadenas, anillos, invitados todos los días y la oportunidad de alternar con los grandes del reino: depende únicamente de su voluntad.

—Siento que el señor padrino no pueda satisfacer sus deseos —dijo la muchacha, y su voz adquirió de pronto un tono firme—. El señor padrino sabe que no puede ser. Antes dejaría el sol su órbita. Le he prometido fidelidad a otro entregándole mi mano y mi corazón, y lo esperaré, aunque tenga que esperarlo hasta el día del juicio final.

—Le deseo mucha suerte a la *demoiselle* en su proyecto —farfulló en tono cortante el barbas de chivo—. Quedo a su disposición hasta entonces. ¿Han enganchado ya los caballos?

—¡Que los ángeles la protejan! —susurró el ladrón despavorido—. ¡Este viejo pícaro quiere hacerla su esposa! Un montón de hollín al lado de la más pura nieve.

—Ya están enganchados. El trineo está en el patio y el cochero lo aguarda —respondió la muchacha—. Tengo mis esperanzas puestas en la generosidad de mi señor padrino. ¡Si pudiera dejarme a mi Jasón!

—De ninguna manera —graznó el barbas de chivo—. He comprado y pagado con mi propio dinero el caballo y el galgo. Si alguien en esta casa hubiera sabido lo que es el ahorro, no se habría llegado a esta situación. Un cruzado llama a otro, y un florín hace dos. Pero en esta casa nadie parece saberlo. Aquí, cuando la leña no prende, la cocinera alimenta el fuego con mantequilla.

—¿Para qué queréis el noble perro? —gritó el barón Maléfico desde la puerta—. Para la caza que practicáis os basta con un calungo.

El barbas de chivo se volvió hacia él y lo miró de arriba a abajo con gesto altivo.

—Os agradeceré que os ocupéis de vuestros propios asuntos —gruñó—. Por mi parte nunca me he mezclado en los asuntos del señor Capitán. Sé muy bien que cuento con más de un enemigo en estas tierras, pero me gustaría ver qué harían en mi lugar.

El barón Maléfico hizo una mueca de desprecio y levantó la cabeza.

—No tengo riquezas —dijo—. Mis únicos bienes son una pragmática real y mi buena *conduite*. Pero a fe que no querría estar en vuestro pellejo ni por mil táleros.

—Ocupaos entonces de vuestro propio pellejo y no del mío, que no está a la venta —aulló el barbas de chivo con el rostro congestionado y los ojos a punto de salírsele de las órbitas—. ¡Apartaos! ¡Haceos a un lado! ¡Me marcho!

—¿Por qué grita Vuestra Merced? ¿Acaso tenéis la rabia? —preguntó el barón muy sereno—. No os alteréis, no vaya a ser que reventéis como Judas cuando lo colgaron.

—¿Como Judas cuando lo colgaron? —gritó el barbas de chivo deteniéndose un segundo para recobrar el aliento—. Vuestra Merced parece haber olvidado con quién está hablando. Pertenezco a la nobleza. Medid vuestras palabras, pues a mi espada no le gusta descansar largo rato en la vaina.

El barón Maléfico se hizo a un lado y señaló con la mano hacia la puerta abierta.

—Vuestra Merced verá cumplidos sus deseos. Os brindaré el honor de batirme con vos a la manera de los caballeros, abajo, en el patio.

—¡Con Dios! ¡Con Dios! —exclamó el barbas de chivo, que había logrado llegar hasta la puerta—. No tengo tiempo de escucharos por más tiempo. Otro día será, por hoy ha sido bastante, debo atender mis asuntos.

Y se lanzó escaleras abajo erguido como un pavo y tan rápido como le permitieron sus piernas.

El barón Maléfico lo siguió con la vista durante un instante. Luego se volvió hacia la muchacha.

—Ruego a la *demoiselle* que me disculpe —dijo dando un sombrerazo—, pero el señor padrino de la *demoiselle* es, y se lo digo con todo el respeto y la devoción que me merece, un patán. No vale ni una estocada. El niño más enclenque lo derribaría de un solo golpe.

—Me ofende proponiéndome que me convierta en su esposa —dijo la muchacha con una débil sonrisa—. Dice que

lo hace por la amistad que le unía a mi padre, para sacarme de la miseria.

—Si eso es amistad —exclamó el barón Maléfico—, a partir de ahora buscaré la amistad de los lobos. La *demoiselle* ha dicho que está prometida. ¿Puedo preguntar quién es el afortunado que puede alabarse de contar con el afecto de la *demoiselle*?

El ladrón se sobresaltó como si acabara de despertar de un sueño. Un extraño pensamiento se había apoderado de él: sintió como si de pronto fuera otra persona, ya no era el ladrón sino el hombre a quien la noble muchacha se había prometido, y sintió su cuerpo entre sus brazos y su mejilla junto a la suya.

Un escalofrío le recorrió la espalda y un profundo y silencioso suspiro salió de sus labios.

«¡No! ¡No!», susurró para sí. «Que Dios, en su misericordia, haga que aparte los ojos de lo que nunca podrá ser mío.»

—Vuestra Merced siempre ha sido bueno conmigo, así que puede saberlo —dijo la muchacha—. Es un noble sueco, un amigo de la infancia, ése es mi prometido. A él le di mi anillo y yo conservo el suyo. Pero hace mucho tiempo que no tengo noticias de él, y a menudo pienso: te ha olvidado, pero tú nunca lo olvidarás. Y, sin embargo, a veces me parece que todavía puedo tener alguna esperanza, que la diosa fortuna llegará algún día con su carro alado. Se llama Christian, es el ahijado de mi padre y primo mío por parte de madre.

«De modo que es él. ¿Cómo es posible?», se dijo el ladrón sin dar crédito a lo que oía. «Jamás hubiera creído que pudiera ser él. Este mozalbete de sangre azul es el dueño de su corazón, ese cabeza de alcornoque que se come el mundo cuando tiene un brasero bajo los pies y que gimotea como una mujer cuando se le hielan las orejas. ¡Ese ilustrísimo botarate es su prometido! Nunca lo hubiera pensado. Y él no se acuerda

de ella ni remotamente, sólo piensa en su Carlos y en la guerra, pero claro, siempre que tenga una pelliza para cubrirse las espaldas y una casaca francesa, y coches y caballos y la bolsa repleta de cuartos, y medias de seda y todo lo demás, y tafetán y raso para sonarse las narices.»

—¿Qué ha dicho la *demoiselle*? —preguntó el barón Maléfico—. ¿El ahijado de su señor padre? Entonces es posible que este mastuerzo haya dicho la verdad, después de todo. Lo he traído conmigo. ¡Acércate, bribón! Esta es Su Señoría. ¡Saluda y dile quién te envía!

El ladrón avanzó unos pasos y se inclinó, evitando sin embargo la luz del candil, cuyas dos potentes llamas iluminaban la estancia. Su rostro permaneció envuelto en tinieblas. No se atrevía a moverse. «¡No debo hablar! ¡No debo hablar!», pensó. «¡Ni una palabra acerca de él!» Pero la razón por la cual se negó a hablar, por la que quería ocultar que era Tornefeld quien le enviaba, era algo que en ese momento él mismo ignoraba.

—¿Qué haces ahí cual pasmarote mirando a la *demoiselle* como un negro las primeras nieves? —le espetó el barón Maléfico—. ¡Habla de una vez y di quién te envía!

«¡No! ¡No! ¡No!», gritó una voz en su interior. «No debe saberlo. Si se lo digo es capaz de venderlo todo, los vestidos, los encajes, las sábanas que aún le quedan, es capaz de venderlo todo para poder comprarle los jubones de gala y las medias de seda. ¡No debe saberlo!»

Rehuyendo su mirada respondió en voz baja:

—No me envía nadie.

—¡Ahora resulta que no te envía nadie! —gritó el barón—. ¡Y sin embargo abajo has hablado de un noble señor, del ahijado de Su Señoría, diciendo que era tu amo!

—Era mentira —dijo el ladrón, y respiró hondo.

—Es lo que me esperaba —gruñó el barón—. Nos ha mentido para escapar de la horca.

La muchacha se acercó al ladrón sin hacer ruido y se detuvo frente a él. El ladrón, sin embargo, volvió la cara, no quería mirarla a los ojos.

—Infeliz, ¿de dónde vienes? —le preguntó—. Por tu aspecto se diría que has recorrido un largo camino. El hambre ha dejado su huella en tu rostro, baja de prisa a la cocina y que la moza te sirva un plato de sopa con un trozo de pan. Pero antes dime si te ha enviado Christian Tornefeld. ¿Dónde se encuentra y por qué no ha venido en persona?

«Si se lo digo, se irá con él», pensó el ladrón. «Y, si no encuentra ni coche ni caballos, es capaz de ir a pie cruzando los campos nevados.» Y le pareció ver la cara risueña de Tornefeld mientras estrechaba a la muchacha en sus brazos, tal y como había hecho él en el extraño sueño que acababa de tener.

Clavó la vista en el suelo y dijo:

—No conozco a ese señor, no sé nada de él.

—Es lo que me esperaba. ¿Por qué razón iba a tener un noble señor a un rebañasartenes como ésta por criado? —opinó el barón—. ¡Que me aspen si no es de la banda del Ibitz! —tronó—. ¡Cretino! ¡Dinos entonces qué has venido a buscar en esta casa!

El ladrón notó que un sudor frío le recorría la frente, pensó que había llegado su hora, y, a pesar de ello, permaneció firme en su propósito de no decir la verdad pasara lo que pasara.

—He venido a robar —dijo desafiante.

—Entonces tendrás lo que mereces —decidió el barón—. Encomiéndate a Dios, muchacho. Te vamos a colgar.

—¡No, no lo colguéis! —suplicó la muchacha sobresaltada —. Parece tan desgraciado y tan pobre, seguro que no ha tenido un solo día feliz en su vida.

—Parece un bribón y un canalla, capaz de cometer cualquier fechoría —dijo el barón frunciendo el ceño—. Sé mejor que la *demoiselle* cómo tratar a los tipos de su calaña.

—¡No lo colguéis! —rogó la muchacha alzando las manos —. No ha hecho nada, su único pecado es ser pobre y no tener qué llevarse a la boca. Dejadlo marchar, hacedlo por consideración a mi persona.

El ladrón se estremeció. Nunca antes había oído nada semejante. Durante toda su vida no había recibido más que golpes e insultos, se le había amenazado con el calabozo y la horca, los niños solían tirarle piedras a su paso por las aldeas. Y esta noble niña se apiadaba de él. Era capaz de enfrentarse a la muerte sin pestañear, pero en ese instante le asaltó un extraño sentimiento. Sintió una opresión en la garganta, y un espasmo recorrió su rostro. Le hubiera gustado hacer feliz a aquella muchacha, pero no fue capaz de decirle que Tornefeld la esperaba en el molino. Eso no se lo pudo decir.

—La *demoiselle* sabe que no hay nada que yo más desee que poder servirla, que sus deseos son órdenes para mí —dijo el barón Maléfico sin poder ocultar su disgusto—. No podemos esperar nada bueno de este hombre. Pero, ya que la *demoiselle* insiste… ¡Muchacho, debes agradecerle a la señora y a su generosidad que puedas conservar el pellejo!

Un prolongado aullido recorrió la sala, proveniente del patio de la casa.

—Le estoy muy agradecida al señor Capitán, no olvidaré su gesto —dijo la muchacha de prisa—. Ése es mi Jasón, ¿lo oís? Se queja porque no estoy con él, seguramente intuye que Diana y él tienen que partir. Debo despedirme de mis queridos compañeros, de mi caballo y de mi perro.

Corrió hacia la puerta y bajó las escaleras. El barón Maléfico la siguió despacio. Al llegar a la puerta se volvió una vez más hacia el ladrón.

—¡Que me parta un rayo si no es de la banda del Ibitz! —dijo enojado—. Muchacho, te has librado de la soga, pero no de una buena tunda de palos. Lleváoslo abajo y que le zurren la badana. Veinticinco. Luego lo soltáis y que vuelva si quiere junto a su jefe y le diga que mañana va a haber fuegos artificiales en la Garganta del Zorro.

Lo condujeron hasta el patio. Dos dragones lo sujetaban por los brazos, la cara vuelta hacia el muro, mientras un tercero blandía la vara de avellano. Y mientras su espalda recibía un golpe tras otro, unos pasos más allá la noble niña, la dueña de la casa, se despedía de sus queridos amigos. Abrazada al cuello del caballo, le susurraba tiernas palabras, mientras el perro saltaba jadeando a su rededor.

—Adiós, Diana —dijo con voz dulce y apesadumbrada—. Siempre te he querido. Que Dios te proteja, Mi Jasón, debemos separarnos.

El barbas de chivo permanecía entretanto embozado en su trineo, golpeándose impaciente los nudillos, pues la despedida se prolongaba demasiado.

El ladrón no podía verla, únicamente oía los gemidos del perro y los relinchos del caballo. La vara silbaba sobre su cabeza, pero el ladrón ni siquiera se encogía al recibir los golpes.

—¡Golpead! ¡Golpead más fuerte! —silbó entre dientes—. No tengo sangre azul en las venas, y por eso no me dedico a la usura. ¡Golpead! ¡Más fuerte! Soy pobre, y por eso no deseo quitarles a los pobres su dinero, sus coches y sus caballos. ¡Golpead! ¡Golpead! ¿Qué clase de nobles son éstos? El barbas de chivo, que huye espantado de la espada del capitán; Tornefeld, que quiere ir a la guerra, pero teme que se le

congelen los dedos. ¡Golpead! ¡Golpead! Yo estoy hecho de otra pasta. Haría mejor papel que ellos si fuera caballero.

Y en su delirio concibió una idea monstruosa: ya no era un vagabundo ni un ladrón sino un caballero, y pensó también que debía volver a aquella casa a meter en cintura a los criados, a poner orden en la hacienda, porque todo aquello, la muchacha, la casa, la hacienda y los campos, todo debía ser suyo. «Durante muchos años he compartido la mesa de los desheredados», se dijo, casi sin aliento. «Ahora voy a sentarme a la mesa de los señores.» Y esta idea, concebida en el dolor, se apoderó de todo su ser, y a fuego y sangre fue introduciéndose en lo más profundo de su alma.

El verdugo dejó caer la vara sobre la nieve, pero el ladrón no se percató de que los golpes habían cesado. Uno de los dragones le acercó la camisa, el jubón y su propia botella para que bebiera un trago de aguardiente.

—Y ahora esfúmate —le aconsejó—, y que no vuelva a verte el capitán.

Entre los dos lo sujetaron por los hombros creyendo que no tendría fuerzas para llegar al portón. Se zafó de ellos y avanzó, con las piernas temblorosas, pero erguido, a través de la nieve.

Al llegar a la entrada se volvió. Vio a la muchacha, la casa, el patio y la grada volcada medio hundida entre la nieve, y de un vistazo lo abarcó todo, como si ya fuera suyo. Luego se marchó. El viento le azotó la cara, la nieve crujió bajo sus pies. Y los arces del camino inclinaron sus ramas fustigadas por el viento como si ya adivinaran lo que iba a ocurrir, saludando a aquel hombre que ahora abandonaba la casa como a su dueño y señor.

Cuando dejó a sus espaldas el pueblo con sus perros y su llanto de gaita y tomó el camino que conducía al molino, no había concebido aún un plan, únicamente sabía que le dolía la

espalda y que debía regresar a aquella casa como un caballero, a caballo, con plumas en el sombrero y con dinero en los bolsillos. No podía enterrarse en el infierno del Obispo, no tenía intención de mantener la promesa que le había hecho al molinero. «Aún no le he vendido mi alma al diablo», se dijo, mientras avanzaba a duras penas por la nieve. «¿Acaso hemos cerrado el trato? ¡No! No se puede cerrar un trato si no es con un trago de aguardiente. Y al molinero debió de parecerle demasiado gasto. Ahora sufrirá las consecuencias. El dragón que me sujetaba mientras su compañero me zurraba me ha dado de beber. ¡Sí, hermano! ¡Te doy las gracias, hermano! He bebido a la salud de mi regreso. Ese trato sí que vale. Sí, hermano, hemos hecho un pacto.»

¿Volver al infierno del Obispo? No, por todos los santos. No, aquello estaba olvidado. Quería volver al mundo y emprender el combate con aquellas fuerzas que siempre le habían sido hostiles. Lo tentaba el gran juego de dados de la vida, quería arriesgarse y jugar una última partida. Y, a aquel ladrón que nunca había sido capaz de robarle al campesino lo suficiente como para poder hartarse, le pareció que el mundo y sus riquezas habían sido creados para que él se hiciera con ellos.

Debía hacerse con el arcano del que tanto se jactaba Tornefeld. Lo necesitaba. Con aquel pergamino santificado o lo que quiera que fuese en el bolsillo, podría poner a la diosa fortuna de su parte y hacerse con todo el oro del mundo. Ya vería cómo se las apañaba Tornefeld en la guerra sin su arcano.

¿La guerra? No, Tornefeld no debía ir a la guerra, no debía permitir que volviera, a caballo y con sombrero de plumas y ufano como un príncipe. Ella lo amaba, su corazón no lo había olvidado. Debía desaparecer para siempre.

—¡En el infierno del Obispo! —murmuró el ladrón, y en este instante se le ocurrió cómo podría desembarazarse de

Tornefeld y mantener la palabra dada al molinero. Tornefeld debía seguirlo en su lugar al infierno del Obispo. ¿Nueve años tan sólo? No, ¡por toda la eternidad! Ni dos meses aguantaría ése el duro trabajo en los hornos y en las canteras, aquel noble mozalbete, aquel niño mimado, ni dos semanas aguantaría los golpes del látigo del capataz y sus esbirros. Otros más fuertes que él habían sucumbido a ellos mucho antes de que venciera el plazo de su condena.

Y, al pensar sobre ello, le pareció ver a Tornefeld tendido en la nieve, tal y como lo había visto aquella mañana, desesperado y medio muerto de agotamiento. Y de nuevo sintió lástima de aquel muchacho tendido ante él y que fantaseaba con su honor de caballero. «¡Levántate, hermano!», quiso decirle. «¡Levántate! No voy a abandonarte.» Pero no. No había lugar para la compasión. Tornefeld debía desaparecer para siempre.

—¡Vete con el molinero! ¡Vete! —gritó a los cuatro vientos—. No puedo darte mejor consejo. No puedo olvidar a la doncella cuyas lágrimas he visto.

Y con estas palabras se despidió de su compañero de infortunios, con estas palabras dictó el veredicto que condenaría a Tornefeld.

A un tiro de piedra del molino se encontró de pronto, como si hubiera surgido de la tierra, con el molinero muerto, que vestía su blusón de cochero y su gorra de plumas. El ladrón quiso pasar de largo, Pero la nieve se alzaba a un lado y a otro del camino y el molinero no quiso hacerse a un lado.

—Déjeme pasar Vuestra Merced —dijo el ladrón. Los dientes le castañeteaban—. Déjeme ir a la casa. Hace frío y dentro de poco hará más, he oído cantar al cuco.

—¿Qué puede importarte a ti el frío? —le respondió el molinero con una carcajada y una voz sorda que parecía surgir de las profundidades de un pozo—. Pronto dejarás de pasar

frío. Esta misma noche aprenderás cómo se saca el carbón de un horno en llamas.

—No será hoy —dijo el ladrón, que había recobrado el valor—. Mañana. Hoy es miércoles, es mal día, el día en que vendieron y traicionaron a Nuestro Señor Jesucristo.

El ladrón esperaba que, al oír el santo nombre, el fantasma desaparecería de inmediato para al purgatorio, pero el molinero muerto seguía frente a él mirándole a los ojos.

—No puedo esperar tanto —dijo sacudiéndose la nieve del capote—. Hoy mismo te vienes conmigo. Porque mañana ya no estaré aquí.

—Lo sé, lo sé —exclamó el ladrón. Un escalofrío le recorrió la espalda—. Mañana no quedará de Su Señoría más que un montón de arena y cenizas. Déjeme Vuestra Merced, rezaré por él un miserere y un *de profundis*, que son el alimento preferido de las ánimas.

—¿Qué es lo que dices? ¿Qué majaderías son ésas? —gritó el molinero muerto—. ¿Qué clase de chiflado he venido a buscar? Ahórrate tu *de profundis*, mañana salgo a primera hora rumbo a Venecia, debo traerle a mi Excelentísimo Señor vasos tallados, terciopelo y tapices dorados, y dos de esos perros españoles de los que tanto se habla.

—¿Para qué necesita el señor Obispo tapices dorados y terciopelo? —gruñó el ladrón, que nunca había sentido aprecio por los grandes señores—. Que comparta su dinero con los pobres de estas tierras, en lugar de vivir rodeado de lujos como los mismísimos príncipes.

—Mi Excelentísimo Señor es más que un obispo, es un príncipe —le adoctrinó el molinero—. El que viaja en una carroza dorada de seis caballos, ése es el verdadero príncipe. Pero si alguna vez vas a la iglesia el día de Nuestra Señora verás al Obispo, un hombre sencillo y muy devoto, un verdadero santo.

—Y si ese príncipe la espicha —soltó el ladrón—, ¿qué sería entonces de tu Obispo?

—¡Calla! —exclamó indignado el molinero—. ¡Deslenguado! Ahora prepárate a venir conmigo, que ya te enseñarán a ganarte el pan honradamente.

El ladrón no se movió.

—Las cosas han cambiado —dijo—. No pienso acompañaros.

—¿Cómo dices? —gritó el molinero—. ¿No quieres venir conmigo al único lugar donde te dejarán vivir en paz? ¡Estúpido! Dondequiera que vayas no verás más que guerra, asesinatos, fuego y peste, sólo en los dominios del Obispo reina la paz.

—No busco la paz —dijo el ladrón—. Quiero recorrer el mundo y vivir como un hombre libre.

—Es demasiado tarde para eso —le espetó el molinero—. Hemos hecho un trato, vendrás conmigo. Me has dado tu palabra.

—Su Señoría no puede obligarme —objetó el ladrón—. No se cierra un trato sin beber un vaso de aguardiente. Ésa es la costumbre aquí, en la tierra, no sé cómo se hará en el infierno.

—¿Cómo? ¿Qué dices de aguardiente? —gritó el molinero —. Te he dado pan y salchichas y cerveza…

—Os pagaré lo que os debo —le explicó el ladrón—. Mi compañero, el del molino, irá con Su Señoría en mi lugar.

—¿El del molino? —se enfureció el molinero—. Te quiero a ti. ¿Qué voy a hacer con ese inútil? No es sino una boca más que alimentar y no sirve para nada. Al Obispo le costará más en un día que lo que pueda sacarle en una semana.

—El hambre y las penurias que hemos tenido que soportar lo han debilitado —dijo el ladrón—. Deje Vuestra Merced que se recupere y verá cómo levanta la alzaprima y cómo arranca con sus propias manos la piedra de la roca.

—Es a ti a quien quiero llevarme y no al otro —gritó el molinero acercándose al ladrón y agarrándolo por la camisa—. El trato lo he hecho contigo. No te dejaré escapar.

El ladrón sintió la helada mano del molinero oprimiéndole el pecho como los elfos que asaltan a los hombres en sueños. No podía respirar, le parecía que unas garras de hierro le atenazaban el corazón. Se daba cuenta de que esta pobre alma que venía del purgatorio poseía una fuerza sobrehumana. Quería huir y no podía. Y de pronto, acuciado por la angustia, recordó el conjuro que servía para alejar a los fantasmas, y esta vez era el adecuado. Y, entre gemidos y jadeos, pronunció las palabras que atravesaron la negra noche:

En el nombre de Jesús y de Maria

híncate de rodillas

y ruega a la Virgen y al Niño,

para que a tu alma den al fin consuelo.

—¿Qué es lo que farfullas? ¿Es que son vísperas o ha sonado el Ángelus? —le oyó decir al molinero muerto que ahora estaba tendido en el suelo. El ladrón pudo por fin respirar y moverse, el elfo había dejado de oprimirle el pecho —. ¡Ayúdame a ponerme en pie! —gritó el molinero—. ¿Por qué me has golpeado? Que el diablo te lo pague. Mira lo que has hecho.

El ladrón sabía que no había golpeado al molinero muerto. Había sido el conjuro que había pronunciado en el momento justo, gracias a él había logrado que el molinero lo soltase y cayese de bruces sobre la tierra. Se agachó y le preguntó:

—¿Estoy dispensado? ¿Me deja marchar Su Señoría?

—¡Lárgate a donde te plazca, no te necesito! —gritó el molinero muerto agarrando la mano del ladrón para incorporarse—. He visto por tus palabras qué clase de pájaro eres. ¡Vete! Corre al cadalso, búscate a alguno dispuesto a acabar contigo, yo no quiero saber nada de ti.

El camino estaba despejado. El ladrón se rió para sus adentros y luego dio la vuelta y se encaminó hacia el molino. Había ganado la partida, el fantasma que cada año salía de su tumba para pagarle a su antiguo amo, el Obispo, con carne y sangre humanas un céntimo más de la deuda que lo atormentaba, ese fantasma ya no tenía ningún poder sobre él. Pero ahora debía librar otro combate, el combate con Tornefeld, que debía desaparecer en el infierno del Obispo y dejarle a él, al ladrón, su ilustre apellido y su talismán.

Tornefeld saltó del escaño cuando vio entrar al ladrón en la habitación.

—¡Ahora llegas! —dijo malhumorado, frotándose los ojos —. No sé cómo te has atrevido a hacer esperar a un caballero.

El ladrón se apresuró a cerrar la puerta, pues el viento había arrastrado una nube de copos de nieve.

—He corrido todo lo que he podido. Además, no me faltaban motivos —dijo.

—¿Y bien? —preguntó Tornefeld—. ¿Cómo están mis asuntos?

—Bastante mal. No creo que te vaya a alegrar lo que tengo que contarte —respondió el ladrón mientras colgaba su capa llena de remiendos sobre el fogón para que se secara.

—¿No conseguiste hablar con mi señor primo? —preguntó Tornefeld.

—No —dijo el ladrón—. Ése se ha ido al otro mundo por la vía rápida y no acepta visitas.

—¿Es cierto? ¿No me estás mintiendo? —exclamó Tornefeld—. ¿Ha muerto?

—Te lo juro —dijo el ladrón—. Tan cierto como que yo también he de morir. Hermano, ¡te han dejado solo en el mundo y desamparado!

—Muerto, mi señor padrino ha muerto, y yo que había puesto todas mis esperanzas en él —murmuró compungido—. Era el primo de mi señor padre y un buen amigo, Dios los tenga en su gloria. ¿Y quién es el amo ahora?

—Una muchacha —dijo el ladrón con los ojos fijos en el fuego—. Una niña. Tan buena, tan joven. Tan hermosa como un serafín bajado del cielo.

—¡La *demoiselle*, su hija, Maria Agneta, *ma cousine*! —exclamó Tornefeld—. Si ella sigue ahí, todavía me queda alguna esperanza. ¿Le has hablado de mí?

—Sí —mintió el ladrón—. Y al principio no se acordaba de ti. Pero cuando le enseñé el anillo…

—Entonces supo quién te enviaba —gritó Tornefeld animándose—. Y le habrás dicho que estoy aquí en el molino, y que necesito un coche, y caballos, y un capote y…

—Me los ha negado —continuó mintiendo el ladrón—. No le queda dinero. No sabe siquiera con qué va a alimentarse, me dijo. La hacienda pierde dinero a raudales, en la casa no queda nada, los caballos y los coches están empeñados. Que el señor primo viera cómo llegaba hasta el ejército sueco, dijo.

—¿Que no hay dinero en la casa? —repitió Tornefeld consternado—. ¡Pero si en esa casa nadaban en la abundancia! ¡Siempre había fuego para el asado e invitados, nunca faltó el pescado en la artesa, ni caza en el saladero! Y mi señor padrino tenía dinero, vaya si tenía, tres iglesias y doce torres hubiera podido construir con su dinero.

Después calló y dejó caer la cabeza. Luego esbozó una débil sonrisa:

—¿La *demoiselle* no se acordaba de mí? Es cierto, han pasado muchos años desde que la vi por última vez. Éramos unos niños. Nos prometimos amor eterno y fidelidad, pero todo eso ya está olvidado, el tiempo se lo ha llevado todo.

Comenzó a recorrer la habitación de punta a punta y de pronto se detuvo ante el ladrón.

—Estoy solo en el mundo, no hay nadie a quien pueda acudir. Pero debo ir a alistarme al ejército sueco. ¡Tengo que ir! ¡Tengo que hacerlo!

—Quieres volar como el águila y ni siquiera tienes plumas —se burló el ladrón—. Ya se las arreglará tu rey sin tu ayuda.

—¡Calla! —gritó Tornefeld—. ¿Crees que soy un don nadie porque no tengo ni un centavo en la bolsa? Soy sueco y un caballero, y hoy mismo me iré, ¿lo oyes?, hoy mismo. Debo ir con mi rey.

Se palpó el costado, como si aún tuviera su espada colgada al cinto. Luego se acercó a la ventana.

—El viento sigue silbando, mira cómo arrastra los copos de nieve —dijo angustiado—. La noche parece una boca de lobo.

—Sí, hoy los lobos se están confesando sus pecados unos a otros —dijo el ladrón—. ¿Y tú quieres salir en una noche como ésta? No llegarás muy lejos, hermano, como no sea a tu tumba.

—Marchas cortas de día —dijo Tornefeld—. Por la noche me sentaré con los campesinos junto al fuego. Un plato de puré, una jarra de cerveza, los campesinos te lo dan sin pedir nada a cambio. Mañana, cuando rompa el día, me iré de aquí.

—Hermano. ¡Ay, hermano! —gimió el ladrón forzando la voz—. Todavía no te lo he dicho todo. ¡Los mosqueteros! Daría mi vida por poder ayudarte. Pero creo que tus días están contados.

—¿Los mosqueteros? ¿De qué estás hablando? —balbuceó Tornefeld y rompió a sudar—. ¿Mis días contados? En nombre de Dios, dime todo lo que sepas.

—Los mosqueteros del emperador te han condenado por desertor. Debes pagar con tu piel, con tu vida y con tu honor.

—Eso ya lo sé —dijo Tornefeld pasándose la mano por la frente—. Pero no llegarán hasta aquí.

—Te equivocas, hermano, están muy cerca —mintió el ladrón—. Han sentado sus cuarteles cerca de la hacienda, los mosqueteros imperiales. Y su capitán… ¡Virgen santa…!

De pronto clavó los ojos en el escaño y vio al molinero muerto con su jubón rojo. Nadie lo había oído entrar. Allí estaba, riéndose con aquella boca torcida, y enseñando los dientes, con una pierna sobre la otra, y en ese momento se puso a cantar con una voz semejante a un graznido:

¿Quién marcha al trote

entre el cuervo y la corneja

y no se mueve?

Y baila en círculo

como la propia muerte…

—¡Calle Su Señoría, no quiero oíros! —le gritó Tornefeld al molinero con cara de desencajada.

Luego se volvió hacia el ladrón y le preguntó:

—¿Es cierto lo que dices? ¿Te has encontrado con ellos?

El ladrón se dio cuenta de que el miedo se había apoderado de Tornefeld y de que ya no sabía qué hacer.

Pero no se apiadó de él. Su corazón estaba helado como una piedra.

—Que me parta un rayo si no es verdad lo que digo —le aseguró, sin perder de vista al molinero muerto—. He venido a toda prisa para avisarte. Cuando el capitán oyó que estabas en el molino, juró por sus muertos que te colgaría. Y los caporales que jugaban a los dados junto al fuego se pusieron a hacer apuestas sobre quién de ellos te llevaría a la horca.

Tornefeld lanzó un grito como si ya sintiera la soga apretándole el cuello, y las gotas de sudor empezaron a caerle por la cara.

—Tengo que irme de aquí —gimió—. No deben encontrarme. No me abandones, hermano, ayúdame a escapar. Te lo agradeceré toda la vida.

El ladrón se encogió de hombros, como si no supiera qué decirle.

—Los caminos están llenos de nieve —dijo—. No podrás escapar, te alcanzarán.

Y, mientras hablaba, el molinero muerto comenzó a graznar y a cantar de nuevo marcando el ritmo con las palmas:

Y baila en círculo

como si la muerte fuera

y baila tan tieso

del silbido de la muerte al compás

la última tarantela…

—¡Calle Vuestra Merced! ¿Acaso queréis amargarme? No me gusta su canción —gritó Tornefeld. Se llevó la mano al costado, donde antes debió de llevar la espada. Pero un instante después volvió a asaltarlo el miedo y llamó al ladrón su amigo del alma y su hermano, y le rogó alzando las manos

que, en nombre de Dios y por los santos sufrimientos de Cristo, le salvara la vida.

El ladrón hizo como si reflexionara.

—No quiero que te maten —dijo—, y te ayudaré porque somos hermanos. Quieres unirte al ejército sueco, pero el mundo está lleno de trampas para que los caballeros caigan en ellas. A un hombre corriente le sería más fácil llegar hasta él. Dame el arcano que guardas bajo la casaca y yo iré en tu lugar a reunirme con el ejército sueco.

—¿El arcano? ¡Jamás! —exclamó Tornefeld—. Le prometí a mi señor padre en su lecho de muerte que se lo daría al rey en persona.

—Si no sigues mi consejo acabarás en manos del verdugo —dijo el ladrón sin alterarse—. Hay quien está dispuesto a dar su vida por su rey. En una hora estarán aquí los mosqueteros. Juzga tú mismo qué posibilidades tienes de escapar.

Tornefeld se llevó las manos a la cara gimoteando.

—¡Hermano! —confesó entonces en voz baja—. Quiero decirte la verdad. Sé que no tengo el valor que debiera. Quiero conservar mi vida, le tengo horror a la muerte y a la eternidad. ¡Toma, cógelo!

Sacó el arcano de debajo de su casaca. Era un libro impreso. El ladrón lo cogió con las dos manos y lo sujetó con fuerza para asegurarse de que Tornefeld no se lo arrebatara.

—Es la Biblia de Gustavo Adolfo, la llevaba debajo de su armadura cuando cayó en Lützen —dijo Tornefeld—. Lleva la huella de su noble sangre. Mi padre la heredó de mi abuelo, que combatió en Lützen siendo coronel del Regimiento Azul. Se la entregarás al rey personalmente. Siempre pensé que me traería honores y gloria junto al ejército sueco, quizá te ayude a hacer fortuna. Y ahora, hermano, ¿qué va a ser de mí?

El ladrón ya había escondido la Biblia bajo sus ropas.

—Te llevaré a un lugar en el que estarás a salvo de cualquier penalidad —dijo—. Me han prometido un trabajo en la forja del Obispo. Irás en mi lugar. Allí estarás a salvo de los mosqueteros, ya que el Obispo tiene sus propias leyes y sus jueces. Te quedarás allí hasta que tu asunto esté archivado y olvidado, y entretanto servirás al Obispo como un hombre de ley.

—Sí. Eso es todo lo que deseo, servir como un hombre de ley. Te doy las gracias, hermano, que Dios te lo pague aquí en la tierra y también allá arriba, en el cielo —dijo Tornefeld señalando con la mano hacia arriba y hacia abajo.

—¿Ya habéis cerrado el trato? —gritó el molinero muerto desde el escaño—. Para que sea válido debéis beber los dos un vaso de aguardiente de Estrasburgo, un vaso o dos.

Se levantó y puso la botella y los vasos sobre la mesa, pero Tornefeld movió la cabeza.

—No estoy para celebraciones —dijo apesadumbrado—. ¡Ay, hermano! ¡Qué bajo he caído!

—Es mejor eso que estar arriba, en el último peldaño del cadalso —opinó el ladrón—. La vida es un bien frágil y valioso, y es de sabios conservarla. ¡Bebe, hermano! Bebe a la salud de san Juan, que te protegerá del diablo.

—Bebo —dijo Tornefeld cogiendo el vaso con la mirada perdida— a la salud de mi rey, el León del Norte, para que logre hacerse con el imperio. En su jardín hay una flor: la corona imperial. Bebo para que brille muchos años en todo su esplendor. Y bebo a la salud de los valerosos soldados suecos. Yo ya puedo contarme entre ellos.

De un trago vació la copa y luego la lanzó contra la pared rompiéndola en mil pedazos.

Hacía frío en la habitación. La llama de la vela que los alumbraba desde la mesa tembló, a punto de extinguirse. El

elfo de la noche entró por las ranuras de la puerta y puso su pesada mano sobre el pecho de Tornefeld.

El molinero se levantó y estiró el cuello.

—Es la hora, debes venir conmigo.

Avanzaron los tres hasta la puerta. El viento había dejado de silbar, la noche era clara y el aire frío, sobre las colinas nevadas y sobre los negros bosques brillaba la pálida luna. Tornefeld miró a su alrededor buscando a los mosqueteros que lo perseguían, pero no se veía un alma, únicamente los páramos, y los caminos y veredas, los campos y los árboles; los matorrales, las piedras y los cenagales nevados, y, a lo lejos, una luz en una ventana.

—Hermano, prométeme —le rogó al ladrón con voz queda — que tú mismo le entregarás la Biblia al rey.

—Lo prometo, hermano, ante Dios y ante todos los santos —dijo el ladrón y con un gesto grandilocuente señaló hacia la negra noche y hacia los matojales, las piedras, los campos y los cenagales—. Nunca te he fallado —dijo, mientras murmuraba para sus adentros: «Bastante tiene ya el rey, ¿para qué quiere el sagrado talismán? Ahora es mío, me servirá a mí, y no pienso soltarlo ni aunque venga el diablo a reclamarlo.»

Al llegar al cruce los dos hombres se despidieron.

—Te agradezco de corazón que me hayas ayudado, hermano —dijo Tornefeld—. Todavía quedan hombres leales en el mundo. Que Dios te proteja, y, si tienes suerte, acuérdate de mí.

Al llegar a la linde del bosque, el molinero lanzó un silbido y de detrás de los arbustos salieron tres hombres, tres individuos malencarados con los rostros llenos de cicatrices, y uno de ellos puso su peluda mano sobre el hombro de Tornefeld.

—¿Dónde has encontrado a este delicado muchachito? —exclamó soltando una carcajada—. Vamos a tener que darle sopitas.

—¡Quítame la mano de encima! —le espetó Tornefeld—. Soy un caballero y no estoy acostumbrado a semejante trato.

—Ah, conque un caballero, ¿eh? ¡Pues tome el caballero! —gritó el segundo, y los dos se abalanzaron sobre él como locos con sendas estacas en la mano.

—¿Por qué me pegáis? ¿Qué es lo que os he hecho? —gritó Tornefeld desesperado.

—Así es como solemos recibir a los nuevos. Para que te vayas acostumbrando —se rieron, y a golpes y empujones lo fueron guiando a través del bosque hacia el lugar donde las llamas lamen los tejados y el mineral fundido gime en el caldero.

El tercer hombre se había detenido junto al molinero. Señaló hacia el ladrón, que, a toda prisa y sin mirar atrás, huía a campo traviesa bajo la luz de la luna.

—Mira cómo corre —dijo—. En mi vida he visto a nadie dar tales saltos. ¿Se te ha escapado?

El molinero movió la cabeza.

—No, ése no se me escapa —dijo con una sonrisa—. Volveremos a vernos. Dice que quiere alistarse en el ejército sueco, pero no llegará hasta él. El oro y el amor lo esperan al borde del camino.

SEGUNDA PARTE

«El ladrón de Dios»

Con la Biblia de Gustavo Adolfo bajo el capote avanzaba el ladrón cruzando bosques y rastrojos, caminos y cenagales, hacia la Garganta del Zorro, donde tenía su guarida la banda de Ibitz el Negro.

Sabía que los dragones tenían cercado el lugar y que debía atravesar la línea de centinelas, pero eso no le inquietaba. Porque pasar desapercibido cuando el peligro acuciaba era parte de su oficio; el zorro y la marta bien hubieran podido aprender de él a deslizarse sigilosos. Pero había otra cosa que le preocupaba: que le había prometido a ese estúpido de Tornefeld entregarle al rey sueco el libro sagrado, el arcano. Y eso no quería hacerlo. El tesoro que llevaba guardado bajo su capote le pertenecía. Y, como su conciencia lo torturaba, comenzó a insultar a Tornefeld y a disputar con él como si continuara a su lado.

—¡Calla, majadero! —murmuró malhumorado—. ¿Es que siempre has de tener la boca abierta? ¿No eres capaz de dejar la lengua quieta? Si quieres coger moscas con ella, allá tú, pero a mí déjame en paz. ¿Que vaya al ejército sueco? Hermano, si lo que quieres es un loco, vete a buscarlo a otra parte, el país está lleno de ellos. A mí me importa un rábano tu rey. Si quiere el arcano, que venga a buscarlo, yo no voy a gastar mis suelas en ir a entregárselo. No tengo más que estos zapatos, con mis propias manos he tenido que fabricármelos, y el rey no me va a honrar con unos nuevos. Tu rey es un hombre ahorrador, según he oído, paga cada pico y cada pala de su ejército y cuida que no se le pierda ni una.

El ladrón se detuvo un instante para recuperar el aliento, pues el camino era empinado. Luego continuó y se dirigió de nuevo a Tornefeld, que estaba a muchas leguas de él, pero esta vez intentó convencerlo por las buenas.

—No me lo tomes a mal, hermano —dijo—. Pero eres más terco que una mula. ¿Quieres que me enrole en el ejército

sueco? ¿Y qué clase de vida será ésa? Cuatro cruzados al día y, a cambio, frío, hambre, golpes, trabajo, penalidades y escaramuzas, insultos y vejaciones. ¡Vaya vida! Ya han sido muchos años de alimentarme de sopa clara y de pan de paja de guisantes, ahora quiero hundir mis manos en fuentes repletas. Ha llegado mi oportunidad, hermano, tengo el arcano y me lo pienso quedar, ¿quién se va a atrever a quitármelo? ¿Que he hecho una promesa? ¿Quién lo sabe? Ni rey ni roque. ¿Acaso tienes testigos? No, lo has soñado, hermano, yo no recuerdo haber prometido nada. ¿Qué dices? ¿Que soy un bribón y un desalmado, que no tengo honor? ¡Ya basta, muchacho! Veo que tendré que templarte el cuerpo hasta que te crujan las costillas, de otro modo no te darás por satisfecho. Una palabra más y…

De pronto se detuvo. Le había parecido oír el resoplido de un caballo. Eran los dragones. Se dejó caer sobre la tierra sin hacer ruido y comenzó a avanzar entre los matorrales con infinito cuidado, pulgada a pulgada; en ese momento dejó de acordarse de Tornefeld, lo relegó al olvido por siempre jamás.

Al romper el alba se encontraba ya en la Garganta del Zorro.

En un claro del bosque vio una cabaña de carbonero medio derruida y delante de ella a un hombre con una casaca polaca de color negro que hacía guardia sujetando un mosquete con las dos manos. De la jamba de la puerta colgaba un conejo despellejado. Delante de la cabaña ardían dos hogueras que arrojaban rayos de luz sobre el suelo helado, y entre las hogueras dormían los hombres de Ibitz el Negro envueltos en sus capotes, pues la cabaña era pequeña y no podía albergarlos a todos. Pero dos de ellos estaban despiertos y sujetaban con sus cuchillos unos trozos de carne sobre el fuego. Un jamelgo viejo y escuálido comía de su cebadera atado a un árbol.

Durante un rato el ladrón los observó desde su escondite. Uno de los hombres se despertó, pidió aguardiente y se puso a

soltar juramentos. El hombre que hacía guardia delante de la cabaña apoyó el mosquete en la puerta y se frotó las manos. Los que estaban sentados delante del fuego habían retirado la carne y se la metían a pedazos en la boca.

—Buen provecho —dijo el ladrón surgiendo de entre los matorrales—. ¡Comed, comed tranquilos y que os aproveche, hermanos, pero tened cuidado de no quemaros la lengua!

Los dos hombres lo miraron sorprendidos. Uno de ellos se levantó de un salto y estuvo a punto de atragantarse. Los ojos casi se le saltan de las órbitas del esfuerzo y del susto que le había dado.

—¿Quién eres? —dijo al fin—. ¿Te han dejado pasar nuestros compañeros? ¿De dónde vienes? ¿Te envían los dragones? ¿Vienen para acá?

El hombre que vigilaba la cabaña se apresuró a coger su mosquete y gritó, con algo de retraso, «Alto, ¿quién va?», mirando hacia el bosque.

—Un amigo —dijo el ladrón—. No vengo de parte de los dragones. He oído que estáis en apuros y he venido a ayudaros.

El hombre que permanecía junto al fuego había estado mirando al ladrón atentamente y en ese momento se levantó y dijo:

—Yo te conozco. Eres el Levantacorrales y trabajas por estos lares. ¿Qué haces aquí? ¿Te has creído que nos vas a salvar la vida?

—Yo también te conozco —dijo el ladrón—. Te llaman Cuellotorcido, en Magdeburgo te pusieron a la sombra una temporada.

—Sí, soy Cuellotorcido —dijo el bandido—. Y ése de ahí es Jonás el Bautizado. Y ahora dime, ¿de qué nido has caído?

—He venido para ayudaros, pues os habéis metido en un buen lío —respondió el ladrón—. Estaré a vuestro lado cuando os ataque el barón Maléfico.

—¿Que estarás a nuestro lado? —dijo Cuellotorcido estallando en una sonora carcajada—. ¡Imbécil! ¡Te has metido tú solo en la boca del lobo! El barón Maléfico tiene cien dragones a su mando y nosotros somos sólo veinte, no tenemos caballos y contamos apenas con cinco mosquetes. En una hora acabarán con nosotros, Dios nos coja confesados. ¿Y tú dices que nos quieres ayudar?

—¿Qué clase de bandidos sois? ¿Dónde está vuestro valor? —se rió el ladrón—. Y aunque tuviera tantos dragones como hojas tiene el bosque, yo no le temo. Si él tiene dragones, yo tengo húsares. ¿Dónde está vuestro jefe?

Los demás se habían despertado, se habían acercado formando un corro en torno de él y contemplaban desconfiados y sorprendidos a aquel hombre que, armado con una simple estaca, pretendía hacer frente al barón Maléfico y a sus dragones.

—¿Que tienes húsares? —exclamó Jonás el Bautizado—. Mientes con tal descaro que la misma torre de Babel se tambalearía si te oyera. ¿Piensas que nos lo vamos a creer? ¡Que os parta un rayo a ti y a tus húsares! ¿Dónde están? ¿Dónde los has escondido?

—Me da igual que me creáis o no —respondió el ladrón—. Están en el bosque, esperando mi llamada ¿Dónde está vuestro jefe, Ibitz el Negro? Dicen que es un portento, capaz de asustar al mismísimo diablo. Con él quiero hablar, ése no se amedrentará ante el olor de la pólvora.

—Ibitz el Negro —dijo Cuellotorcido— está postrado en la cabaña. Tiene el tabardillo y pide a gritos que le traigamos un cura. Le falta muy poco para espicharla.

Un humo espeso, proveniente de una sartén con brea y madera de enebro, llenaba la habitación. Ibitz el Negro yacía sobre la paja moviéndose inquieto y respirando con dificultad. Y a pesar de que llevaba puestas una piel de oveja y unas zapatillas rojas como el rey de corazones de la baraja, tenía un aspecto temible, incluso ahora, con un pie en la sepultura, con su barba negra y su rostro cruel y temerario.

Una mujer joven y pelirroja vestida únicamente con una camisa estaba en cuclillas junto a él y le frotaba la frente con agua de nieve y vinagre. En la habitación había también un médico de campaña y uno de los hombres de la banda, Árbol de Fuego, un cura huido. Los dos habían estado buscando por todas partes el oro de Ibitz el Negro, incluso habían registrado el lecho de paja en el que descansaba, y ahora trataban de convencerlo para que confesara sus pecados y se arrepintiera, confiando en que en su delirio les diría dónde había escondido los táleros. Y tan concentrados estaban que no se percataron de que el ladrón había entrado en la cabaña.

—¡Capitán! ¡Capitán! —gemía el médico—. Ha llegado tu hora, la muerte ya ha echado mano de su guadaña y quiere llevarte con ella. Tendrás que comparecer ante Dios y rendirle cuentas.

—Has ofendido al Señor con tus muchos y graves pecados —dijo Árbol de Fuego elevando las manos y golpeándose el pecho como un sacerdote entonando el *confíteor*—. Que Cristo te acoja en su seno, que las puertas del cielo se abran para ti.

Pero sus palabras no surtían el menor efecto. Él no quería escuchar, era como si le estuvieran hablando a una pared. La joven que estaba a su lado cogió una cuchara e intentó verter unas gotas de moscatel en la boca del moribundo.

—¡Alabado sea el Señor, que mora en Sión! —comenzó de nuevo a predicar Árbol de Fuego—. ¿Es que no eres capaz de pronunciar una sola palabra pía? ¿Para qué quieres el dinero,

Capitán? No te lo vas a poder llevar contigo, sólo te llevarás el peso de tus pecados.

En ese momento Ibitz el Negro pareció recobrar la conciencia por un momento, quizá por efecto del vino, o tal vez por haber oído mencionar su dinero. Abrió los ojos e hizo ademán de agarrar a la mujer, llamándola mi cabritilla, mi amada y mi alma, y luego buscó con la mirada al médico y le preguntó:

—Médico, ¿qué hora es?

—Tu tiempo ha terminado, prepárate para la eternidad —respondió Árbol de Fuego en su lugar.

—Encomiéndate al Altísimo, Capitán. No habrá compasión para ti en la tierra, dentro de poco descansarás en los brazos de la muerte. Pero Dios es misericordioso. Por eso debes confesarte y arrepentirte de tus pecados.

—Ya de pequeño empecé a pecar comiendo carne en días de ayuno —musitó Ibitz el Negro.

Pero no era eso lo que querían oír el médico y Árbol de Fuego.

—También has robado, has saqueado, has hecho fortuna a base de negocios nada limpios —le reprochó Árbol de Fuego golpeándose el pecho como si estuviera en la iglesia a punto de tomar la comunión—. ¡Que Dios te valga, Capitán! ¡Piensa en la salvación de tu alma!

—Robado, saqueado —continuó Ibitz el Negro con su confesión—. He vivido gracias al sudor y al sangre del pobre.

—¡Entonces confiesa de una vez dónde has metido el dinero del pobre! —gritó Árbol de Fuego—; ¡Confiésalo antes de que sea demasiado tarde, si no tu alma y tu cuerpo se perderán y el diablo te llevará para siempre!

—¡No, pillastre, no pienso decírtelo! —respondió Ibitz el Negro con un hilo de voz—. Prefiero que me lleve el diablo a que tú, bribón…

Se había incorporado, pero en ese momento se detuvo al ver al ladrón, que permanecía junto a la puerta. Y, en su delirio, pensó que era el diablo, que había venido a buscarlo.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —gritó—. ¿Por qué no habéis cerrado las ventanas y la puerta? El maligno ha venido y quiere llevarme con él.

La muchacha miró al ladrón y del susto dejó caer la cuchara con el moscatel. El médico y Árbol de Fuego gritaron como un solo hombre:

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Vengo a ver a ése de allí, a vuestro capitán, para… —comenzó el ladrón, pero Ibitz el Negro había logrado levantarse haciendo acopio de las pocas fuerzas que aún le quedaban y se acercó a él tambaleándose, envuelto en la piel de oveja y con sus zapatillas.

—¡Déjeme, Vuestra Merced! —le rogó con el rostro desencajado y dando diente con diente—. Hace una hora recé tres Padrenuestros, soy bueno, soy bueno. Hay otros hombres aquí, y todos son unos sinvergüenzas, ¿por qué he de ser yo el elegido?

Y, cegado por el miedo, abrió la puerta de un golpe y señaló con la mano hacia fuera:

—Mira cuántos hay, quédatelos, cógelos a todos y llévatelos lejos, ¡pero a mí déjame en paz!

Tras esto perdió el sentido y se desplomó. La muchacha lo arrastró hasta el lecho y le lavó el sudor de la frente. El ladrón lo había escuchado sorprendido y sin moverse, pero un instante más tarde se volvió, salió de la cabaña y cerró la puerta tras de sí.

Ya había amanecido. Las dos hogueras estaban a punto de extinguirse y un sol pálido y frío se elevaba sobre los árboles. El ladrón se arrebujó en su capote. Durante algunos segundos permaneció atento esperando escuchar algún ruido en la cabaña, pero no oyó nada. Luego se dirigió a los bandidos, que habían formado un círculo en torno de él:

—Ya lo habéis oído. Me ha nombrado su sucesor y vuestro capitán. Debo llevaros conmigo.

Se oyeron murmullos y carcajadas, y uno de los bandidos exclamó:

—¡Imbécil! ¿A dónde quieres llevarnos? ¿Tal vez al país de las cebollas, donde crecen los locos y los reyes son villanos? ¿No te has dado cuenta de lo que pasa, de que los dragones van a caer sobre nosotros de un momento a otro? ¿Cómo vamos a escapar, si no tenemos caballos y apenas nos aguantamos en pie?

—Les recibiremos como corresponde —dijo el ladrón—. Estad dispuestos y no temáis. Acabaremos con ellos. Después de esto no querrán volver a saber nada de nosotros.

—¡Capitán! —preguntó Cuellotorcido—, ¿de dónde sacas ese valor?

—No me lo he sacado de la manga —respondió el ladrón —. Grabaos esto: bajo el jubón llevo un arcano que me da un poder infinito. Y, si me seguís, la fortuna hará que lluevan sobre vosotros doblones de oro.

—Yo también creo que debemos defendernos —gritó Cuellotorcido, a quien casi había convencido—. Porque, si nos rendimos, el barón Maléfico hará con nosotros como el cocinero con la tenca: la mitad frita y la otra mitad hervida. Si no nos ahorcan, nos mandarán a Venecia a las galeras con la frente marcada a fuego.

—¡Si al menos tuviéramos suficientes mosquetes! —opinó uno de ellos—. Entonces no temeríamos al barón, por muchos hombres que trajera.

—¿Para qué queréis mosquetes? —se rió el ladrón—. Una buena estaca es mejor, nunca yerra el tiro. Recordad esto: los dragones no son buenos soldados. Saben montar guardia, cavar fosos y trincheras, y tender puentes, con la pala y la laya son unos maestros. Pero si se trata de pelear, veréis cómo se achican.

—¿Y los húsares? —gritó Cuellotorcido—. ¿Dónde están los húsares de los que tanto hablabas?

—Si esperas un momento iré a buscarlos —dijo el ladrón. Sacó su bolsa vacía de debajo del jubón y se internó en el bosque, desapareciendo entre los pinos y los matorrales.

Volvió con la bolsa llena cargada sobre el hombro. Al cruzar el bosque había descubierto no muy lejos de allí un nido de avispones. Y eso es lo que traía ahora en la bolsa.

—Aquí están mis pequeños húsares —dijo sujetando el saco sobre las hogueras humeantes—. Dentro de poco se despertarán. Le van a cantar al barón Maléfico una tonadilla que no conoce.

Se oyó un leve zumbido. El jamelgo que habían atado al árbol alzó las orejas asustado y trató de huir.

Los bandidos comprendieron entonces lo que su nuevo capitán quería hacer con los avispones. Un furor salvaje se apoderó de ellos, querían participar en la batalla y ver cómo caían el barón Maléfico y sus dragones. Y comenzaron a lanzarse gritos unos a otros:

—Acabaremos con ellos.

—Les pondremos a caldo.

—Voy a cascarle las nueces a ese barón Maléfico.

—Vamos a menearles el zarzo a ésos como si fueran patos salvajes.

Entretanto, uno de los centinelas que montaban guardia salió del bosque y corrió hacia ellos gritando que los dragones cabalgaban hacia allí divididos en dos frentes y que eran más de cien. Se organizó otro revuelo:

—¡A las armas, compañeros! ¡El enemigo está aquí!

—¡Aquí está la mecha! ¡Cargad los mosquetes con tres balas!

—¡Ánimo y a ellos!

—¡No apuntéis a la cabeza sino al cuerpo!

—Yo apuntaré al pelotón, así no fallaré ni un tiro.

—¡Silencio! —ordenó el ladrón—. Compañeros, yo iré delante, tengo que decirle un par de cosas al barón Maléfico antes de nada. Cuando me oigáis decir *zorro*, disparad, fijaos bien, ésa es la contraseña, y quien no tenga mosquete, que los zurre con la estaca. Y ahora adelante, y portaos como hombres, y quien tenga miedo que se quede en la retaguardia.

—Con la venia, señor Capitán —dijo Cuellotorcido—, he de comunicarle que ninguno de nosotros piensa quedarse atrás.

—En el nombre de Dios —dijo el ladrón y se cargó el saco sobre el hombro.

El barón Maléfico cabalgaba al frente de su avanzada por el ralo oquedal, cuando de pronto, bajo la pálida luz de la mañana nevada, vio a los bandidos que venían a prender salirle al paso en el sendero que llevaba hacia la Garganta del Zorro. A pesar de que algunos de ellos iban armados con mosquetes, pensó que habían decidido entregarse de buen grado, pues ignoraba que hubiesen recobrado el valor. Espoleó a su bayo dispuesto a ir a su encuentro. Pero en ese momento se oyó una voz que venía de arriba:

—¡Alto! ¡Deténgase Su Señoría, que el asunto se le puede torcer!

El Capitán de dragones miró hacia arriba y vio a un hombre encaramado a un pino moviendo los pies alegremente, como si no hubiera en el mundo otro sitio mejor donde sentarse, y con un saco en las manos.

El barón Maléfico arrimó su caballo al árbol con el gatillo de la pistola levantado y gritó:

—Baja de ahí muchacho y deja que te vea la cara o te bajo a balazos.

—¿Para qué voy a bajar? Aquí estoy muy bien —se rió el ladrón—. Dé la vuelta Su Señoría, ése es mi consejo, póngase a buen recaudo, pues la pólvora no es buena ni para el hígado ni para el bazo.

—¡Ahora te reconozco! —gritó el barón Maléfico—. De todos los bribones que ha puesto Dios en la tierra, tú eres el peor. Ya sabía yo que eras de la banda. Pero ha llegado el momento de ajustar las cuentas. Búscate el árbol que más te guste, que yo me encargaré de que la cuerda aguante.

—Aún no asamos y ya pringamos —se burló el ladrón—. Hágame caso Vuestra Merced, se lo digo con buena intención. Retírese a tiempo, que los saltos mortales no siempre salen bien.

Entretanto, el grueso de la tropa había llegado al lugar y se había acercado al barón. Precisamente eso era lo que quería conseguir el ladrón con su discurso, tenerlos a todos reunidos.

Uno de ellos acercó su caballo al árbol y gritó:

—¡Baja, bellaco, que voy a arrancarte la piel a tiras para vendérsela al tamborilero!

—¡Con un par de meneos te bajo yo del árbol, hombrecito, y luego te cogeré del brazo y te arrastraré hasta Hungría sin

que te dé tiempo ni de respirar!

—Si es verdad que sois tan fuertes y tan valientes —se burló el ladrón—, ¿por qué dejáis al turco seguir tan tranquilo en Constantinopla? Soy yo solo contra vosotros. Pero, os lo digo por vuestro bien, no os precipitéis sobre la miel, no sea que se os queden pegadas las patas.

—¡Por mis muertos que te haré tragar esas palabras! ¡Baja del árbol! —aulló el barón Maléfico, que empezaba a perder la paciencia.

—¿Tanta prisa tiene Su Señoría? —dijo el ladrón muy tranquilo—. Yo no la tengo. Antes he de bendecir a sus caballos y desearles que se rompan la crisma.

—¡Basta! —gritó el barón—. ¡Derecha! ¡Abran filas! ¡Listos para el ataque! Y tú, baja del árbol y ríndete, o te bajo a balazos.

Y con estas palabras agarró la pistola y apuntó hacia el ladrón, mientras sus jinetes cerraban filas, preparados para atacar.

—Si es así, ¡que cada zorro cuide de su pellejo! —exclamó el ladrón tan alto que su grito retumbó por todo el bosque, alertando a sus compañeros.

El barón Maléfico disparó contra él y le hirió en el hombro en el mismo instante en que dejó caer el nido de avispones sobre los dragones.

Al principio sólo se oyó un leve zumbido y un murmullo. Los dragones lo oyeron, pero no sabían de dónde provenía. Y de pronto uno de los caballos dio un respingo y se elevó hacia lo alto, erguido como una vela, otro se hizo a un lado y, haciendo restallar sus herraduras, se dio a la fuga. Se oyó un juramento, un insulto, los gritos de los que habían sido golpeados por las herraduras, y un instante después se oyó tronar al barón Maléfico, que ya se temía lo peor:

—¡Dispersaos! ¡En fila!

Pero ya no había nada que hacer, a su alrededor todo era confusión.

Los caballos que se encontraban en el centro del grupo trataban de huir porque los avispones se habían concentrado sobre ellos, piafaban y se engallaban y se desplomaban sobre los jinetes que habían salido disparados de sus sillas. Un estruendo indescriptible llenó el bosque: relinchos, gritos de dolor, juramentos, insultos, órdenes que nadie escuchaba, tiros de pistola y de mosquete, y el eco de todo aquello. El disciplinado pelotón se había convertido en una masa amorfa de cuerpos de caballos, cascos y hombres que gritaban, aullaban y maldecían, se agarraban a las crines de los caballos o que colgaban de los estribos, un batiburrillo de cañones de mosquetes, sables que cortaban el aire, manos tendidas y rostros desencajados. Y, en medio de este desbarajuste, irrumpieron las balas de los ladrones.

Ya no valían órdenes ni mando alguno. Los caballos huían en estampida y se precipitaban con jinete o sin él sobre los matorrales y las raíces para adentrarse en el bosque. Sólo unos pocos dragones intentaban, una vez que habían logrado levantarse del suelo, formar de nuevo, y sobre éstos cayeron los bandidos con sus estacas y con las culatas de sus mosquetes.

El barón Maléfico, que había conseguido apaciguar a su caballo, dio media vuelta y trató de ayudar a sus hombres. Pero era demasiado tarde, los bandidos ya los habían dispersado. Y, al ver que la batalla estaba perdida, espoleó su caballo mientras lanzaba un grito, y se alejó del lugar. El ladrón lo despidió con un sarcasmo:

—¿Cómo es que se va Su Señoría tan pronto? Parece que fuera huyendo del diablo. Va a echar a perder su caballo.

El camino estaba despejado, los bandidos no tenían más que buscar a los caballos y montarlos. El ladrón se deslizó lentamente árbol abajo y, al llegar a tierra, se apoyó en el tronco. Empezaba a dolerle la herida, tenía la camisa y el jubón llenos de sangre. Oyó a lo lejos la corneta de los dragones avisándoles que debían reagruparse. Sobre el pisoteado suelo lleno de nieve quedaron, helados de frío y entre charcos de sangre, dragones heridos, caballos agonizantes y monturas destrozadas, los auténticos vencedores de aquella batalla, los avispones.

Una vez que cada bandido hubo encontrado un caballo, se reunieron, sentaron a su capitán herido en el suyo y regresaron, entre gritos de júbilo y sombreros lanzados al vuelo, a la Garganta del Zorro.

El médico, que se había apostado delante de la puerta de la cabaña, puso los ojos en blanco al verlos llegar.

—¡Milagro! —exclamó—. ¿Sois vosotros? Nunca lo hubiera creído. Pensé que nos volveríamos a ver como el lobo volvió a ver al zorro, los dos colgados del palo del peletero. Y ahora venid, vamos a brindar por la victoria, que luego habrá que echar mano del pico y la pala, pues hay que enterrar al Ibitz.

El ladrón se irguió sobre la montura y dijo:

—Con un Padrenuestro y un Avemaria será bastante, no hay tiempo para más, tenemos que irnos. Quien quiera venir, que venga, y el que no, allá él.

Al ver que sus hombres murmuraban entre ellos, espetó:

—Ahora el Capitán soy yo, y debéis obedecerme. El barón Maléfico va a reunir a sus hombres y seguramente atacará otra vez. Tenemos que alejarnos de aquí. Ya habéis visto qué deprisa que gira la rueda de la fortuna.

Hacia el mediodía se detuvieron en una taberna no muy lejos de la frontera polaca. Allí estaban a salvo. El ladrón se tumbó en el henil aquejado por la fiebre, el médico le había vendado la herida y Cuellotorcido hacía guardia junto a él. Sus nuevos camaradas se encontraban abajo bebiendo aguardiente polaco. Gritaban de tal manera que se les oía a unas cuantas millas de distancia.

—Capitán —dijo Cuellotorcido, de cuclillas junto al herido—. ¿Tan mal estás? Respiras como si estuvieras a punto de irte al otro mundo.

—Creo que hoy he gastado demasiada pólvora —dijo el ladrón con una débil sonrisa—. Muy bien no estoy. Si estuviera peor, probablemente moriría. Pero no quiero morir, quiero ir en busca de mi suerte, y daré con ella, aunque deba ir a la luna a buscarla.

Trató de incorporarse, pero en seguida volvió a desplomarse sobre la paja.

—Esos de ahí abajo lo están pasando en grande —dijo—, parece un estanque de ranas en primavera. Pero ya vendrá el llanto y el crujir de dientes. Ésos no ven la cuerda ni el garrote del verdugo aunque lo tengan delante. Tenemos que irnos de aquí. Dime el nombre de cada uno de ellos y lo que saben hacer, y yo te diré quién se viene con nosotros y quién no.

—A mí ya me conoces —empezó Cuellotorcido su informe—. Soy Cuellotorcido.

—Sí, ya sé quién eres —respondió el ladrón—. En Magdeburgo fuiste mi compañero de celda. Nos daban pan de paja de guisantes. Tú vendrás conmigo.

—Y seré un buen compañero —le aseguró Cuellotorcido —, hasta que mi cuerpo reviente y pongan mis restos bajo tierra.

—¡Sigue! ¡Quién más! —insistió el ladrón—. Continúa. Dime el nombre y para qué vale.

—Miguel el Encorvado. Ése tiene buenos puños. Es capaz de enfrentarse a tres hombres si se trata de pegar tiros o de dar estocadas.

—Tiros y estocadas: no es eso lo que necesitamos —murmuró el ladrón—. Ése no me interesa, le doy licencia.

—Luego está el Silbador —continuó Cuellotorcido—, ése tiene buenas piernas, los galgos y las liebres hacen apuestas con él.

—Pues que corra a donde le venga en gana, a mí no me sirve —decidió el ladrón—. Tráeme más paja, que tengo frío.

—Matías el Loco —continuó Cuellotorcido—. Con el sable no hay quien le gane.

El ladrón había dejado de escucharlo. ¡El conjuro contra las heridas! ¡Si lograra recordarlo! El dolor era tan intenso que creyó sentir que se le iba la vida en cada gota de sangre.

Había un conjuro tan poderoso que era capaz de detener las hemorragias, pero no lograba recordarlo, en vano se estrujaba el cerebro, sin dar con las palabras.

—Matías el Loco —repitió Cuellotorcido—. No sabe lo que es el miedo, sabe encargarse de la retaguardia. ¿Me escuchas, Capitán?

—Sí, te escucho —dijo el ladrón, temblando de fiebre—. Si no conoce el miedo, tampoco sabe lo que es la cautela. Que se vaya por su lado, no lo necesito.

—El Lechuzo —continuó Cuellotorcido—. A ése no le hace falta dormir, puede estar siete días en vela.

—¿Y de qué me vale ése? —murmuró el ladrón—. ¿No hay ninguno que sepa acuñar y limar llaves y hacer moldes de cera para cerraduras?

—Árbol de Fuego sabe hacerlo —dijo Cuellotorcido—, no hay cerradura que se le resista.

—¡Dios mío! ¡Esto arde como el mismísimo infierno! ¡Si al menos no me atacara la gangrena!

—El Veiland —dijo Cuellotorcido—. Tiene el oído de un zorro, es capaz de oír los relinchos de un caballo a tres horas y a los perros ladrar y a los gallos cantar a dos horas de distancia. A un hombre lo oye a una hora.

—Ése será un buen vigía —dijo el ladrón—, me lo quedo.

—Luego está Juan el Estañero, no hay que olvidarse de él —continuó Cuellotorcido—. Es fuerte como un roble, es capaz de partir con el hombro cualquier puerta que se le ponga delante.

—Ése no nos sirve —opinó el ladrón—. Demasiado ruido, y el ruido no me gusta. ¿No hay alguien que sepa hacer algo útil?

—El Brabanzón, en un instante se convierte en un campesino, un cochero, un mercachifle o un estudiante.

—Ése nos vale —dijo el ladrón—. Siempre viene bien explorar antes el terreno.

—También sabe algo de francés —añadió Cuellotorcido.

—Ni buscado con candil —exclamó el ladrón—. Lo aprenderé de él, para pasar por un caballero.

—¿Por un caballero? —exclamó Cuellotorcido sorprendido—. ¿Qué dices? ¿Estás delirando?

—No, estoy en mi sano juicio —respondió el ladrón—. Entonces ya somos cinco, y con eso basta. Baja y diles a los tres…

—Pero ¿y los demás? —exclamó Cuellotorcido—. ¡El Klaproth, el Afrom, Konrad el Niño, Adam el Colgado, Jonás

el Bautizado! Hemos jurado permanecer juntos y no separarnos jamás.

—No respondas a tu capitán —lo amonestó el ladrón—. Tu obligación es callar y obedecer. Lo que hayáis jurado es asunto vuestro y no me incumbe. No quiero llevar mucha gente, no quiero que vayamos arracimados como las gallinas en invierno. A una mano le bastan cinco dedos, si no fuera así, tendría seis o incluso siete, o diez. Y cuando haya que repartir el botín, cinco ya serán demasiados.

Tras pronunciar estas palabras calló y cogió aliento porque le costaba hablar. Pero cuando Cuellotorcido oyó lo del reparto, se le ocurrió una idea que no pudo guardar para sí.

—Conozco a un campesino rico que vive cerca de aquí —empezó—. Tiene muchos jamones en la alacena, y también huevos y manteca, en la bodega tiene vino, y dinero en los arcones…

—No —dijo el ladrón tumbándose sobre el otro costado, pues tenía todo el cuerpo dolorido a causa de la fiebre—. No quiero abrirles a los campesinos los baúles y los arcones, no quiero saquear ni incendiar las aldeas. Dejad a los campesinos en paz.

—¿Entonces quieres apostarte en los caminos y asaltar a los cocheros? —preguntó Cuellotorcido.

—No. Eso tampoco. Tengo otros planes —suspiró el ladrón sujetándose la herida—. Entraremos en las casas de los curas y nos llevaremos su oro.

—¿El oro de las casas de los curas?

—El oro y la plata de las iglesias y capillas —aclaró el ladrón—. Me parece estar oyendo cómo pide a gritos que me lo lleve.

—Antes prefiero que me parta un rayo —gritó Cuellotorcido espantado—. ¡Eso es un pecado mortal! ¡Un

sacrilegio!

—Atiende y aguza las orejas, que te voy a contar una cosa —susurró el ladrón—. Todo lo que hay sobre la tierra es de Dios. El oro y la plata que tienen guardados los curas es de Dios, y seguirá siendo de Dios aunque los metamos en nuestros sacos. Creo que es una buena obra poner en circulación los tesoros que allí descansan. Y si es un pecado, como dices, debes saber que, así como no se puede hacer un jubón sin una vara ni unas tijeras, ni una casa sin llamar a un carpintero o a un albañil, tampoco podrás tener mejores días sin haber cometido antes algún pecado.

Cuellotorcido se apresuró a asentir con la cabeza para indicar que había comprendido y que le daba a razón. El ladrón continuó:

—Baja y diles a los tres que he elegido que estén preparados, saldremos a medianoche, y buscad un carro para mí, para que pueda ir tumbado.

Cuellotorcido bajó las escaleras, y en ese momento salió de un montón de paja Lisa la Roja, que había estado escuchando su conversación.

—¡Capitán! —le rogó—. Llévame contigo y te querré como a mi propia vida.

El ladrón abrió los ojos sorprendido.

—¿Quién eres tú? —le preguntó—. No te necesito. Tienes el cabello rojo, y no me gustan ni los gatos ni los perros de ese color.

—Soy Lisa la Roja, la cabritilla de Ibitz el Negro. Ahora que ha muerto estoy sola en el mundo. ¡Llévame contigo!

—Las cabritillas no deberían acercarse a los lobos —susurró el ladrón.

—Sé de sobra cómo hay que tratar a los lobos —dijo la muchacha—. Llévame y haré lo que me ordenes. Sé hilar el lino, cocinar, lavar. También sé cantar y tocar el laúd. Sé hacer guantes con las pieles de los conejos. Y para las heridas tengo un ungüento hecho de polipodio, verónica, llantén y hierbaluisa. Y hay también otra flor llamada la escabiosa, con media onza y tres de ortiga muerta de la de flor roja…

—¡Si al menos no me atacara la gangrena! —gimió el ladrón.

—A los elfos que traen la gangrena los mando yo a un lugar desierto, al agua o a un árbol hueco, conozco el conjuro —le aseguró.

El ladrón la miró y le dijo con un estertor.

—¡El conjuro! Si sabes el conjuro, dilo y te llevaré conmigo. ¡El conjuro! ¡Por lo que más quieras! ¡El conjuro!

La muchacha reflexionó un instante y luego comenzó a cantar:

Cuando Nuestro Señor Jesucristo caminó en círculo,

un gemido recorrió todas las cosas.

Lloraba el follaje y lloraba la hierba…

—¡No! —le interrumpió el ladrón—. Ése no es el conjuro de las heridas. ¡El otro! ¡El otro!

—El otro conjuro —repitió Lisa la Roja. Y entonces puso la mano sobre la tela empapada en sangre con la que le habían vendado la herida, y empezó a cantar de nuevo en voz baja:

Quiso el Señor que nacieran…

—¡Sí! ¡Ése es! ¡Ese es! —jadeó el ladrón—. ¡Sigue cantando! ¡Dilo entero!

Y la cabritilla cantó:

Quiso el Señor que nacieran tres flores,

Una es roja, la otra blanca,

La tercera se llama Deseo del Padre.

¡Detente, sangre!

—¡Detente, sangre! —murmuró el ladrón. Cerró los ojos, y le pareció sentir como si el dolor apartara sus afiladas garras de la herida y se alejara volando con lentos y pesados aletazos. Después le sobrevino un gran cansancio y durmió, durmió profundamente sin que lo visitara ningún sueño. Respiraba tranquilo y la cabritilla se acurrucó a su lado sobre el lecho de paja.

Durante más de un año los saqueadores de iglesias se dedicaron a recorrer los territorios comprendidos entre el Elba y el Vístula, Pomerania y Polonia, Brandenburgo y la Nueva Marca, Silesia y las montañas de Lusacia. En estas comarcas abundaban los malhechores, pero nadie hasta entonces se había atrevido a echar mano de los tesoros de las iglesias, ni siquiera en tiempos de guerra, cuando el hambre apretaba. El hecho de que alguien lo hiciera había consternado a las gentes. Al principio creyeron que debían de ser más de cien hombres los que se habían propuesto saquear y profanar los sagrados templos de todo el país. Luego, cuando se supo que se trataba de una banda de seis hombres la que se dedicaba a tales sacrilegios, se difundió el rumor que los ladrones de los bienes divinos conocían el arte de la magia, volviéndose invisibles en los momentos de peligro y, que por eso, no debía sorprender que el barón Maléfico no hubiera conseguido atrapar a ninguno de ellos a pesar de sus esfuerzos. Se decía que Satán en persona, el eterno enemigo de Dios, dirigía la banda que se dedicaba a robar los sagrados tesoros que albergaban capillas e iglesias.

El primer hombre que logró ver al susodicho Capitán fue el párroco de Kreibe, un pequeño pueblo de Silesia que pertenecía a un tal señor von Nostitz.

El párroco, que era apicultor, se encaminó un día de mayo después de la oración de la tarde hacia el pueblo vecino, para ponerse de acuerdo con el chamarilero a quien pretendía vender su miel. Más tarde, tras despedirse del chamarilero, un chaparrón lo había obligado a buscar refugio en la taberna, y ya era medianoche cuando regresó a Kreibe.

Al pasar delante de la iglesia vio una luz tras los cristales de una de las ventanas y, por un instante, reconoció pintada sobre el cristal y envuelta en tinieblas la imagen de san Jorge con su capa azul y con el dragón, que el pintor del pueblo había representado como una vaca preñada con alas de murciélago.

La luz desapareció un instante después, pero el cura ya sabía que había alguien en la iglesia, y, a pesar de que en ella había algunos objetos de cierto valor —un crucifijo de plata maciza de varios codos y una imagen de Nuestra Señora tallada en marfil con una corona de oro, ambos exvotos donados por el señor von Nostitz, a quien cuatro años antes había aquejado la viruela—, el cura no pensó ni por un instante que pudiera tratarse de los saqueadores de iglesias, preocupado tan sólo por los dos tarros de miel que, junto con las pipas, el fuelle y otros aparejos de colmenero, tenía guardados en la sacristía, a su juicio el único lugar seguro en todo el pueblo. La puerta de la iglesia estaba cerrada y el cura fue a buscar la llave, alegrándose ante la idea de poder atrapar por fin a los ladrones de miel con las manos en la masa. Luego, con una maldición en los labios y una candela en la mano, irrumpió en la iglesia.

Un golpe de viento le apagó la vela. Avanzó un par de pasos tanteando en la oscuridad, cuando de pronto el reflejo de una linterna sorda le iluminó la cara recorriéndole luego la sotana hasta llegar a los pies, y un hombre apareció ante él apuntándole con una pistola.

En ese momento olvidó la maldición. Aterrorizado, sólo fue capaz de susurrar un «alabado sea Jesucristo».

—Por siempre jamás, amén, excelentísimo señor —le respondió con gran amabilidad el hombre que tenía frente a él —. Sentiría mucho haberos asustado. Me he permitido entrar y considerarme vuestro invitado, a pesar de no tener el honor de conoceros.

Hasta ese momento, el párroco no se había percatado de que el hombre ocultaba su rostro tras una máscara. Fue entonces cuando se le ocurrió que estaba hablando con uno de los ladrones de iglesias. El corazón estuvo a punto de parársele del susto. Y antes de que le diera tiempo a rehacerse, la pesada puerta de hierro de la sacristía se abrió de un golpe y aparecieron tres hombres con los rostros envueltos en trapos. Uno de ellos llevaba el crucifijo de oro, el segundo la corona de Nuestra Señora, y el tercero el pebetero en una mano y una linterna sorda.

—Por el amor de Cristo, ¿cómo habéis logrado abrir la puerta de hierro? —gimoteó temblando como una hoja. Siempre se aseguraba de cerrarla con aldabas y cerrojos, y la llave acababa de cogerla de la alacena.

El hombre de la máscara dejó de apuntarle y se inclinó ante él, como si sus palabras le hubieran procurado una gran satisfacción, que debía agradecer. Después dijo:

—El excelentísimo señor debe saber que una puerta de hierro no es para nosotros más que una tela de araña. No nos incomoda en absoluto.

Acto seguido se dirigió a sus compañeros:

—Aprisa, no nos queda mucho tiempo, no debemos molestar al excelentísimo señor más de lo necesario.

El párroco vio cómo desaparecían en un gran saco el crucifijo y la corona de oro. Sabía que, como guardián de

aquellos tesoros, estaba obligado a dar aviso y a subir a la torre de la iglesia y echar al vuelo las campanas para que pudieran oírse a muchas millas de distancia. Pero temía por su vida. Permaneció inmóvil y no dio aviso alguno, únicamente juntaba las manos una y otra vez.

—Son las ofrendas de nuestro Ilustrísimo Señor —se lamentó—. ¿Y os las vais a llevar? Son regalos destinados a Dios y no a los hombres.

—No —dijo el Capitán con voz serena—. Sólo lo que ha dado a los pobres es un regalo hecho a Dios. Todo lo demás es para el mundo, y yo he venido a llevarme la parte que me corresponde.

—Lo que hacéis es, como cualquier robo, un grave pecado, peor aún, es un sacrilegio —exclamó el párroco—. Aparta tu mano de estos tesoros sagrados o te condenarás para toda la eternidad.

—Vuestra Excelencia no debe ser tan severo con eso de los pecados —opinó el Capitán—. Los necesita tanto como ellos a vos. Si no hubiera pecadores ni pecados, ¿quién necesitaría a un cura?

En ese momento pudo ver que era el propio diablo quien hablaba por boca de ese hombre. Porque sólo el gran difamador y el adversario de Dios era capaz de confundir al hombre con argumentos tan perversos, astutos y escurridizos como aquéllos. Dio un paso atrás, se persignó y respondió desesperado:

—*¡Satana, Satana! ¡Recede a me! ¡Recede!*

—¿Qué queréis decir? —preguntó el hombre de la máscara —. No os he entendido. No tengo estudios, el latín sigue siendo latín para mí.

—Digo que estás poseído por el diablo —gritó el párroco —. El diablo habla por tu boca.

—Vuestra Excelencia, os lo ruego, bajad la voz, que nos podrían oír —dijo el ladrón con una sonrisa—. Y si es verdad que el diablo ha entrado en mi cuerpo, será porque Dios lo ha querido. Porque sin la aquiescencia de Dios, el diablo no entra ni en el cuerpo de un cochino, según dice Mateo.

Dicho esto se dio la vuelta y se acercó a sus compañeros. El párroco lo siguió con la mirada mientras pensaba cómo podría describir a aquel hombre para que más tarde pudieran reconocerlo y apresarlo.

«Bien parecido, de estatura mayor de lo habitual», dijo para sus adentros. «El rostro enjuto, hasta donde es posible verlo. ¡Si no llevara la máscara! Una peluca rubia con rizos, un sombrero con ribete blanco, una capa con adornos blancos y negros. Eso es todo lo que podría decir, y como descripción vale bien poco.»

Entretanto el Capitán le había cogido el pebetero a uno de sus camaradas. Lo miró con detenimiento. Luego volvió a acercarse al cura.

—Veo que Su Excelencia practica la apicultura —le dijo —. ¿Cuántas colmenas, si se me permite la pregunta?

—Tres —respondió el cura, mientras pensaba: «Manos finas, como sólo suelen verse en personas de condición. Dedos largos de mangante. La barbilla afeitada.» Y luego en voz alta dijo:— Las tengo en la parte de atrás de mi casa, en la pradera.

—Tres colmenas —repitió el Capitán—. Al menos darán dieciocho cuartillos o más en primavera.

—Este año sólo han sido diez y medio —suspiró el cura.

—No es mucho para tres colmenas —constató el Capitán —. Y eso que ha sido un año como pocos: un verano con bastante viento y fuerte sereno de noche, un otoño largo y seco, y nieve en invierno. ¿Por qué han dado tan poco?

—Es una desgracia —se quejó el cura, pensando ya en el tesoro robado, ya en las colmenas—. El calcañuelo ha atacado las colmenas.

—¿Y Vuestra Merced no sabe qué hacer? ¿No hay ningún remedio contra el calcañuelo?

—No —dijo el cura con aire preocupado—. No hay ninguno. Contra fortuna no vale arte ninguna.

—¡Pues atienda Su Señoría! —dijo el ladrón de iglesias—. Mezclad comino silvestre y unas gotas de aceite de espliego en agua azucarada y dádselo a beber a las abejas, eso las curará. ¡Está demostrado!

—Lo intentaré —dijo el cura pensativo—. Comino silvestre, ¿dónde puedo encontrarlo? En las praderas cercanas no lo he visto. ¿Y qué puedo hacer con la miel? No se me aclara. Dos veces la he pasado por el cedazo y sigue turbia.

Se habían quedado solos en la iglesia; el resto de la banda se había marchado ya con el saco a hombros. El capitán movió la cabeza.

—Eso es por la humedad del aire —opinó—. La sacristía no es el lugar más adecuado para la miel, las paredes chorrean agua. ¡Póngalas Su Señoría al calor del sol!

—Sí, ¡si pudiera fiarme de los campesinos! —exclamó el cura—. Son un atajo de ladrones, me roban la miel, la ponga donde la ponga. La sacristía es el único lugar seguro, ya que tengo la puerta cerrada a cal y canto, con barras y cerrojos.

—Eso ya lo sé —dijo el ladrón de iglesias—. Es terrible cuando los campesinos se roban unos a otros. Cada uno debería guardar su casa y dejar que el vecino tuviese también su buen año. Pero ahora debo despedirme de Su Señoría, pues he de partir.

Mientras conversaban habían estado paseando entre las hileras de bancos. En ese momento el cura se detuvo.

—Es una pena —dijo— que no pueda disfrutar de la agradable compañía de Su Señoría por más tiempo.

—Aprecio su amistoso gesto —respondió el ladrón con la misma amabilidad—. Sin embargo, debo rogarle a Su Señoría que me disculpe por esta vez.

Hizo una profunda reverencia, apagó el pendil, y un instante después había desaparecido en la oscuridad.

El cura permaneció en la iglesia meditando sobre el lugar en el que debería guardar la miel, pues era verdad que por los muros de la sacristía corría el agua. Luego, un minuto después, se le ocurrió que era el momento de subir a la torre para dar aviso sin peligro de su vida. Pero le pareció más sensato seguir a los ladrones en secreto y ver hacia dónde se dirigían y si llevaban caballos. Luego congregaría a los campesinos para perseguirlos.

Pero cuando salió de la iglesia los ladrones ya habían desaparecido y, a pesar de ser noche de luna, no había ni rastro de ellos ni a izquierda ni a derecha. Parecía —así lo refirió a los asustados campesinos una hora más tarde— como si el búho y el cuervo que anidaban en la torre les hubieran prestado sus alas para huir.

Las personas que tenían la desgracia de cruzarse en el camino de los ladrones a deshora no siempre escapaban tan bien librados como el párroco de Kreibe, que salió del apuro sin daño y con apenas un susto en el cuerpo. En Tschirnau, un pueblo situado en el condado bohemio de Glatz, en la ribera derecha del Neisse, el sacristán sorprendió en la noche de san Kilian a los ladrones en su iglesia. En ese preciso instante se disponían a marcharse con el botín. En aquella iglesia, objetivo de las peregrinaciones de los campesinos de todo el condado, se habían hecho con cuatro candelabros de oro de seis libras cada uno, un incensario, una batea y seis patenas —todas ellas de plata—, una cadena de oro muy pesada, un

pedazo de brocado con bordado de oro, y un libro en el que se enumeraban y describían las buenas obras de Martín, el Papa. No es que lo hubieran cogido para aprender de aquellas buenas obras, sino por la encuadernación en marfil.

—Todo esto va a ir derecho al caldero —oyó el sacristán al entrar en la iglesia. Al principio sólo vio al ladrón que tenía el libro en las manos, más tarde reconoció a otros dos. Era un hombre valiente y sabía que en la taberna había un par de campesinos que acudirían en su ayuda si oían alboroto. Y, como no encontró nada mejor, le arrancó a la imagen de san Cristóforo el tronco de árbol que tenía en las manos y golpeó con él a uno de los ladrones en la cabeza, cuyo cabello rojo le había llamado la atención.

El ladrón gritó con voz de mujer. En ese momento alguien tomó al sacristán por el cuello. El sacristán quiso gritar y no pudo, y dejó caer la estaca. Mientras ésta caía al suelo con gran estrépito, un hombre apareció en el dintel de la puerta, un hombre con la cara envuelta en trapos, como los demás, les hizo una señal y dijo:

—Viene solo, nadie lo ha seguido, por eso lo he dejado pasar.

Esto fue lo último que pudo oír el sacristán. Un instante después perdió el conocimiento. Cuando recobró el sentido se encontró tendido en los escalones que llevaban a la iglesia con las manos y los pies atados y la dolorida cabeza envuelta en un trapo, los ojos y la boca pegados con brea. Así lo encontraron los campesinos que se dirigían a faenar y, a su lado, sobre los peldaños, vieron el tronco de san Cristóforo partido en dos.

Peores consecuencias tuvo el encuentro entre la banda de los ladrones de iglesias y un joven caballero de Bohemia que ocurrió en una posada. Este último perdió la vida en el lance.

La posada se encontraba en un camino vecinal que sale de la carretera que va de Brieg a Oppeln a su paso por un espeso

bosque. Raramente paraban en ella gentes que no fueran gitanos, aprendices y demás chusma de similar catadura, a lo sumo se atendía a algún buhonero que iba de paso con sus cachivaches al hombro. El joven conde bohemio, que se dirigía a caballo a la universidad de Rostock acompañado de su preceptor y de un lacayo, se había visto obligado a alojarse en aquella casa por una noche porque el eje de su carruaje se había partido. Esto sucedió en una lluviosa noche de otoño. Mientras el cochero trataba de reparar el carruaje, el joven conde y su preceptor cenaron atendidos por el lacayo. Les sirvieron un pollo asado y una tortilla. La cocina de aquel lugar no daba para mucho más.

Cuando hubieron terminado, el lacayo salió para ayudar al cochero y el preceptor se retiró a descansar. Estaba fatigado y deseaba acostarse. El tabernero había preparado dos camas en el sobrado para los dos ilustres huéspedes. Se dispuso que el cochero dormiría en uno de los bancos de la taberna y el lacayo en el establo.

El joven conde se quedó un rato en la taberna apurando su jarra de vino. No estaba solo. Cerca de la chimenea roncaba desde hacía un buen rato el padre del tabernero, un hombre ya entrado en años. La lluvia golpeaba los cristales, el fuego chisporroteaba en la chimenea. En la cocina se oía un estruendo de cacerolas y sartenes. La mujer del tabernero freía salchichas de Nuremberg para el cochero y el lacayo.

El joven conde se preguntaba si no sería posible encontrar en aquel lugar a algún hombre inteligente con quien poder jugar una partida de *L'hombre*, pues le parecía que era demasiado temprano para acostarse. Y mientras permanecía allí sentado con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre los puños, escuchó un ruido que venía de fuera y le pareció oír a alguno de sus hombres, al lacayo o al cochero, pedir socorro. Levantó la cabeza y aguzó el oído. El tabernero salió de la cocina con el rostro demudado y quiso decir algo,

pero en ese mismo momento se abrió la puerta y se oyó una voz lanzar la orden:

—¡*Messieurs*! ¡Que nadie se mueva de su sitio!

El ladrón de iglesias apareció en el dintel de la puerta, con el rostro oculto por una máscara, y detrás de él dos de sus camaradas y la coleta roja de un tercero.

El joven caballero bohemio permaneció sentado junto a su jarra sin inmutarse. Se dijo a sí mismo que, si verdaderamente aquéllos eran los ladrones de iglesias, de los que ya había oído hablar, quizá pudiera conservar no sólo su vida sino también los treinta ducados bohemios que llevaba en su bolsa. Se propuso hacer un buen papel en aquella aventura para poder referirla más tarde en la universidad de Rostock. Y, para animarse, apuró su vaso de un par de tragos.

Entretanto el Capitán había entrado en la habitación. Agitó su sombrero con una leve reverencia presentando así sus respetos al ilustre huésped. Luego pidió vino y lo vertió en un vaso de plata que uno de sus camaradas extrajo de su bolsa de viaje.

El tabernero lo miraba temblando de tal modo que a punto estuvo de dejar caer la jarra de vino.

—¿Qué es lo que queréis? —dijo a duras penas—. Sabes muy bien que no puedo daros cobijo.

—¡Pamplinas! ¡Muévete de una vez! —le ordenó el Capitán—. Corre a la cocina y mira si hay tocino para mis hombres, y pan y cerveza.

Había arrojado su capote sobre el respaldo de una silla y mostraba una desgastada casaca de terciopelo violeta y unas botas altas de montar. Sus compañeros ocuparon una mesa al lado de la chimenea; sólo uno de ellos, el del cabello rojo, permaneció junto a su Capitán. Era Lisa la Roja, vestida de

hombre. El Capitán se volvió hacia el joven noble agitando de nuevo su sombrero.

—Espero que Su Señoría sepa disculpar esta inesperada visita debida a circunstancias ingratas —dijo con mucha cortesía—. Pero hoy sopla de Polonia un viento helado y no quería que mis hombres pasaran frío bajo la lluvia.

—Una pregunta, si me lo permitís —respondió muy tranquilo el joven caballero—. ¿Qué les ha sucedido a mis hombres? Los he oído gritar. Y quítese Vuestra Merced la máscara para que pueda ver con quién estoy hablando.

El Capitán miró sorprendido al joven caballero unos segundos.

—Dios lo libre de semejante cosa —dijo—. Y pierda cuidado por lo que respecta a su servicio. Se ha retirado a los establos. Pero mis hombres no escatimarán esfuerzos para servir en lo que puedan al Ilustrísimo Señor.

Y al decir esto señaló a los dos hombres que se habían sentado a la mesa.

Al joven conde le llamó la atención que el Capitán de los ladrones de iglesias tratara de pasar, con sus palabras y sus gestos, por un caballero. Y le pareció que lo más seguro, sobre todo teniendo en cuenta las monedas de oro que llevaba en la bolsa, era tratar con la misma cortesía a aquel hombre, sin duda peligroso. Y de ese modo se levantó y, con el sombrero en la mano, rogó al Capitán que se sentara a su mesa y que bebiera con él un vaso de vino.

El ladrón se tomó unos minutos para considerar su oferta. Luego contestó:

—No puedo responder a la gran *politesse* de Vuestra Merced de otro modo que diciendo que es un honor que no merezco. Pero, ya que así lo queréis, con mucho gusto beberé un vaso de vino a la salud de Vuestra Merced.

Una vez que los tres se hubieron sentado a la mesa, fue Lisa la Roja la primera en alzar la copa para brindar a la salud del diablo, como acostumbraba hacer Ibitz el Negro.

—Estás en compañía de un hombre honorable —la reprendió el Capitán—. Deja los juramentos para otra ocasión.

—La *demoiselle* —dijo el caballero, tratando de iniciar una conversación— viste prendas de hombre y lleva una espada. ¿Se trata de una costumbre del lugar?

—No —dijo el Capitán—. Viste como un hombre porque resulta más cómodo para montar. Y de su espada sabe hacer buen uso; si la esgrime es *pour se battre bravement et pour donner des bons coups*.

—Yo también he estado en París —explicó el caballero cruzando las piernas y haciendo chirriar sus espuelas—. He visto el Louvre y el nuevo palacio de recreo del rey.

—Yo en cambio no —dijo el Capitán—. He aprendido francés con mi compañero, ése de allí, que lo habla con la misma facilidad con la que camina.

Y al decir esto señaló con la mano al Brabanzón, que se hallaba en la otra mesa con Cuellotorcido dando buena cuenta del tocino.

—¿Y Su Señoría también piensa alojarse aquí esta noche? —le preguntó el caballero, esforzándose porque la conversación no decayera.

—No —respondió el ladrón—. Debo partir de inmediato. Tengo un par de asuntos que resolver no muy lejos de aquí.

—Entonces beberé por el éxito de vuestra empresa —dijo el caballero.

—Su Señoría puede ahorrarse la molestia —dijo el Capitán —. Al pescador que sale a pescar no se le desea buena suerte, porque entonces no la tiene.

—¿Cómo no vas a tenerla? —terció Lisa la Roja—. Si tienes el arcano que todo lo puede, incluso lo más difícil.

—¡Calla! —dijo el ladrón de iglesias disgustado—. Hablas demasiado. Te lo he dicho muchas veces: lo que se habla por la boca lo paga después el cuello.

Y, volviéndose hacia el caballero, continuó:

—Tengo varios negocios aquí y allá y debo cabalgar muchas leguas para tenerlos vigilados.

—Y, ¿qué tipo de negocios son ésos, si se me permite la pregunta? —dijo el caballero.

—Su Señoría lo adivinará en seguida si le digo que en esta comarca me llaman el ladrón de Dios —respondió el Capitán con la mayor tranquilidad.

El caballero dio un respingo y olvidó toda cortesía, pues, a pesar de que desde el principio había sabido con quién estaba tratando, le disgustó que se lo dijera de un modo tan directo.

—¿Y te atreves a decírmelo —exclamó golpeando la mesa con el puño— sin la menor vergüenza?

—No siento vergüenza ni desmedro alguno —respondió el ladrón de iglesias sin alterarse—. Si el Altísimo ha querido convertirme en lo que soy, ¿cómo voy yo, que no soy más que una mota de polvo, a oponerme a su voluntad?

—Entonces a Dios también le gustará que te cuelguen y te rompan el pescuezo —dijo el caballero, a quien el vino se le empezaba a subir a la cabeza—. Y ése será tu fin.

—No tiene por qué serlo —le contradijo el ladrón—. También David fue un gran pecador, y aun así alcanzó grandes honores antes de morir.

—Por mis muertos, ¡me estás engañando! —gritó el caballero contrariado—. Me confundes con tu dichoso David. Pero una cosa es cierta, y muchas veces he meditado en ello:

¿Por qué no ha hecho Dios que seamos todos cristianos? ¿Por qué hay tantos turcos y tantos judíos? Ahí hay algo que no marcha como debiera.

—Es posible que Dios no quiera que ganen el cielo demasiados hombres —dijo el ladrón para darle qué pensar—. Tengo para mí que Dios prefiere mantener a los hombres lejos de él, en los infiernos, antes que en el cielo. Porque, ¿qué puede esperar de ellos? En cuanto hubo cuatro hombres en la tierra se mataron a palos, y no creo que en el cielo vayan a hacer otra cosa.

—Deja ya de predicar —dijo el caballero—. Seguramente sabrás que le han puesto precio a tu cabeza, diez mil táleros reales, y el que te aprese vivo recibirá una gran hacienda.

—Muy cierto —admitió el Capitán—. Pero Su Señoría debe saber también que nunca corre tanto el conejo como cuando le echan los perros. Todavía no se ha tendido la trampa en la que he de caer.

—¡No estés tan seguro de eso! —exclamó el caballero, a quien el vino comenzaba a afectar seriamente—. Si vuelvo a verte, te reconoceré. Tus días están contados. Sobre tu cabeza pende ya el hacha de cierto rey antiguo cuyo nombre no recuerdo en este momento, pero mi preceptor lo sabe, está arriba, durmiendo. Por todos los diablos, ¿por qué no habrá querido jugar a *L'hombre*? Ahora seríamos tres.

—¿Ha dicho Vuestra Merced —preguntó el ladrón pensativo— que me reconocerá?

—Sí, eso es lo que he dicho. *Par la sang de Dieu!* —respondió el caballero—. Me juego dos ducados bohemios a que soy capaz de reconocerte.

—Dos ducados. No es mucho —dijo el Capitán—. Acepto la apuesta.

—Entonces puedo considerar que he ganado la apuesta, pues tengo muy buena memoria para las caras —exclamó con una carcajada el caballero mientras alargaba el brazo sobre la mesa hacia la cara del Capitán. Un momento más tarde el trapo negro que le servía de máscara colgaba de su mano.

En la habitación se hizo el silencio, únicamente se oyó el tintineo del cuchillo que Cuellotorcido dejó caer sobre el plato. El Capitán se levantó. Su rostro de hombre resuelto, que no mostraba jamás, estaba pálido y empalideció aún más, pero no se alteró en absoluto.

—Su Señoría ha ganado la apuesta, no cabe duda —dijo esbozando una sonrisa—. Aquí está el dinero.

Sacó dos ducados de su bolsa y los lanzó sobre la mesa. El caballero los recogió y los retuvo un instante sobre la palma de la mano. Parecía como si en aquel momento hubiera recuperado la serenidad y le asustara su atrevimiento.

—Y como va siendo hora de que nos despidamos —continuó el Capitán—, pues uno ha de partir y el otro se quedará, creo que antes debemos beber un último trago, por nuestra amistad y al son de un *¡Valet!*

Y, alzando su vaso:

—¡De un golpe y al corazón! ¡A vuestra salud!

—¡Larga vida! —dijo el caballero con voz insegura, levantando su vaso y llevándoselo a los labios.

No se dio cuenta de que Lisa la Roja había empuñado su tercerola tras regar la cazoleta con pólvora.

Recibió el tiro antes de que le diera tiempo a apurar el vaso. El joven caballero se desplomó con un ligero suspiro sobre el respaldo de su silla. La cara le cambió de color, la cabeza cayó hacia adelante. Sus manos se abrieron, el vaso retumbó en el suelo y las dos monedas de oro rodaron por la habitación.

El Capitán permaneció inmóvil durante unos minutos aspirando el olor de la pólvora. Luego cogió su máscara.

—Me pregunto si sabía que iba a morir —dijo con los ojos fijos en el muerto.

—Yo creo que lo supo en el último segundo —dijo Lisa la Roja—. Pero no le di tiempo ni para pronunciar un Jesucristo. De un golpe y al corazón, como ordenaste. Lo siento por él, parecía un muchacho alegre. Pero todavía no hemos terminado, vamos a necesitar más pólvora para la cazoleta, pues allí hay otro que también ha visto tu cara.

Y con el cañón de la tercerola apuntó al viejo, que se había despertado y seguía sentado, con una expresión estúpida, en el banco de la chimenea.

El ladrón se apresuró a ocultar su rostro tras la máscara.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó—. ¿Es que no basta con uno? ¿Qué voy a hacer ahora con este anciano? Se ha visto envuelto en el asunto sin tener arte ni parte. ¿Es que también he de cargar con la muerte de este viejo?

—Haz lo que quieras —dijo Lisa la Roja—. Pero, si ha de pasar, no dejes que espere la bala mucho tiempo, porque lo peor de morir es el miedo.

—Un anciano —se lamentó el Capitán—. ¿Cómo quieres que mate a un pobre anciano? No puedo hacerlo, y, sin embargo, no sé cómo puedo impedirlo.

—Si tú no eres capaz, yo lo haré en tu lugar —dijo Cuellotorcido—. Pero dale al tabernero una moneda para el entierro y para que pague la misa.

—No podemos dejarlo vivir —decidió el Capitán—. Dios sabe que no me resulta fácil. Id a buscar al tabernero.

Acudió el tabernero, vio al muerto y juntó las manos, pero cuando oyó que iban a matar a su padre, se tiró al suelo y se

puso a gritar, a implorar y a golpearse con los puños.

—No hay nada que hacer —dijo el Capitán—, y Dios sabe que lo siento. Pero no hay más remedio. Despídete de él.

—Pero ¿qué mal os ha hecho? —gimoteó el tabernero—. ¡Tened piedad de él! ¿Acaso eres de piedra e incapaz de atender mi ruego? Es mi padre y, si tuviese dinero, os compraría su vida.

—Es una lástima —dijo el ladrón, conmovido por las súplicas de aquel hombre—. Pero ha sucedido así y no está en mi poder cambiarlo. Ha visto mi cara, que normalmente llevo oculta tras una máscara, y no puedo dejarlo con vida cuando me marche de aquí.

El tabernero se levantó y miró al anciano, que seguía en el banco con la mirada perdida como si no supiera lo que ocurría a su alrededor.

—¿Cómo es posible —gritó el posadero— que te haya visto, si hace doce años que está completamente ciego, si hay que guiar su mano para que encuentre la escudilla con la cuchara? ¿Y tú dices que ha visto tu cara?

Y al decir esto se arrojó sobre una silla y, tapándose la cara con las manos, empezó a reírse como un poseso.

El Capitán no supo qué decir, luego se dirigió al anciano y en un instante sacó la pistola y se la puso delante de la cara. El anciano continuó como estaba, la mirada vuelta hacia algún rincón oscuro de la habitación, sin mover ni un solo músculo.

—¡Es verdad que está ciego! —exclamó el ladrón dejando caer la pistola—. Alabado sea el cielo, que me ha librado de este peso. ¡Deja ya de reír! Le perdono la vida, y me alegro sinceramente de ello. Y ahora, a los caballos, ¡ya hemos perdido demasiado tiempo!

El tabernero siguió riéndose durante un buen rato.

Una vez que hubieron partido los ladrones de iglesias, el tabernero regresó a la habitación y encontró a su padre arrastrándose por el suelo.

—¿Has visto su cara? —le gritó—. ¡Levántate y habla de una vez! ¡Déjate de tonterías, que ya no estás ciego!

—Ahora que soy rico —dijo el anciano levantándose despacio—, no pienso compartirlo contigo. Porque siempre me has escamoteado la comida y la ropa y no me has dado lo que debías. Ya te he dicho muchas veces…

—¿Lo has visto? ¿Podrías reconocerlo? —le interrumpió el tabernero.

—No. No tuve tiempo de prestarle atención —murmuró el viejo.

—¿Que no has tenido tiempo? —le espetó el tabernero—. ¿Qué diablos quiere decir eso?

—¡Que no! No tuve tiempo —repitió el anciano, obstinado —. Me desperté al caer ése al suelo —señalando al muerto—, y entonces dos monedas de oro rodaron por el suelo. Ahora son mías. Porque me fijé muy bien en ellas para que no se me escaparan. A una la vi desaparecer allí, en la rendija de la esquina, de eso estoy seguro. Y la otra vino a parar aquí, justo debajo de mi banco, y rápidamente le puse el pie encima y no me moví. Pero quizá fueran tres, tengo que ver si hay más.

—¡Y aunque hubieran sido veinte, animal, botarate! —gritó el tabernero—. ¿Es que no lo entiendes? Hemos perdido diez mil táleros reales. ¡Nunca más tendremos una oportunidad como ésta!

Salió de la habitación dando un portazo y se fue a buscar al cochero y al lacayo, que se encontraban en el establo, para que velaran a su señor.

En la primavera del año 1702, el lunes después de Judica, los ladrones se prepararon para su último asalto. Para ello

habían elegido una iglesia cercana a Militsch, famosa por la gran cruz de atril dorada que colgaba sobre el altar mayor. Pero el golpe fracasó porque el párroco, siguiendo el consejo del obispo, había puesto el antiguo crucifijo a buen recaudo en el castillo de Militsch, y sobre el altar colgaba ahora un Cristo de madera de mediocre factura.

Un campesino que se había levantado a medianoche para vigilar a una de sus vacas que estaba enferma sorprendió a los ladrones mientras salían de la iglesia por una de las ventanas con las manos vacías. Al verlos, puso pies en polvorosa y se dirigió tal y como estaba, en camisa, al caserío del señor Melchior von Bafron. Allí dio la voz de alarma. El señor von Bafron, que aún no se había acostado y estaba jugando a las cartas, avisó a los hombres que en ese momento estaban disponibles y a quienes podía convocar rápidamente: los campesinos, los carboneros, la servidumbre y el cuerpo de montería.

Pero era demasiado tarde. Al verse en peligro, los ladrones se habían separado de acuerdo con su costumbre, y cada uno había seguido su camino dirigiéndose hacia la frontera con Polonia. De modo que no pudieron dar con la banda, a pesar de que rastrearon todos los caminos e incluso los bosques de los alrededores. Lo único que encontraron fue un saco de lino que uno de los ladrones había perdido al precipitarse en la huida. El saco contenía pan y cebollas, una bolsa con sal gorda y unas muelas envueltas en unos trapos; probablemente una reliquia procedente de alguna de las iglesias saqueadas.

A la mañana siguiente, el barón Maléfico acudió con su compañía de dragones desde la ciudad de Trachenburg, en la que había sentado sus cuarteles. Hacía cuatro meses que había regresado de Hungría, donde había combatido al turco y, una vez en Silesia, se dispuso de inmediato a retomar la lucha contra los ladrones: como un sabueso se lanzó tras sus huellas. Se indignó de sobremanera al oír que, cerca de la frontera

polaca, habían apresado a un fraile mendicante vestido con un hábito marrón dejándolo luego en libertad, pues sabía que uno de los ladrones de iglesias solía hacer uso de tales vestimentas. Él mismo se había cruzado al alba con un correo sueco que se dirigía con su saca de cuero hacia Trachenburg. Con este hombre, que lo trató de «señor primo», había conversado en sueco y en francés, y el extranjero le había parecido fuera de toda sospecha, ya que en aquellos días era fácil encontrar *envoyés* del rey sueco en todos los caminos de Silesia y hasta en Pomerania.

Éste fue, por tanto, el resultado del último golpe de los ladrones de iglesias, y durante mucho tiempo no se tuvieron noticias de ellos hasta que, durante la semana que siguió al descendimiento de Cristo, empezó a correr el rumor de que la banda de los ladrones de Dios se había disuelto.

Se decía que, encontrándose en los bosques de Polonia, habían surgido desavenencias entre ellos a causa del reparto del botín, y que habían llegado a echar mano de los cuchillos y los mosquetes. Tres de ellos habrían muerto allí mismo, huyendo el resto con el oro. Uno de los muertos —se decía— era el Capitán.

El rumor se extendió por toda la comarca, los cocheros se lo contaban a gritos a los segadores al pasar, los curas lo daban por cierto en sus sermones, incluso había algunos que decían haber visto los cadáveres con sus propios ojos, y todos se alegraron de que se hubiera puesto fin a sus desmanes. En las tabernas y en los mercados se cantaba una canción, que alguien había impreso, sobre la muerte del Capitán.

Pero había un hombre en la región que no quería creerlo. Ese hombre era el barón Maléfico. Se reía de aquella historia y la tenía por un embuste. Decía que habían sido los mismos ladrones quienes habían inventado el cuento de que su Capitán yacía a tres palmos bajo tierra para que dejaran de buscarlos y así poder disfrutar con toda tranquilidad del producto de sus

robos. Y juró por sus muertos y por todos los demonios que no descansaría hasta poner a la banda y a su Capitán en manos del verdugo.

Pero nadie volvió a saber nada de los ladrones de iglesias, nadie volvió a robar capilla ni iglesia alguna, y los relicarios que aún quedaban permanecieron intactos brillando bajo la tibia luz del atardecer que se filtraba por las ventanas, sin que ninguna mano osara tocarlos.

Lejos de aquellas tierras, en una cabaña en las montañas de Bohemia que llamaban «Los Siete Valles», los ladrones habían instalado un cuartel secreto en el que se reunieron por última vez.

Acababa de amanecer y hacía frío, el viento se colaba por los agujeros y las rendijas de la cabaña, y afuera lloviznaba. Cuatro de ellos se habían acostado sobre la paja envueltos en sus capotes y con los ojos insomnes fijos en el tesoro que brillaba en el centro de la habitación, en los táleros y los táleros dobles, en los ducados de Kremnitz y de Danzig que los alcahuetes de las callejuelas de Bohemia y de Polonia les habían dado a cambio del botín que habían acumulado durante el pasado año.

Habían estado reunidos toda la noche discutiendo, peleándose y dándose gritos, pues no querían dejar partir a su Capitán. No les bastaba el oro que habían conseguido reunir y pensaban que aún quedaba mucho disperso por toda la región. Pero el Capitán no dio su brazo a torcer, debían separarse, y nada de lo que dijeron logró disuadirlo.

—En este negocio —dijo—, cada uno tiene que pagar lo que se lleva con su propio cuello, y además con creces. Tened cuidado, se habla mucho de nosotros y de eso a caer en manos del verdugo no hay más que un paso. Además, el barón Maléfico ha vuelto y no quiero encontrármelo otra vez. Por eso creo que no debemos seguir juntos por más tiempo, o

nuestra suerte empezará a caminar hacia atrás, como el cangrejo. Que cada uno siga su camino y que nadie vuelva la vista atrás. Ése es mi deseo, y vosotros jurasteis obedecerme en todo cuando os libré de una muerte segura.

Nadie consiguió convencerlo de lo contrario y lo único que quedaba por hacer era repartir el montón más grande de los que había en la habitación y marcharse cada uno por su lado.

El Capitán permanecía junto a la puerta vestido con su raída casaca de terciopelo violeta. Pensaba en el futuro que le aguardaba. Con aquel dinero pagaría las deudas de la hacienda, compraría aparejos y ganado para la cría, y se haría con nuevos criados. No debían faltar tampoco buenos caballos para los postillones que pasaran por el lugar. «¡Y también un galgo italiano y un caballo de monta para la joven *demoiselle*, la ilustre novia del señor von Tornefeld!» se dijo sonriendo. «Ahora ya hay dinero en la casa.»

Entretanto Lisa la Roja se había acercado de cuclillas al montón más pequeño de oro acuñado y de plata que le correspondía al Capitán, y llenó el bolsillo de su capa con los táleros dobles y los ducados. Árbol de Fuego se había levantado, irritado por la escena. El dinero de los demás hería su vista.

—¡Por todos los diablos! —gritó—. ¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Es que hay algunos a los que se les permite coger todo lo que quieran?

—Ésa es la parte del Capitán, ¿a ti qué te importa? —le reprendió Cuellotorcido—. Deberías estarle agradecido por lo que te ha dado. Porque cuando te uniste a nosotros no tenías ni trajes ni zapatos. Tus únicos bienes eran una camisa hecha jirones. A él le debemos las vacas gordas, a partir de hoy eres rico.

—¿Rico? —exclamó indignado Árbol de Fuego—. ¿Qué es lo que dices? ¿Quién puede ser rico en estos tiempos, si una

fanega de grano cuesta ya once perras gordas? No pienso tocar mi parte, tengo que ahorrar para la vejez; cuando esté paralítico y me aqueje la gota, ¿quién va a ayudarme? Pero hasta entonces tendré que depender de la misericordia de Dios y recorreré las puertas de los campesinos mendigando una corteza de pan duro para no morirme de hambre. Eso es todo lo que he conseguido, ésa es mi recompensa.

Y con una risa amarga recibió la parte que Cuellotorcido le acercó: un sombrero lleno de táleros y un puñado de oro.

—Hemos ido tras el oro arriesgando el pellejo y la vida hasta lograr hacernos con él —dijo el Brabanzón—. Ahora me voy a tomar unas largas vacaciones. Viviré con todos los lujos. Un buen alojamiento en alguna posada como «El esturión» o «El ciervo», una mesa bien provista, todos los días pescado o carne, y el vino adecuado. Temprano por la mañana misa, por la tarde paseo, y de noche una partida. Así pienso vivir, contemplando tranquilamente lo bueno y lo malo que nos depare el porvenir.

—¡Y si después de las vacas gordas —lo interrumpió Árbol de Fuego con voz estridente—, vienen las flacas o, peor, la hambruna, entonces no se te ocurra acudir a mí! No pienso darte ni un céntimo de cobre, te lo aviso desde ahora, no vengas a llamar a mi puerta.

—No te preocupes —respondió tranquilo el Brabanzón—. Puedes plantar lilas y resedas delante de tu puerta, que no iré a pisártelas.

Entonces tomó la palabra Cuellotorcido, el primero de la banda que, después del Capitán, había recibido dos puñados de oro acuñado.

—Durante todo este tiempo hemos vivido como búhos —dijo—, ocultándonos de día. Ahora eso se ha acabado. Ahora pienso recorrer todos los países, Venecia, España, Francia y los Países Bajos, quiero ver el mundo a pleno día. Y aunque

me gaste dos táleros a la semana y medio los domingos, con esto me bastará para el resto de mis días.

El Veiland, un tipo grande y pesado, de rostro muy pálido, agarraba los ducados y los dejaba deslizarse por sus manos mientras se reía para sus adentros:

—Aquí, en tierra bohemia, donde no me conoce nadie, pienso mandar hacer un vasito y un cuchillo, un cucharón y un fusique de oro, y dos cajitas, una para el bolsillo derecho y otra para el izquierdo. La del derecho para guardar tabaco de Sevilla, que será para mí, y la del izquierdo para tabaco de Bahía, que ofreceré a mis amigos, porque hay que ahorrar.

—¿Y tú, cabritilla? —le gritó Cuellotorcido a Lisa la Roja, que continuaba en cuclillas sin decir palabra—. ¿Por qué pones esa cara? Ahora podrás vivir rodeada de seda y de terciopelo. ¿Tienes alguna pena? Deja ya de rumiarla. Los amores vienen y van, eso ya deberías saberlo. Cuando lleves hebillas de oro en los zapatos y adornos en el pelo, collares, diademas y sortijas de oro, tendrás todos los pretendientes que quieras.

Lisa la Roja no respondió. Se incorporó y trató de levantar el saco del Capitán, pero era demasiado pesado para ella, y Cuellotorcido tuvo que ayudarla a sacarlo de la cabaña.

Delante de la puerta Lisa la Roja habló una vez más con el que había sido su amante, por última vez intentó hacerle cambiar de idea.

—¡Llévame contigo! —le rogó apoyando la frente en su hombro—. No vuelvas a decirme que no. Ya sé que quieres a otra, seguramente es más hermosa que nada de lo que hay en el cielo o en la tierra, pero ¿qué más da? Llévame contigo, no pienso molestarte. Viviré con los criados y me ocultaré tras la estufa, y haré el trabajo más pesado, sólo quiero saber dónde estás y cómo te encuentras.

—No puede ser —dijo el Capitán impasible—. Antes encontrarás un guijarro seco en el mar que a mí, no me busques, pues no darás conmigo.

Lisa la Roja se echó a llorar. Luego se tranquilizó, se secó las lágrimas y dijo con voz queda:

—¡Ve con Dios! Te he querido como a mi propia vida. Que Dios te proteja en tu andadura.

Entretanto, el Veiland y el Brabanzón habían salido de la cabaña. Se despidieron con gran estrépito de su Capitán lanzando sus sombreros al aire al grito de ¡Viva! y disparando un par de tiros, cuyo eco retumbó por todo el bosque. En el momento en que, espoleando su caballo, el Capitán se despidió por última vez de sus compañeros, Veiland cogió el pañuelo que llevaba anudado al cuello y le prendió fuego deseándole salud y felicidad.

Una semana más tarde, Árbol de Fuego deambulaba por un camino de Silesia vestido con su cogulla de fraile. Había escondido su dinero en el bosque, en tres lugares diferentes, y había hecho algunas marcas en los árboles para poder encontrarlo. Ahora se dedicaba a ir de pueblo en pueblo, de caserío en caserío, y en su saco de mendigo llevaba un pan y algunas cebollas, tres manzanas verdes, un trozo de queso y un mechón de cabellos envuelto en un trapo que mostraba como si fuera una reliquia.

Y mientras avanzaba por el camino tragando polvo, escuchó tras de sí el trote de un caballo. Al volver la cabeza vio a un correo sueco vestido con una casaca azul con botones de latón, pantalones de ante, cinturón de piel de búfalo y sombrero de plumas. Se apartó y cuando el jinete pasó a su lado le tendió la mano, sin grandes esperanzas de recibir una limosna. Los oficiales del ejército sueco no solían ser generosos con los frailes mendicantes.

Sin embargo, el jinete detuvo su caballo. Esbozó una sonrisa y le lanzó medio florín de Pomerania.

Árbol de Fuego cogió la pequeña moneda de plata. Pero de un salto volvió a incorporarse y miró sorprendido al jinete.

Había reconocido aquella sonrisa burlona. Y esos ojos que brillaban como los de un lobo, aquellas cejas espesas que casi se juntaban en el centro y aquella arruga en la frente. El hombre que tenía ante sí, ¿no sería su antiguo Capitán?

—¿Esto es todo lo que le das a un camarada? —gritó agarrándolo por el brazo—. Te he reconocido en seguida a pesar de la barba. Baja del caballo y, si llevas vino, bebamos…

Al ver que el jinete había dejado de sonreír enmudeció, y de pronto vio que era un extraño el que miraba al hombre de la cogulla, y una voz desconocida le dijo, chapurreando el alemán:

—¿Qué quieres, fraile? ¿No te basta con medio florín? Apártate de mi camino si no quieres que te apalee.

El fraile exclaustrado volvió a mirar el rostro del desconocido, luego alzó las manos desesperado e invocó a Dios como testigo por haber confundido a tan noble y severo señor con otro, no entendía cómo podía haber sucedido. El jinete lo interrumpió:

—¡Deja ya tus *miserables éxcuses!* —le espetó—. No quiero oír ni una palabra más. ¡No te basta con medio florín! ¡Hazte a un lado, bestia inmunda!

El fraile obedeció, se apartó y, un instante más tarde, el jinete lo había dejado atrás. Sólo pudo oír una carcajada burlona que le resultó familiar. Y, con los ojos como platos y la boca abierta, vio alejarse al caballero sueco hasta que desapareció, y con la mano temblorosa se santiguó varias veces, como si acabara de cruzarse con el mismísimo diablo.

TERCERA PARTE

El Caballero Sueco

Una tarde apacible de verano en que el sol brillaba en el cielo despejado, el Caballero Sueco llegó al molino abandonado.

No corría la más leve brisa, no se oía el trinar de los pájaros, sólo los grillos cantaban su canción y las abejas zumbaban y era como si alguien tocara el órgano muy quedo. Un tríbulo se arqueaba entre una verónica, un mastuerzo y un diente de león. Y a lo lejos, sobre los hornos y la forja del Obispo, podía verse una nube de humo negro cernerse sobre un valle de abetos.

El Caballero Sueco la miró y sintió cierto desasosiego, como si presintiera un peligro. Pero arrojó aquel pensamiento lejos de sí moviendo la cabeza antes de que hubiera tomado forma. Luego descendió del caballo y lo ató a un tronco para que pudiera vagar en círculo y pastar.

La puerta y las ventanas de la casa del molinero estaban cerradas y no salía humo de la chimenea. Pensó que seguramente el molinero, a quien en una hora aciaga tomó por un fantasma salido de su tumba, por un alma en pena surgida del purgatorio, estaría recorriendo los caminos a golpe de látigo para traerle a su señor, el Obispo, mercancías procedentes de los más remotos lugares del mundo. Si apareciese en ese momento sobre la colina montado en su carreta, ¿quién iba a temerle?

El Caballero Sueco se sentó en la pradera, entre la alta hierba, y estiró las piernas. Apoyó la espalda en el pozo, cerró los ojos y dejó vagar su imaginación.

Se acordó del día en que, pobre, hambriento, medio helado, había avanzado hacia el molino por la nieve que casi le llegaba hasta los hombros, y de cómo había logrado hacerse con el arcano, del día en que la vida empezó a sonreírle. Ahora estaba allí sentado plácidamente sobre la tierra con plumas en el sombrero y los bolsillos repletos de dinero y Iabranzas de

las que podía enorgullecerse como si fuera un señor de noble cuna. Que viniera ahora el molinero muerto con su boca torcida, el purgatorio no era más que una quimera que sólo existía en la cabeza de los predicadores, eso es lo que le había dicho el Brabanzón, que había recorrido el mundo entero, y conocía cualquier lugar donde hubiera un pedazo de tocino en el fuego, pero ¿qué estruendo era aquél, qué extraño zumbido, como el que debió escucharse en Venecia cuando cayó en manos de los turcos? ¿Qué quería aquella gente? ¿Qué gritos eran aquéllos? Vienen de todas partes, de arriba, de abajo, repitiendo una y otra vez: «¡Corred! ¡Corred! ¡Corred!»

El Caballero Sueco se sobresaltó. ¿Qué clase de gentes eran aquéllas? ¿Qué querían? Miró a su alrededor y no vio a nadie, únicamente su caballo seguía junto a él, arrancando manojos de hierba, brezo y tréboles de la tierra, y no se oía nada, ni gritos ni voces, sólo el zumbido de las abejas que revoloteaban a su alrededor.

Volvió a apoyarse contra el muro del pozo y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Ahí estaba de nuevo el griterío, cientos de voces, unas veces cerca, otras lejos, ora susurrando, ora con un terrible estrépito: «¡Corred! ¡Corred!»

El Caballero Sueco trató de levantarse, pero fue en vano. Algo lo sujetó, algo lo levantó, algo lo llevaba en volandas, cada vez más alto, y a su alrededor crecía y se elevaba de nuevo aquel bramido, aquel retumbar: «¡Corred! ¡Corred! ¡Corred!» Y luego se hizo el silencio.

Entonces vio que estaba en el cielo, entre torres y muros de nubes, y sobre éstos había un resplandor y un fulgor que sus ojos apenas podían soportar. Se tapó la cara con las manos y, mirando entre los dedos, vio tres hombres sentados en unas sillas a las que se accedía por unos peldaños, tres hombres vestidos con unos largos abrigos orlados de piel y zapatos rojos, y reconoció a uno de ellos, al más joven, uno de mirada severa que se encontraba en el centro. Lo había visto retratado

muchas veces, era san Miguel, el guardián de las puertas del cielo. Delante de los tres hombres había un enorme querubín con una espada desenvainada en las manos, y alrededor de ellos se congregaba el séquito celestial, cabeza con cabeza. Habían sido ellos quienes habían gritado: «¡Corred! ¡Corred!» Porque todo el mundo debía asistir al juicio que se iba a celebrar.

—*Votre très humble serviteur* —murmuró el Caballero Sueco y se inclinó agitando el sombrero a la manera de los nobles ante san Miguel, que llevaba la balanza en la mano, y ante sus celestiales acompañantes, para honrarlos como merecían. Pero aquellos tres hombres no le dirigieron ni una mirada. Al apaciguarse el séquito celestial, el ángel de la espada alzó la voz, de modo que todos pudieron oírlo:

—Miguel y conjueces del Tribunal Supremo, yo os pregunto si ha llegado ya el día y la hora de celebrar el juicio.

Y los tres hombres de los largos abrigos respondieron a una:

—Sí, es la hora, el juez supremo así lo ha decidido.

El ángel de la espada miró hacia las resplandecientes alturas.

—¡Señor Juez Omnipotente! —gritó—. ¿El tribunal es el adecuado?

Entonces se oyó, proveniente de las alturas, la voz del juez supremo como un viento de tormenta que atravesara un bosque de encinas.

—¡El tribunal es el adecuado, y quien tenga alguna queja, que hable ahora!

Un murmullo y un rumor de alas se extendió entre el séquito celestial. Luego se hizo el silencio. De pronto el miedo se apoderó del Caballero Sueco.

—¿Qué hago yo aquí? —se preguntó—. ¿Qué he venido a buscar en este lugar? —Confundido, daba tirones a su casaca azul y miraba a su alrededor buscando el modo de escabullirse, cuando de pronto se dio cuenta de que todos los ojos estaban pendientes de él. El ángel de la espada rompió el profundo silencio:

—Si es así, yo acuso —dijo— a aquel hombre, a quien he solicitado comparecer ante el tribunal, de haber sido un ladrón durante muchos años y de haber saqueado las despensas de los campesinos robándoles el pan, las salchichas, los huevos, la manteca y todo lo que tuvieran, de todo ello lo acuso ante el Tribunal de Dios una vez, dos y tres.

—¿No es más que eso? —dijo el hombre del abrigo largo sentado a la derecha de san Miguel—. En la tierra es muy difícil ganarse honradamente un trozo de pan, un huevo y un poco de manteca.

—Su única posesión era su propia sombra, así de pobre era —dijo el que se sentaba a su izquierda. Y san Miguel, el guardián de las puertas del cielo, alzó su rostro severo y habló:

—¿Quién puede reprender al pobre hombre con su blusón de cutí por convertirse en ladrón, cuando los ricos multiplican sus bienes sin respetar ley alguna?

—Dejad que siga su camino, es inocente —se oyó decir al juez desde lo alto con una voz que sonó como música de arpa.

—¡Alabado sea el Señor! —murmuró el Caballero Sueco secándose el sudor de la frente—. Alabado y honrado sea Su Nombre.

Y en ese mismo instante se oyó desde todas las esquinas y desde lo alto un coro de voces:

—¡Alabado sea el Señor! Alabado y honrado sea Su Nombre.

El ángel de la espada no se movió de su sitio. Con el ceño fruncido miraba a san Miguel y a los dos conjueces del tribunal y, cuando se acallaron las voces, volvió a hablar:

—Eso no es todo —dijo—. Acuso a ese mismo hombre de ser un ladrón de iglesias, de haberse dedicado durante un año a robar la plata, los incensarios, las patenas, los cálices y los candelabros, y también los adornos y las arquetas de oro de las iglesias para su propio provecho y bienestar, de esto lo acuso una vez, dos y tres.

—Sí, es cierto que lo he hecho, ¡Dios se apiade de mí! —exclamó casi sin aliento el Caballero Sueco mirando compungido al arcángel.

—¡Dios se apiade de él! —repitió el coro celestial.

Entonces uno de los conjueces tomó la palabra y dijo:

—El oro y la plata son el arma terrible y el medio del que se vale el maligno para tentar a los hombres. Nosotros no tenemos nada que ver con ello, pues no nos pertenecen.

—No nos pertenecen —repitió el segundo—. La culpa la tiene la insensata vanidad de los hombres. Ante los ojos del Altísimo un Avemaria rezada con humildad vale más que todo el lujo de la tierra.

—No nos pertenecen —resolvió el tercero, san Miguel, volviendo los ojos hacia el cielo—. Cuando Él bajó a la tierra no llevó consigo ni oro ni plata, ¿Para qué los quiere?

Y en las alturas celestiales se elevó la voz del Juez supremo:

—Dejad que siga su camino, es inocente.

—No lo sabía —murmuró el Caballero Sueco para sí con un profundo suspiro, mientras a su alrededor retumbaba un *Benedicamus domino*—. Por mi alma que no sabía que aquí arriba se tratara a los pobres pecadores con tanta benevolencia.

Supongo que ese de ahí, el de la espada, es el que se lleva la peor parte, no me gustaría estar en su lugar. ¿Por qué no se va? El asunto está resuelto. ¿A qué espera?

—¡El asunto no está resuelto! —exclamó el ángel de la espada—. Porque ese hombre que veis allí y que murmura para sus adentros, ese hombre, jueces del Tribunal Supremo, tiene en lo más profundo de su ser un alma tan perversa que ha sido capaz de mentir a su compañero de infortunios, al noble sueco, le mintió del modo más abyecto y le engañó pronunciando un falso juramento. ¡Que caiga sobre él la desgracia y la maldición una vez, dos y tres!

Y tras pronunciar el ángel la maldición todos enmudecieron, y luego el primero de los conjueces dijo apenado y consternado:

—Ése es un grave y terrible pecado que debe ser sopesado y ponderado.

—¿Cómo pudo traicionar a su compañero de infortunios? —clamó el segundo—. ¿Es que la luz de Dios había dejado de iluminar su alma?

San Miguel, sin embargo, negó con la cabeza:

—Habláis demasiado, no puede ser cierto —opinó, y tras esto se levantó y dijo:— ¡Acusador! ¿Dónde están tus testigos?

—Sí, es cierto, ¿dónde están tus testigos? —murmuró el caballero, cuyo ánimo se debatía entre el miedo y una loca esperanza—. ¿Dónde piensas encontrarlos, acusador, si no había nadie presente?

—Los testigos están dispuestos a hablar, sólo esperan a que los convoquéis —respondió el ángel de la espada—. Apartaos, pues son numerosos.

Y a una seña suya se retiró el séquito celestial y el círculo formado por los asistentes se abrió. Y el ángel de la espada,

volviéndose hacia las profundidades, gritó:

¡Landas, praderas, pantanos y arenales,

caminos, senderos y trigales,

viento y nieve, matorrales y cenagales,

fuego, agua, seto y portón,

piedra del camino y candil de la casa!

¡Acudid y hablad!

Y entonces acudieron desde las profundidades los mudos testigos, los objetos terrenales, y llegaron tronando, crujiendo, silbando, rechinando, bramando y zumbando, y los jueces celestiales comprendieron su lenguaje. Y sobre aquel fragor se elevó la voz del arcángel:

—Hemos interrogado a los testigos y éstos han hablado. Se le ha imputado el crimen.

—Es culpable —retumbó la voz del juez desde las alturas —. Y mi sentencia es ésta: deberá cargar con su culpa durante el resto de sus días sin que pueda confesar a nadie su pecado más que al aire y a la tierra.

El pavor se apoderó del Caballero Sueco, comenzó a temblar, la desesperación inundó su alma, se apretó las sienes con los puños y un escalofrío de espanto recorrió su cuerpo. Los ángeles celestiales lloraban y gemían a su alrededor, incluso el ángel de la espada se apiadó de él y exclamó, volviéndose hacia lo alto:

—¡Juez Omnipotente! Es un castigo demasiado duro. ¿Es que no hay misericordia para él?

—No hay misericordia para él —respondió la voz de trueno desde las alturas—. Te confío al reo. Responderás de él con tu honor y tu palabra, y vigilarás que se cumpla el castigo.

El ángel de la espada inclinó la cabeza en señal de obediencia.

—Entonces lo llevaré conmigo —dijo—, y lo conduciré hasta la verde pradera…

El Caballero Sueco estiró los brazos y se levantó. Volvió a estirarse, se frotó los ojos y desató su caballo.

«Si no fuera porque lo he soñado», se dijo mientras descendía al trote por la colina, «habría dejado de temer la terrible cólera de Dios. Lo único que quiere es que oculte mi vida anterior, y eso mismo es lo que yo deseo. ¡Sería un estúpido si le fuera contando a todo el que se cruzara en mi camino quién soy y lo que he hecho! El Gran Juicio, eso es otra cosa, ahí hay un fragor de trompetas que le aturde a uno la cabeza, y yo ni siquiera he oído el garlido de una gaita, todo esto no ha sido más que un espejismo, un sueño.»

Le pareció muy extraño, casi incomprensible, que durante el sueño le hubiera asaltado una desesperación tan grande por no poder confiarle a nadie lo que había hecho en su anterior vida. No lograba entenderlo, pero tampoco podía detenerse a meditar en ello. Porque ahora había otro asunto que le preocupaba y le oprimía el corazón.

Mientras cabalgaba bordeando los campos pudo ver cómo habían madurado el trigo y la cebada, cómo colgaba el magnífico fruto de las espigas, porque habían esperado a que llegara el buen tiempo y habían sembrado en el momento preciso, y en todas partes se veía a los criados afanarse en su trabajo. Tras el segador venía el gavillero, y tras éste el atador, y tras el atador el hacinador.

«Aquí se nota que hay un amo con mano dura», se dijo el Caballero Sueco, y sintió una punzada en el corazón. «Las cosas han cambiado desde la última vez que estuve aquí. Me parece que llego demasiado tarde. La joven *demoiselle* ha sido desposada y hay un nuevo amo en la hacienda que sabe lo que

le conviene a la tierra. Mi felicidad ha llegado a su fin antes de haber empezado.»

Pero a medida que avanzaba y cuando ya sus ojos alcanzaron a ver el pueblo con sus tejados de paja y, tras los arces, el tejado de pizarra de la casa señorial, comprobó que aquellos campos seguían en un estado lamentable, con mucha maleza entre los tallos: bromo, veza, pico de cigüeña y raspilla; y que de las espigas pendían unas bolas negras y polvorientas en lugar de grano: habían sembrado a destiempo mala simiente en suelo mal abonado.

El Caballero Sueco se irguió sobre la silla y picó espuelas.

—¡No! —exclamó lleno de júbilo—. No se ha desposado. No hay un nuevo amo en la casa. Ha perdido tanto dinero que ha tenido que vender los campos y los prados al vecino. Sólo ha podido conservar el terreno que rodea la casa, no mucho. Alabado sea el cielo, llego a tiempo.

El corazón le latía como un caballo desbocado ahora que iba a verla de nuevo. Al llegar al jardín se detuvo y esperó, y al verla correr por el sendero de grava con sus zapatitos de tafilete rojo olvidó las corteses palabras que tenía preparadas, sólo era capaz de pensar que su sueño y su quimera se hacían ahora realidad, y que aquella hora determinaría su destino para siempre. Y por primera vez se apoderó de él el temor, produciéndole escalofríos, de que pudiera reconocerlo. «Infeliz, ¿de dónde vienes?», sus palabras retumbaron en su oído. «¡Baja de prisa a la cocina y que la moza te sirva un plato de sopa con un trozo de pan!»

Se armó de valor y se dirigió hacia ella con el sombrero bajo el brazo, hizo una reverencia y se detuvo. Había llegado el momento de hablar, pero no se sentía capaz de pronunciar una sola palabra y fue ella quien habló primero:

—Su Señoría sabrá disculparme por haberlo hecho esperar. Me acaban de anunciar que un caballero extranjero ha venido

a visitarme. Me había aumentado de la casa para ahuyentar a las gallinas que habían entrado en el jardín, donde causan muchos destrozos.

Sí, aquélla era la voz que un día lo libró de la horca. El Caballero Sueco estaba como hechizado y solo era capaz de mirar y escuchar. Era hermosa como el sol, el mismo diablo debía envidiar semejante belleza.

Ella continuó:

—Seguramente no es lo más correcto que Su Señoría se presente a sí mismo, pero *Monsieur, je ne tiens pas à l'étiquette*.

—¿Puede repetírmelo la *demoiselle* —le rogó el Caballero Sueco, como si acabara de despertar de un sueño—. Entiendo el francés sólo a medias, no tuve un buen preceptor en mi juventud y me resulta más fácil hablarlo que entenderlo.

La muchacha miró sorprendida a aquel caballero que confesaba con tal franqueza no ser muy ducho en francés. No daba la impresión de querer pasar por un caballero *à la mode*.

—¿Su Señoría es un oficial? —preguntó.

—Sí, eso es lo que soy, oficial de la corona sueca, para servir a Dios y a las gentes de bien —dijo el Caballero Sueco golpeando su espada.

—¿Y venís de muy lejos?

—Directamente de la caballería de Su Majestad, he participado también, dicho sea con modestia, en varias batallas, pero ahora he decidido retirarme.

—¿Y qué se le ofrece a Su Señoría? —preguntó la muchacha, que no acertaba a explicarse el motivo de la visita de aquel oficial extranjero.

—Al pasar por aquí no he querido perder la ocasión de presentarle mis respetos a la *demoiselle* —respondió el

Caballero Sueco.

—Y yo se lo agradezco a Su Señoría —dijo la *demoiselle* confundida, bajando los ojos y mirando sus zapatos.

Así permanecieron durante unos instantes, sin saber qué decirse. Desde el jardín de la casa les llegaba el aroma de los nardos, de los claveles y los jazmines. A su alrededor reinaba un profundo silencio, a excepción del chirrido de un pozo que sonaba a lo lejos.

—No es la primera vez que vengo a esta casa —comenzó el Caballero Sueco con voz insegura.

—Ah, sí —dijo, tras reflexionar un instante, la muchacha —, antes de que muriera mi padre siempre teníamos invitados en la casa, también venían muchos oficiales. Ahora ya no es lo mismo.

—Me ha apenado saber —le aseguró el Caballero Sueco— que la *demoiselle* ha perdido a su señor padre. Con frecuencia me acuerdo de él, era mi padrino.

—¿El padrino de Vuestra Merced? ¿Mi padre? —exclamó la muchacha sorprendida.

—Sí. Y también conservo un anillo que me entregó la *demoiselle*, lo guardo como un tesoro —continuó el Caballero Sueco.

La muchacha estaba pálida como una muerta.

Se acercó la mano al corazón y respiró hondo, y luego susurró con un hilo de voz:

—Le ruego a Su Señoría por lo más sagrado que me diga quién es.

—Esperaba que la *demoiselle* me reconociera —respondió el Caballero Sueco atropelladamente y en voz muy baja, pues el miedo le oprimía el pecho—. Si la *demoiselle* quisiera

acordarse de cómo rodamos montaña abajo, al volcar el trineo tras la desbandada de los caballos…

Un grito cortó el aire y la tierna niña se echó en sus brazos, estremecida por los sollozos, temblándole todo el cuerpo. Llena de júbilo y de pena gritó:

—¡Christian!

—Sí, soy yo —dijo el Caballero Sueco, y en ese momento sintió que realmente era aquel Christian von Tornefeld, a quien había enviado al infierno del Obispo, y con infinita ternura acarició sus cabellos y sus labios pronunciaron el nombre que había escuchado una única vez y que nunca antes se había atrevido a pronunciar—, Maria Agneta —exclamó, y ella alzó hacia el suyo su rostro radiante de felicidad bañado por las lágrimas.

Al verse paseando con ella cogidos de la mano y en amorosa conversación, con muchos «te acuerdas todavía» y «has pensado alguna vez», por el sendero de grava y entre las avenidas, sintió un deseo irrefrenable de abrazar el cielo y la tierra y le pareció como si hubiera salido del marasmo de su vida anterior para llegar a un prado florido lleno de sol.

Se detuvo junto a un banco cubierto de musgo sobre el que reposaba la mirada de una ninfa de arenisca desgastada por el tiempo que sonreía tímida y melancólica, y contempló pensativo los pedazos de un fauno con pata de cabra dispersos sobre la hierba. Maria Agneta apoyó la cabeza en su hombro y apretó su mano.

—Sí —susurró—. Claro que te acuerdas. Fue aquí donde yace el dios pagano entre la hierba.

—Sí, aquí fue —repitió el Caballero Sueco sin saber qué era lo que había ocurrido en aquel lugar, y sus ojos se deslizaron inquietos desde la cabeza con cuernos del fauno hasta el banco y la ninfa.

—Aquí juramos —prosiguió Maria Agneta— que la llama de nuestro amor jamás se apagaría. Y tú, Christian, dijiste: No te olvidaré, como nunca olvidaré a Dios.

—Sí, ésas fueron mis palabras —dijo el Caballero Sueco con voz firme.

—Durante los amargos días de la muerte de mi padre —dijo ella, mientras seguían caminando—, fueron mi único consuelo y mi esperanza. Doy gracias a Dios con toda mi alma por tu regreso. He tenido que esperarte mucho tiempo, Christian.

—Han sido tiempos difíciles, también para mí —le aseguró el Caballero Sueco—. He recorrido una larga ruta, he tragado el polvo de los caminos y he tenido que dormir tras vallas y setos, bajo la nieve y la lluvia. Pero todo eso pertenece al pasado.

—Si llegas a venir un poco más tarde no me hubieras encontrado aquí —dijo ella—. Debo marcharme y ganarme el pan en algún lugar del mundo fregando y cuidando niños.

—¿Fregando y cuidando niños? ¿Una dama de tan noble cuna? —preguntó sorprendido y casi ofendido el Caballero Sueco.

—Sí, o acarreando el lino o el lienzo a los hogares. No puedo permanecer en esta casa.

—¿Y por qué razón —le preguntó él— no puede quedarse *ma cousine* en esta casa?

—Soy pobre, no tengo ya bien alguno —respondió ella—. El señor von Saltza, mi padrino, es ahora el dueño de todo: el techo que me cobija, la cama en la que duermo. Los pagarés están en su poder. ¡Quiere que me case con él, Christian! ¿Dónde están las pecas que tenías en la cara? Ya sé por qué no te reconocí apenas te vi.

—Me parece que conozco a ese señor von Saltza —dijo el Caballero Sueco, ante cuyos ojos se alzó la imagen del hombre de la barba de chivo para desaparecer un instante después—. ¿Y *ma cousine* no quiere desposarlo?

—¿Cómo puedes preguntarme semejante cosa? —dijo ella con un ligero reproche en la voz—. Prefiero dormir sobre el heno como una campesina antes que yacer con mi señor padrino sobre plumas de cisne.

—¡Mi bien amada! —exclamó el Caballero Sueco lleno de alegría estrechando en sus manos las de ella—. Ya no habrás de temer a ese señor von Saltza ni sus pagarés. Que los traiga, tenemos dinero. ¿A cuánto ascienden las deudas?

—No lo sé —dijo la muchacha—. El administrador debe de haberlo apuntado. He tenido que vender las tierras, los prados y el estanque, ni siquiera sé cómo ha podido suceder. Nunca había dinero en la casa.

—¿Y cómo iba a ser de otro modo? —dijo el Caballero Sueco riéndose de un modo tan desaforado que la muchacha se sobresaltó—. En esta hacienda no hay ni una sola persona honrada, ¿lo sabe *ma cousine*? El administrador, el contable, el mayoral, no son más que un atajo de bandidos, ¿lo sabe *ma cousine*? Y por eso tampoco son capaces de poner orden entre los criados, aquí cada cual hace lo que se le antoja, ¿lo sabe *ma cousine*?

—Y tú, ¿cómo es que lo sabes tú, Christian? —preguntó Maria Agneta.

—Ayer, *chemin faisant*, le eché un vistazo a las tierras y vi que estaban en un estado lamentable —le informó el Caballero Sueco—. Y esta mañana, temprano, mientras *ma cousine* aún dormía, he inspeccionado la casa. Y he visto muchas cosas. El contable tiene cuatro vacas que alimenta con vuestra segunda hierba, ¿lo sabe *ma cousine*? El mozo de cuadra y el boyero se desayunan con una tortilla, tocino frito y cuajada, cuando lo

que les corresponde es sopa, guisantes y berzas o nabos. Los segadores se llevan al campo uno, una libra de queso; otro, dos docenas y media de huevos o un pato para venderlo luego en el pueblo. Al administrador no le queda otro remedio que hacer la vista gorda, pues todo el mundo en esta casa sabe que él mismo es un ladrón. Y *ma cousine* pone a un hombre semejante al frente de la hacienda y encima le paga por ello un ducado tras otro.

—No sabía que sucedieran esas cosas —dijo la muchacha, abatida—. Mi tutor, el señor von Tschirnhaus, lo conoce desde que era niño y me asegura que es un hombre honrado.

—*Sans doute* —dijo el Caballero Sueco soltando una carcajada—. Fue honrado en la cuna, pero de entonces acá ha dejado de serlo. Y eso no es todo. Los graneros y las cuadras, ¡están llenos de agujeros! Por ahí entra la lluvia que pudre el forraje y hace que enfermen los animales. A estas alturas se debería haber sembrado ya el mijo y las hortalizas, se debería haber cortado ya la hierba y preparado la paja, pero nada de eso se ha hecho. ¿Lo sabe *ma cousine*?

—Christian, deberías hablar con la gente —le rogó la muchacha—, y decirles que deseas que se haga de otro modo.

Pero el Caballero Sueco rechazó su propuesta moviendo la mano.

—Hablar no sirve nada más que para desgañitarse uno —afirmó—. A éstos les voy a zurrar yo la badana para que se amansen y se vuelvan honrados. Con la caña de Indias en la mano voy a poner orden en esta casa. ¡Eh, tú, muchacho! ¿Es que no te han enseñado a saludar a las gentes de bien?

Con estas palabras se dirigió a un criado que se disponía a pasar a su lado y que, al oírlo, se quitó el grasiento bonete de la cabeza haciendo una mocha.

—¡Corre a buscar al administrador! —le ordenó el Caballero Sueco—. Y cuando lo encuentres, dile que Su

Ilustre Señoría desea que acuda con los libros a rendirle cuentas. Que me espere arriba, en el refectorio de los señores.

El Caballero Sueco no regresó hasta pasadas dos horas. Al verlo, Maria Agneta corrió a su encuentro.

—Nunca en mi vida he tenido que enfrentarme a un trabajo tan duro como éste —le dijo, pasándose la mano por la frente—. Prefiero tener que galopar durante diez horas bajo la lluvia y el viento antes que repetirlo. El administrador ha arruinado con su pluma tal cantidad de papel que bastaría para proveer durante dos años a todos los queseros de todo el Sacro Imperio Romano. Pero que se reservaba la quinta parte de toda la lana y la cuarta de la leche que se ordeña cada día, eso no lo había apuntado en los libros. Con el permiso de *ma cousine*, lo he mandado al diablo. Ha desaparecido para siempre.

—Estoy de acuerdo con todo lo que decidas —dijo Maria Agneta.

—Cuando haya pagado todas las deudas —continuó el Caballero Sueco—, aún me sobrará un poco para pagarle al cura el cortejo nupcial y la boda, lo que pidan los músicos, el traje de novia y el almuerzo de los vecinos al día siguiente, si *ma cousine* también está de acuerdo.

—¡Christian! —dijo la muchacha en voz baja—. Todo este tiempo te he estado esperando, he estado esperando este momento. Y ahora que ha llegado me entrego a ti, siempre te he amado, durante toda mi vida no te he amado más que a ti.

—Más que a mí —repitió el Caballero Sueco. Agachó la cabeza y durante unos instantes pensó, sin quererlo, en el otro, en el perdido, a quien por causa de este amor había despojado de su nombre, su libertad y su honor.

Luego continuó hablando:

—*Ma cousine* no encontrará en este mundo de Dios a ningún otro que la ame como yo la amo, ésa es la verdad, y

que Dios me ayude.

—Lo sé, Christian —dijo Maria Agneta con una sonrisa.

—Pero todavía tengo que decirle una cosa a mi adorada prometida —prosiguió el Caballero Sueco—, y es que tendré que trabajar muy duramente y que durante largo tiempo habremos de compartir con los criados el pan negro de avena.

—Comeré contigo el negro pan de avena, Christian —dijo Maria Agneta—. Y daré gracias a Dios eternamente por haberme colmado de dicha.

Una noche, dos meses antes de dar a luz, Maria Agneta se despertó a medianoche y no pudo volver a conciliar el sueño. Sentía al niño moverse en su vientre. Si era niña la llamarian Maria Christine, y sabía que sería una niña, ya la había visto en sueños corriendo por el caserío con su vestidito blanco de satén y con un gorrito blanco y negro en la cabeza, y veía también cómo se reían los criados y las mozas al verla enredarse con el vestidito y caerse, y acudían a ayudarla, y los gansos y las cabras se reían con ellos. Mientras pensaba todo esto con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios, recordó lo que había sucedido un año atrás. Hace un año, se dijo, las arcas estaban vacías, no tenía ni lino ni sábanas. En cambio ahora, desde que un amo gobernaba la casa, todo estaba en orden, y sintió que su felicidad descansaba sobre suelo firme y que debía agradecérselo a Dios, el dispensador de todo lo bueno. Amaba a su marido con locura y, cuando éste se ausentaba para ocuparse de las tierras, la espera se le hacía intolerable, y cuando por la noche sentía sus pasos en la escalera, la sangre le zumbaba en los oídos de la alegría de volver a verlo. Ahora se encontraba a su lado, durmiendo. Se incorporó un poco para oírlo. Respiraba tranquilo. Algunas noches, sin embargo, le asaltaban extraños sueños, y gemía y agitaba los brazos con violencia: probablemente estaba luchando en el ejército sueco junto a su rey.

Las gentes de la aldea y también los nobles vecinos le llamaban el «Caballero Sueco», pues siempre se vestía con la casaca sueca de color azul que había llevado el día en que llegó a la casa por primera vez. Las gentes decían con sorna que no le gustaba exponerse al sol, para que no se vieran los remiendos de su vieja casaca. Ahorraba en todo, pues quería guardar el dinero para el festín del bautizo. Sin embargo, a escondidas y a medio florín la vara, Maria Agneta le había comprado un trozo de terciopelo azul a un judío que se dirigía desde Polonia a la feria de Leipzig, para hacerle una casaca nueva. Pero temía confesárselo. Un día ella le dijo que un caballero debía vestir con dignidad, y él le había respondido, interrumpiéndola: «Cualquier carpintero, cualquier tonelero se pasea hoy vestido de terciopelo y seda, por eso un caballero debe llevar un blusón de cutí, como los campesinos, para darles en las narices.»

En la aldea se comentaba: «¿Qué clase de caballero es éste? Si se trata de vender un potro, un ternero o un carnero, no hay nadie que lo aventaje en el regateo, por un simple cruzado es capaz de pelearse con el hombre más pobre, ¿qué hay de su honor de caballero?». Cuando esto llegó a sus oídos, el Caballero Sueco se rió. «¿Para qué quiero yo ese honor? ¿Acaso el honor me va a engordar las vacas y los cerdos?». Sin embargo, era un oficial y un caballero *sans reproche*, cada día le hacía una nueva *déclaration d'amour*, y a ella le agradaba oír cómo la llamaba mi alma, mi ángel querido, mi mayor tesoro. Sin duda ya no era el galán *à la mode* de antaño, ahora debía trabajar duramente para que pudieran comer y beber a su gusto. No tenía tiempo para comer con ella, su adorada, a mediodía, y se conformaba con un plato de gachas que le servían en la estancia de los criados. Durante el día no podía distraerse ni un instante y unas veces estaba aquí, y luego allá, y con frecuencia decía: «El señor de la casa debe conocer cada brizna de paja que llega al pesebre y cada astilla que pasa por la maderería.»

Ella deseaba poder ayudar a su Christian de alguna manera, pero no le resultaba fácil retener todo lo que le había enseñado. Sabía qué cantidad de madera y de desbrozo debía traerse diariamente a la casa, cuántos cuartillos de cerveza hacían falta el domingo, cuándo debían recibir carne los criados, y cuándo mijo, sopas de leche, gachas o albóndigas, y sabía que las albóndigas debían hacerse con harina de centeno y harina de cebada mezcladas por partes iguales. Sabía muchas más cosas y se las repetía a sí misma para distraerse, tal y como se las había oído decir a su Christian.

«El tabernero del pueblo recibirá todos los meses dos pares de gallinas y sesenta huevos, a cambio de ello su mujer deberá tejer un lienzo para sus amos. Cuando era niño hicieron en mi pueblo una representación con los tres Reyes Magos, y el tabernero hacía de Baltasar, pero entre tanto debía vestirse de pastor y tocar la gaita, hacía de pastor negro, ¡lo que me reí yo con aquello! No conseguía quitarse el hollín de la cara. Al molinero se lo dispensa de servir, pero deberá cebar cuatro cerdos cada año. El herrero del pueblo recibirá once florines para el hierro y ocho fanegas de grano por cuidar de los aperos de labor, tiene un niño de nueve años que le ayuda con el fuelle. Los árboles de la vega nos pertenecen, el molinero no tiene ningún derecho sobre ellos, son olmos y encinas, y la encina, dice Christian, es un buen árbol, de él se pueden sacar jamones y salchichas. Las mujeres del pueblo deben trabajar en casa a cambio de un cruzado diario más la comida. Una oveja da en una esquilada una libra y cuarto de lana, un carnero da una y media. Mañana —no debo olvidarlo— debo decirle al pastor que guarde sus gallinas en su casa y no en la cuadra de las ovejas. Una oveja da en una esquilada… pero ¿por qué no se ve la luna? Seguramente hay niebla otra vez. Las nieblas de marzo no son buenas, dice Christian; a los cien días traen granizo. Ya es la una. Hace tiempo que no estoy despierta tan tarde. A la una de la madrugada fue cuando llevaron a Nuestro Señor Jesucristo ante Pilatos. Y Pedro se

quedó en el patio, calentándose las manos con la lumbre. ¡Qué frío tengo!»

Se tapó los hombros con la manta y, mientras permanecía así, tumbada y esperando que le sobreviniera el sueño, se apoderaron de ella de pronto una tristeza y un miedo terribles, le pareció estar sola en la habitación y que su Christian se hallaba muy lejos de ella y sufriendo terriblemente, veía alzarse las llamas a su alrededor, y él gritaba pidiendo auxilio, y vio su rostro con tal viveza que quiso gritar ella también, presa de miedo y desesperación, aunque sabía que él estaba a su lado y dormía apaciblemente. Y sin embargo todo su ser vibraba en una queja, como si le hubiera perdido. «¿Qué es esto?», se preguntó, turbada. «La melancolía se ha apoderado de mí, ¿por qué? ¿por qué? Si está aquí, a mi lado. No, está muy lejos de aquí y pide auxilio, y nadie lo escucha. Que Dios me perdone, no es verdad lo que digo, no debería decirlo, no es justo. ¿Qué es lo que me sucede? ¿De dónde me viene este miedo?»

Se levantó de la cama, arrimó la candela con el pulso temblándole y encendió la mecha de la lámpara de cobre dejando que la incierta luz cayera sobre el rostro del hombre que dormía a su lado. Lo miró, miró cómo dormía con las manos cruzadas sobre el pecho, y no logró ahuyentar aquel temor. Le pareció ver en aquel rostro inmóvil algo que le resultaba ajeno, algo que nunca antes había visto, algo que pertenecía a otro mundo, pero no era capaz de decir qué era.

Un escalofrío recorrió su cuerpo y se echó a llorar desconsoladamente.

«No se ha ido», dijo una voz en su interior. «Está aquí, a mi lado. Pero, que Dios me perdone, por un instante pensé que era un extraño el que yacía a mi lado. ¿Cómo ha podido suceder, cómo se me ha podido ocurrir semejante idea? ¿Y por qué siento esta necesidad de llorar ahora que lo he visto? ¿Por qué? ¿Por qué?»

Volvió a mirarlo queriendo encontrar en su rostro consuelo y sosiego, pero cuanto más lo miraba, mayor era el dolor que atormentaba su corazón.

Y entonces, en medio de aquel terrible sufrimiento, se le ocurrió de pronto una idea. Recordó que una doncella que habían tenido en la casa, Margret, le había enseñado a hablar con los que duermen. «Dibuja sobre él la señal de la sagrada cruz», había dicho Margret, «y coge su pulgar izquierdo, así tendrás poder sobre él. Luego llámalo en nombre del Señor, pregúntale lo que deseas saber, y te dirá la verdad.»

—No es más que un juego —susurró—. Soy una tonta, perdóname, Christian. Lo hago sólo para comprobar que es mentira, y porque da la casualidad de que tú duermes y yo estoy despierta. Ella, Margret, me contó muchas cosas antes de escaparse con aquel soldado. También me contó que si uno se frota los párpados con sangre de murciélago puede ver al diablo cabalgar por los aires, y no es verdad, hubo uno que lo probó y no vio nada. Lo hago también por pasar el rato, perdóname, Christian, pero no encuentro sosiego ni recobro el sueño, y la noche es tan larga.

Dibujó apresuradamente la señal de la cruz sobre su frente y apretó el pulgar de su mano izquierda. Entonces le preguntó, balbuciendo:

—¿Quién eres? ¡Dime quién eres! ¡En nombre de Dios todopoderoso, responde!

En ese momento el rostro del durmiente empalideció súbitamente y su respiración se hizo tan pesada como si lo hubieran enterrado bajo un montón de piedras. Y al verlo tratar de pronunciar las palabras con la boca pero permanecer callado apretando los dientes, le pareció como si hubiera dos hombres luchando en su interior, uno que deseaba hablar y confesarse, y otro que se negaba y conseguía vencer. Sólo

pudo escuchar un gemido que provenía del pecho del durmiente.

—¡En nombre de Dios todopoderoso! —exclamó desesperada. Le volvió la espalda para no continuar viendo el rostro de aquel desconocido—. Si no eres mi Christian, ¿por qué has venido y por qué has dicho que me amabas?

Durante un instante reinó el silencio más absoluto y luego se oyó la respuesta, pesada y lentamente, como surgiendo de un sueño:

—En el nombre de Dios, he venido porque te amo desde siempre. Te amo desde el primer instante en que mis ojos te contemplaron.

—¡Christian! —exclamó ella, llena de júbilo, porque quién sino él podría hablar del pasado. Lo miró y entonces él abrió los ojos y se llevó la mano a la frente. Al incorporarse aún medio adormilado y reconocerla, su rostro le resultó de nuevo familiar y su miedo y sus dudas desaparecieron del mismo modo que desaparece en un instante la confusión que el sueño crea en el ánimo del que se despierta.

—Mi ángel —le oyó decir—. Has estado llorando. ¿Qué ha ocurrido?

—No es nada —susurró ella—. Nada, querido, no ha sido nada. He estado llorando no sé por qué, ya ha pasado. Sabes, hay veces en que uno es tan feliz que tiene que llorar.

—¡Duerme, mi vida! —le dijo él—. Aún es temprano, debes dormir.

Casi dormida, pronunció un débil «Sí», el cansancio se había apoderado de ella. Él se zafó de su abrazo y le arregló la almohada. Ella se recostó y, al apagarse la luz, su mano buscó por última vez la de él, y luego cerró los ojos.

Ésa fue la única vez en que la verdadera imagen del amor de su infancia se alzó en su alma. A partir de aquella noche, se

fundió con la imagen del hombre con el que se había casado, para no regresar nunca más.

El miércoles que siguió a la celebración del Éxodo, al cruzar la plaza del pueblo para llevarle una libra de pan a la anciana esposa del correo que ya no podía valerse por sí misma, le sobrevinieron los dolores del parto. Sólo tuvo el tiempo suficiente de regresar a su casa y arreglarse el pelo.

A él tuvieron que salir a buscarlo al campo. Cuando llegó galopando al caserío alguien le anunció a gritos que había sido una niña.

Todos los nobles del lugar acudieron a caballo o montados en sus calesas al festín del bautizo: los Üchtritz, los Dobschütz, los Rottkirchs, los Bafron, los Bibran; desde Bohemia llegaron los Nostitz, y desde el principado de Sajonia, los señores de Tschirnhaus.

Por la tarde la casa rebosaba de invitados. Las damas se instalaron en una de las estancias de abajo y se les ofrecieron confituras, pasteles y aguardiente de comino. Acompañaba a la puérpera Barbara von Dobschütz, una dama de cierta edad y nariz respingona que sólo sabía hablar de su devoción, de Dios y de cosas sagradas, pero de una forma muy particular. Hablaba de Dios con el mismo tono que utilizaba para reprender a sus criados.

—Con frecuencia no me da tiempo de hacer todo lo que debo, querida mía —se lamentó—. El domingo escuchar el sermón, cada semana un día de oración y penitencia. Repartir limosnas, visitar a le enfermos, todas las tardes un rato de lectura, este año ya me he leído tres veces *El jardín del paraíso* y *La corona celestial* desde el principio hasta el final. *Nom de Dieu*, una hace lo que puede para dar contento al Señor. Pero a veces Él tiene una forma muy curiosa de tratar a los suyos, si lo sabré yo. Le he rogado con toda mi alma…

El Caballero Sueco había entrado en la habitación y se había acercado a la cama sin hacer ruido. Puso la mano sobre la pequeña toca de encaje que ocultaba los rizos castaños de Maria Agneta y le dijo en voz muy baja:

—Mi adorado angelito, vengo a verte y a ver a mi corazoncito. Estás muy delgada, pero tan hermosa como un día de verano.

—… que me ahorrara este año los dolores reumáticos —continuó la Dobschütz—. ¿Y de qué me ha servido? En lugar de reuma ahora tengo jaquecas. Querida, ¡no sabes lo que he sufrido…!

El Caballero Sueco se inclinó sobre la cuna.

—Alma querida que el señor me ha enviado —susurró—. Ha cerrado las manitas, está durmiendo.

Y, tal y como había venido, se fue sigiloso de la estancia, cerrando la puerta tras de sí.

—Si hace lo mismo con los demás —suspiró la Dobschütz continuando con su perorata acerca de Dios—, entonces no me extrañaría que dentro de poco estén todas las iglesias vacías.

Los caballeros se encontraban en el refectorio principal sentados alrededor de una mesa con sendas jarras de vino, botellas de rosoglio, bíter español y aguardiente de Danzig.

El Caballero Sueco se había retirado al vano de una ventana con Melchior Bafron, que pasaba por ser el mejor agricultor de toda Silesia. Entablaron conversación sobre la calidad de los suelos, los beneficios que podían obtenerse de los prados, los intereses de la hierba, la cría de terneros y sobre lo difícil que era, en los tiempos que corrían, sacar provecho del engorde de los cerdos.

—Yo siempre he preferido criar novillos —dijo Melchior Bafron—. El cerdo no da ningún provecho, no se puede esperar nada de él hasta que no llega al tajo del carnicero. Y,

en cambio, ¡considere mi señor hermano las ventajas de la vaca…!

El señor de la casa no estaba de acuerdo con él en aquel punto.

—Cualquier animal es malo si no se lo cuida como es debido —opinó—. Doce celemines de grano y no del mejor, y doce semanas de espera no se las puede uno ahorrar para el cerdo. Y después de eso lo que gano con el tocino constituye una partida nada despreciable que añado a mis ingresos.

Los señores que departían en la mesa habían comenzado entretanto a comentar los tiempos que corrían, los avatares de la guerra y la proximidad del enemigo. Se decía que el joven rey de los suecos, que se encontraba en Polonia con su ejército, tenía la intención de atravesar Silesia y llevar el frente al otro lado, al principado de Sajonia.

—De modo que pronto llegarán la carestía y la peste a nuestra tierra —suspiró el barón von Bibran—. El paso de un ejército extranjero siempre trae consigo ese tipo de desgracias.

—Para nosotros no supondría una desgracia que subieran los precios del ganado y del grano —intervino el señor von Dobschütz—. El rey sueco siempre ha sido generoso.

—Sí, siempre es generoso con las palabras del Evangelio —se burló el viejo Tschirnhaus.

—Aunque Polonia y el principado de Sajonia aunen sus fuerzas —exclamó el joven Hans Üchtritz con entusiasmo alzando su copa—, no podrán detener el avance del León del Norte. Del mismo modo en que ha obligado al rey de los daneses a firmar un acuerdo, el Príncipe Elector sajón deberá hincar la rodilla ante él.

—¡A tu salud, Hans! —retumbó la bronca voz del señor von Nostitz, cuñado de Hans Üchtritz—. ¡Te deseo larga vida, Hans! Pero yo te aseguro: si yo fuera rey de Polonia, preferiría

tener al diablo de vecino antes que a Carlos el sueco. Porque al diablo al menos puedo ahuyentarlo con la señal de la cruz.

—¡Calla! —silbó desde el otro extremo de la mesa su primo, Georg von Rottkirch—. ¿Olvidas quién es dueño de esa casa? Es sueco de nacimiento y defenderá la causa de su rey. ¿Acaso buscas pelea?

—No he dicho nada ofensivo —se retractó el señor von Nostitz, que no era hombre pendenciero—. Digo que al diablo se lo ahuyenta con la cruz, pero al mal vecino no. No he dicho nada más que eso. No busco pelea.

—A nuestra casa, donde los correos suelen cambiar los caballos —refirió el joven Tschirnhaus—, llegan a veces noticias. Se rumorea que el rey sueco va a imponer a la nobleza el doble vasallaje y que quiere obligar a los campesinos a que le entreguen su séptimo varón. Se dice que quiere llevar la guerra hasta los samoyedos, que viven bajo la nieve, más allá de Moscú.

—Continuará con la guerra mientras haya gente dispuesta a ir a la guerra —dijo el barón von Bibran.

—Yo lo considero el héroe evangélico, un milagro viviente y un ejemplo para el futuro —exclamó el joven Üchtritz, alterado por el vino, con tanta violencia que la araña que colgaba sobre la mesa comenzó a temblar—. Alzo mi copa por la victoria del rey sueco y porque su gloria dure eternamente.

Los señores le miraron disgustados, ninguno de ellos estaba dispuesto a secundar su brindis, y sólo por respeto al dueño de la casa alzaron sus copas. De pronto la voz del Caballero Sueco cortó el silencio en que se hallaba sumida la sala, dirigiéndose a Bafron:

—Contra los cólicos yo les doy a los lechones ladrillo machacado con un poco de aceite.

El joven Üchtritz volvió a depositar su vaso sobre la mesa sin decir palabra. El señor von Nostitz se dejó caer sobre la silla prorrumpiendo en una carcajada tal que estuvo a punto de perder su peluca. En ese momento se abrió la puerta de la sala y uno de los criados a los que habían enfundado en librea anunció a un invitado que llegaba con retraso, el barón von Lilgenau.

Los caballeros se levantaron y rodearon al recién llegado. Al principio no se oyó más que un confuso parloteo. Luego, la voz de bajo del señor von Nostitz se elevó sobre las demás:

—¡Hans Georg! ¡Hermano! ¿Qué haces aquí? ¡Hace más de un año que no te veo!

El Caballero Sueco se había levantado.

—No me había enterado ni de lo del noviazgo ni de la boda —le oyó decir al recién llegado—. Y, al pasar cerca de aquí, le oí gritar a uno que se celebraba un bautizo en esta casa. Así que me bajé del caballo y subí la escalera. ¿Tornefeld? Tengo que verlo. Creo que conocí a su padre.

Al Caballero Sueco le pareció sentir una mano helada posándose sobre su corazón. Todo daba vueltas a su alrededor, las paredes, los hombres, las jarras de vino, la mesa. Y, como en un sueño, oyó la voz del señor von Nostitz:

—Señor von Tornefeld, aquí le traigo a Hans Georg Lilgenau, Capitán de dragones. Es amigo mío y está deseando conocerlo. Está emparentado con los Lilgenau de Mankerwitz.

—Sea bienvenida Su Señoría —murmuró el Caballero Sueco. El suelo se balanceaba bajo sus pies, los vasos bailaban, la araña se mecía. Hizo acopio de toda su entereza y se mantuvo muy erguido. En aquel instante no pensaba más que en Maria Agneta, que descansaba en su habitación. Terminado. Todo había terminado.

Por segunda vez en su vida se enfrentaba al barón Maléfico en aquella casa.

—Yo conocí a vuestro señor padre, el coronel —la voz de su mortal enemigo llegó hasta sus oídos—. En la batalla de Saverne tuve el honor de luchar bajo sus órdenes.

¿Saverne? ¿Sería una trampa? Aquella pregunta lo atravesó como un rayo. ¡Saverne! ¡Saverne! ¿De qué conozco yo ese lugar? En una ocasión, en el molino, el otro había dicho: «¿Qué sabrás tú, hermano, de Saverne y de lo que allí sucedió…?»

—Sí —dijo el Caballero Sueco, y respiró profundamente —. Mi padre me ha contado muchas veces lo que pasó en Saverne y cómo cayeron allí rayos, truenos, gritos y… —¿cuáles habían sido sus palabras?— todos corriendo de un lado a otro. ¡Adelante! ¡Atrás! Formar una y otra vez, atacar de nuevo. En aquella batalla perdió el brazo.

El barón Maléfico lo miró fijamente a la cara durante largo rato.

—Os parecéis tanto a vuestro señor padre que es para echarse a reír —dijo entonces, y la fiesta continuó su curso.

Todos los años, si la cosecha había sido buena, el Caballero Sueco compraba sendas fanegas de tierra a sus vecinos para añadirlas a sus tres yugadas, unas veces tierra de labor, otras algún prado, y cinco años más tarde había logrado recuperar toda la tierra que el antiguo administrador había malvendido en su propio provecho. No se daba a los placeres de la comida ni de la bebida, y jamás permanecía largo rato junto al calor de la chimenea. En cualquier época del año salía al campo antes de que sonaran las primeras campanadas, y vigilaba cómo segaban, cortaban y ataban las gavillas, cómo preparaban el abono y abrían las zanjas para el agua.

Los señores y los criados se alimentaban del fruto de los campos, la crianza se daba bien, la tala engrosaba las arcas de

la casa. En las despensas había todo lo que debe haber en una casa grande; en la cochera había trineos grandes y pequeños, carruajes y calesas; a todas horas había caballos frescos para el postillón, los ordenanzas y los correos que se detenían en la casa, y los vecinos acudían a ver los moruecos españoles que criaba.

Pero a veces, al recorrer al galope los campos y contemplar las tierras que se extendían a un lado y a otro y que le pertenecían, una sombra se cernía sobre su alma como un golpe de viento helado nocturno: era como si todo aquello que consideraba suyo, los campos, los prados y las vegas, los abedules dispersos y el verde fruto de los campos, el arroyo que corría entre los prados, y su casa y la hacienda, y la mujer que amaba, y la hija por quien temía, como si todo aquello no fuera suyo, sino algo que se le hubiera prestado por poco tiempo y tuviera que devolverlo y, cuanto más brillaba el sol sobre él, mayores eran las tinieblas que turbaban su espíritu. Entonces obligaba a su caballo a dar la vuelta y galopaba hacia su casa como perseguido por el diablo. Y cuando en el patio las herraduras de su caballo arrancaban chispas a los guijarros, la niña acudía desde el jardín a saludarlo y detrás de ella Maria Agneta, que la cogía al vuelo y la levantaba para que pudiera abrazarla y besarla desde su montura. Sólo entonces, al abrazar a la niña, un ser de carne y hueso, lograba ahuyentar aquellas sombras de su alma.

A su esposa, a Maria Agneta, la amaba como el primer día; el tiempo no había podido ejercer con ellos su efecto devastador. Pero aún más intenso y atormentado era su amor por la niña, por Maria Christine. Era la primera a quien su mirada buscaba al regresar a la casa. En cuanto la veía, brillaba en sus ojos el reflejo de la felicidad eterna.

A veces, cuando después de una jornada entera en los campos, regresaba tarde a la casa, se acercaba sigiloso a la cama de Maria Christine y permanecía en silencio ante ella

escuchando su respiración. Pero su mirada se adentraba, aun contra su voluntad, hasta el sueño de la criatura y ésta se despertaba con un puchero, pero luego, al reconocer a su padre, le tendía los brazos y se abrazaba a su cuello. Si quería liberarse tenía que cantarle canciones, siempre las mismas, pues no se acordaba de muchas: la canción del lobo que ayunaba y la canción del angelito elegido. Y la que cuenta cómo llegó un sastre a las puertas del cielo, la que habla del mendigo que se casó o de la gallinita que no quería poner huevos. «¡Matad a la gallina! ¡Matad a la gallina! Mi pan se come, pero no pone», cantaba el Caballero Sueco, y por un instante la gallina revoloteaba en el borde de la cama buscando mendrugos de pan, y el lobo que ayunaba ya no quería volver a probar la carne y se estiraba perezoso a los pies de la niña, entre las sillas bailaba el sastre con el mendigo, y desde detrás de la ventana los miraba Herodes, que parecía en la canción de los Reyes Magos. Esa era la que más le gustaba a Maria Christine, a veces empezaba ella misma a cantarla con su vocecita:

Melchor, Gaspar y fino Baltasar,

larga barba tiene Herodes.

El Caballero Sueco se le unía con su voz grave y los dos cantaban muy bajito para que nadie los oyera:

Galopaban como el viento,

en siete horas millas ciento,

llegaron a la casa de Herodes,

que a la ventana salió, a verlos.

«Melchor, Gaspar y fino Baltasar,

¿a dónde vais? ¿A dónde vais?»

«Raudos como el viento vamos,

a Maria y al Niño buscamos»

«¡Melchor, Gaspar, y fino Baltasar,

quedaos aquí, que vamos a celebrar!»

«Debemos partir, no nos podemos quedar,

vamos a Belén, el silencioso lugar.»

—Para ver su resplandeciente rostro, por siempre, por siempre, por siempre jamás —sonó ahora la vocecita de Maria Christine, pero eso pertenecía a otra canción, el sueño la venció y todo se difuminó ante ella, casi no era capaz de mantener los ojos abiertos. El Caballero Sueco se levantó y se alejó sin hacer ruido, tal y como había llegado y, al salir por la puerta, se llevó consigo las fantásticas figuras que habían habitado la estancia por un rato: el lobo, la gallinita, el sastre y el mendigo. Herodes, con larga barba, fue el último en desaparecer.

Ocurrió un día de marzo, el tiempo por tanto en el que, como dicen los campesinos, se rompe el hilo en la rueca, con lo cual quieren significar que comienza el trabajo en los campos. Anochecía, y nubes cargadas de nieve cruzaban el cielo y en las desnudas ramas de los arces cantaba la corneja. Arriba, en la casa, el Caballero Sueco recorría una y otra vez la «habitación larga». Maria Agneta se había sentado junto a la chimenea y contemplaba los grabados de un libro llamado *El jardín de los amarantos*, el fuego arrojaba reflejos sobre su cabello dándole un brillo rojizo. Cerca de la ventana, el preceptor trataba de enseñarle a Maria Christine el noble arte de las letras, pero la niña no lograba apartar su vista del rincón donde guardaba sus juguetes, un caballo y un cochecito de madera. Entre la mesa y la puerta había dos aldeanos con las gorras en la mano, uno era un campesino que había venido a pedir simiente, el otro un carpintero a quien el Caballero Sueco había mandado llamar, pues quería construir otro granero encima de las cuadras. El carpintero calculaba cuánto debía pedir para el sueldo, el vino, la carne, el pan y el queso

que necesitaba para él y su gente. El campesino entonó su letanía por segunda vez:

—Vengo a rogar a Su Excelencia que me conceda un gran favor, pues quiero salir al campo a sembrar centeno.

El Caballero Sueco se detuvo, se acercó al campesino y le dijo:

—Todos los años vienes a pedir pan y simiente. Para alimentarte tú y tu vaca te basta con la tierra que tienes, también podrías producir tú mismo la simiente del próximo año y hacer que tu hacienda prosperara. Pero, en cambio, ¿qué es lo que haces? Ya de mañana vas a ver al tabernero y, si no estás con él, estás en tu casa echado detrás de la estufa. Así no se puede prosperar. Sabes cómo remediar la sed, pero cuando tienes hambre acudes a mí.

El campesino sabía muy bien que debía aguantar la tormenta si quería recibir su medio celemín de grano. Se encogió, escuchó con paciencia los reproches mientras estrujaba su gorra de pelo de conejo y, pasado un rato, comenzó de nuevo:

—Porque es costumbre que el amo escuche al labrador de buen grado y que responda a su ruego con amabilidad y probidad, como conviene a un cristiano, vengo a rogar a Su Ilustre Señoría me conceda un gran e importante favor. Se trata de la simiente, si me la pudiera dar, aunque fuera prestada.

—Ahí llevan a otro —dijo en ese momento Maria Agneta que, como empezaba a oscurecer, había dejado a un lado el libro de los grabados y se había acercado a la ventana—. Es el tercero en esta semana. Que Dios nos proteja, ¿por qué mueren tantos hombres en ese lugar? ¿Acaso el Obispo no tiene un cementerio propio?

—No —intervino el preceptor—. No tiene más que chozos para los martillos, hornos, y muchas minas y galerías. La más grande es la de san Mateo. Luego está la de san Lorenzo y el

pozo de los Desamparados. Permite que la gente muera en el dominio, pero el capataz los lleva a enterrar a los pueblos de los alrededores.

Afuera, bajo la pálida luz del día que llegaba a su fin, un miserable cortejo fúnebre avanzaba por el camino que bajaba de las colinas. A la cabeza del mismo iba un hombre cargado con una cruz, tras él venía un viejo clérigo, luego el jamelgo que tiraba de la carreta en la que descansaba un ataúd de madera y, aparte de ellos, no había nadie que llorara al muerto.

—Se dice —les contó el carpintero— que Su Alteza el señor Obispo quiere mandar construir otro jardín de recreo en su residencia de Franconia, lleno de estanques y cascadas, de grutas de piedra y juegos de agua, pabellones chinos y una *orangerie*. Pero todo eso cuesta dinero, y las arcas del Obispo están vacías. Por eso ha enviado al dominio a un nuevo capataz que ha restringido la ración de los que allí trabajan, ya no les dan manteca y reciben todos los días tan sólo media libra de pan, aunque trabajen lo mismo que antes.

—Quizá el señor Obispo no esté al corriente de lo que está pasando, habría que decírselo —opinó Maria Agneta.

—Lo sabe de sobra, de sobra —la contradijo el preceptor —. En la región se le llama, y con razón, «el embajador del diablo». Es un hombre despótico, quiere aventajar a los demás príncipes en lujo y en el brillo de su corte, ningún capataz, ningún patrón de mina le parece lo suficientemente severo.

El Caballero Sueco se encontraba junto a la ventana mirando en silencio la carreta mientras avanzaba lentamente con su carga por el camino, y mirando al clérigo que conducía el féretro.

—En todas partes hay guerra —continuó el preceptor—, son buenos tiempos para la forja del Obispo. Carlos el sueco y el zar de los moscovitas necesitan mucha artillería, pesada y ligera, y cañones para los mosquetes, corazas y sables de

coraceros. Por eso humean las chimeneas y el hierro se funde en la forja sin descanso. Cada día salen del dominio carros y carros llenos de armas hacia Polonia.

—El dominio es el albergue de los perdidos y de los condenados —dijo en voz baja el campesino, que seguía junto a la puerta—. Son almas que sólo la muerte misericordiosa podrá liberar.

Entonces comenzó a hablar el Caballero Sueco, dejándose llevar por la violencia de sus recuerdos:

—El trabajo más duro es el de las caleras —dijo—. Allí están los canteros, que parten la piedra con la pesada alzaprima y con sus propias manos, y luego hay otros que la pican con la almádena. Día y noche tragan polvo, después de un par de años comienzan a escupir sangre y acaban muriendo. Dios se apiade de ellos, y también de aquellos que, uncidos al carro, arrastran la piedra picada hasta el horno y luego acarrean la cal quemada. La calera tiene cinco pozos que arden rojos como…

—¿Cómo sabes tú todo eso, Christian? —preguntó Maria Agneta sorprendida—. Hablas como si hubieras estado tú mismo picando piedra en el infierno del Obispo.

—Mientras recorría los caminos con mi caballo he conocido a muchos vagabundos y a muchos ladrones de mercado que me hablaron del infierno del Obispo —respondió el Caballero Sueco.

Luego siguió hablando:

—Delante de la calera está el horno, que tiene dos bocas de fuego, en una arrojan la madera y por la otra sacan la ceniza al rojo vivo. Tres hombres deben encargarse de este horno: el quemador, el atizador y el descargador. El quemador tiene que ir calentando el horno poco a poco, primero lo alimenta con astillas, luego con leña menuda y más tarde con maderos que corta y separa con una horca de hierro. El descargador tiene

que sacar la ceniza ardiente del horno y tiene que poder soportar el calor. Cuando sopla el viento, el ardiente aliento del horno le quema la cara y el cabello, y su alarido resuena de punta a punta. El tercero es el quemador, que es el que vigila el fuego. Al principio el humo tiñe la llama de negro, luego ésta cambia de color: se torna rojo oscuro y violeta, luego azul y finalmente es blanca. Cuando la llama arde blanca y la piedra tiene el color de las rosas, es que ha hecho bien su trabajo. El quemador no puede apartar los ojos de la mirilla. Porque si el fuego no es como debe ser, se expande o se apaga, entonces el horno no marcha bien y los vigilantes se lanzarán con sus garrotes sobre el quemador y sus ayudantes. En invierno, en cambio, cuando después de sudar como condenados junto al ardiente pozo, el quemador, el atizador y el descargador salen a respirar el aire helado, entonces viene la muerte y los señala con el dedo. Y cuando uno de ellos, a quien ella ya ha elegido, yace con las mejillas ardiéndole de fiebre y sin respirar apenas, pues cada aliento es como una punzada qe atravesara su pecho, entonces le dicen: «¡Apártate de mi camino! ¿Quién te necesita ya? Si estás enfermo estira la pata, espira tu último aliento y muérete de una vez, ya no sirves para nada.»

Luego se calló. Maria Agneta encendió la lámpara. Maria Christine se había desembarazado del abecedario del preceptor y había corrido junto a sus juguetes. Gritaba para sí en voz baja, jaleando su caballo de madera con unos «arre» y «so». Entretanto, en el camino, la carreta que llevaba el ataúd había alcanzado la casa.

El Caballero Sueco inclinó la cabeza y movió los labios murmurando una oración.

—¿Con quién hablas, padre? —gritó Maria Christine desde su esquina—. Veo que hablas, pero no oigo lo que dices.

—Rezo un Padrenuestro por el alma de un pobre hombre —dijo el Caballero Sueco—. Quizá fue una noble flor, cuyo

destino era marchitarse antes de tiempo. ¡Ven y reza conmigo!

Cogió en brazos a la niña y se acercó a la ventana. Maria Christine miró hacia abajo y, al ver en el camino la carreta y el jamelgo, levantó los brazos y empezó a gritar y a arrear al caballo gritando «arre» y «so».

El Caballero Sueco frunció el ceño.

—¡Ni «arre» ni «so»! —dijo—. Tienes que rezar un Padrenuestro por el alma de un pobre nombre. ¿Es que no me has oído?

La voz del Caballero Sueco sonó con un tono extraño que asustó a la niña. Temblando, le echó los brazos al cuello y pronunció, a punto de llorar, las palabras del Padrenuestro, mientras la carreta con el ataúd continuaba su camino hasta perderse de vista bajo la incierta luz del atardecer.

Una vez, hacia el mediodía y cuando los carpinteros casi habían terminado con su trabajo, el Caballero Sueco salió del nuevo granero y cruzó el patio con un formón en la mano. En ese momento vio que dos hombres se habían detenido junto al portón. Un escalofrío le recorrió la espalda, su corazón se puso a latir violentamente, pero no dejó que se le notara, y quiso pasar a su lado con expresión indiferente, como si no los conociera. Confiaba en que hubiera sido la casualidad la que los hubiera conducido hasta la casa y en que no lo reconocerían. Habían transcurrido seis años desde su último encuentro. Pero ellos ya le habían salido al paso, el Veiland se quitó la gorra de cuero de la cabeza y Cuellotorcido se inclinó ante él, barrió el suelo con su sombrero, y, sonriendo bajo su espesa barba, dijo:

—¡Capitán! Por todos los santos, te das unos aires que hay que ver, pareces un noble. Cualquiera diría que eres el tercero de a bordo después del emperador romano. ¿No reconoces a tus antiguos camaradas?

—¿Notas con qué alegría nos recibe? No podría ser mayor —gruñó el Veiland—. Ya te lo había dicho yo: los invitados que no se esperan son como la manteca sin hierbas, nadie los traga. Capitán, no esperaba que fueras a salir corriendo en busca del carnicero para ofrecernos el mejor trozo de la ternera. Pero me conformaría con que nos dejaras dormir esta noche en un rincón de la cuadra o en el secadero.

—Pues yo no —dijo Cuellotorcido—. Ha sido nuestro capitán. ¿Acaso hemos caído en desgracia? Capitán, yo me quedo contigo, y si necesitas a alguien que te desee los buenos días cada mañana y que te pregunte «¿Ha descansado bien el Señor?», yo me encargaré de hacerlo, y no tendrás queja de mí.

El Caballero Sueco aún no había dicho nada, Pero en el torbellino de pensamientos que cruzaba su cabeza comenzaba a vislumbrarse un poco de orden. Se daba cuenta de que el destino lo había puesto en manos de sus antiguos compañeros, que ahora se habían convertido en sus enemigos mortales. No le quedaba otra solución más que abandonar en secreto la casa, la hacienda, esposa e hija, trigales y prados, y ocultarse en tierras extranjeras para poder olvidar todo lo que amaba. Y entonces el miedo la ira, la duda y la desesperación se apoderaron de su corazón.

—¡Desgraciados! —les espetó con la voz ahogada por la emoción—. ¿Es que no vais a dejarme vivir en paz? Esperaba que el demonio ya os hubiera llevado consigo. ¿Qué tengo yo que ver con vosotros?

—¡Vaya manera de hablar! —le reprochó Cuellotorcido—. ¿Me llamas desgraciado cuando siempre me he portado contigo como un buen camarada? Yo daba por seguro que nos acogerías en nombre de nuestra fraternidad y de la confianza que te merecíamos. ¿Serás capaz de no apiadarte de nuestra miseria?

—Ya os hice ricos al proporcionaros muchos cientos de táleros y de ducados —murmuró el Caballero Sueco—. ¿Qué habéis hecho con ellos?

—Se los ha tragado todos el gaznate, no hemos sacado ningún provecho de ellos —le explicó Cuellotorcido.

—¡Los tres grandes males de la humanidad, Capitán: el juego, las mujeres y el vino! —suspiró el Veiland—. Debería haber arrojado un poco de aquel dinero a algún arroyo, según es costumbre, así al menos el envidioso del diblo se habría llevado su parte. Ahora lo tiene todo. Cuando Dios da la harina, el diablo lleva la quilma.

—Y como lo habíamos perdido todo y ya no sabíamos qué hacer para sortear el hambre —dijo Cuellotorcido poniendo fin a su relato—, hemos echado mano del bastón y del hatillo y nos hemos lanzado a los caminos.

El Caballero Sueco continuaba de pie frente a ellos con la mirada perdida y el corazón desbocado. En sus ojos brillaba un fuego maligno y peligroso. No deseaba partir, no, no debía abandonar la casa y la hacienda, debía quedarse y tratar con todas sus fuerzas de conservar lo que con tanto esfuerzo le había arrebatado a la vida y a la tierra. Aquellos dos, Veiland y Cuellotorcido, se habían cruzado en su camino y eran un obstáculo para su felicidad, no sería culpa suya si algo les sucedía, ¿quién los había mandado venir? Debía hacerles callar para siempre. Y, al pensar esto, sintió una extraña rigidez en los brazos y notó que el formón que llevaba en la mano era ahora más pesado.

—¿Quién os ha indicado el camino? —preguntó—. ¿Cómo habéis sabido dónde encontrarme?

—El Brabanzón —respondió Cuellotorcido— nos lo ha dicho. Ahora es comerciante y vive en Ratibor. Ha abierto un negocio de maderas colorantes y de todo tipo de especias: canela, jengibre, nuez moscada, correhuela y pimienta. Se ha

convertido en un hombre importante, forma parte del consejo del ayuntamiento, deberías ver con qué respeto lo tratan todos. La primera vez que fuimos a verlo nos recibió con gran alegría, despidió al resto de las visitas y cerró la puerta cuando se fueron. Nos sentamos a la mesa, nos bebimos varias botellas de vino y comimos de todo, caza mayor y menor, y al despedirse nos honró a cada uno con diez táleros reales, para que los gastáramos a su salud. En nuestra segunda visita tuvimos que rogarle largo rato para que al final acabara arrojándonos un florín sobre la mesa, mientras repetía una y otra vez: «Si yo tuviera tal, podría hacer tal.» La tercera vez nos gritó: «¿Otra vez aquí? ¿Qué es lo que queréis de mí? ¡Sólo dinero! ¿Acaso queréis arruinarme? Id a ver a vuestro antiguo Capitán, que ahora es terrateniente y tiene una gran hacienda y todo lo que un hombre pueda desear.» Y nos dijo dónde podíamos encontrarte.

—¡Que el diablo se lo pague! —dijo el Caballero Sueco entre dientes—. Y a él, ¿quién se lo había dicho? Yo no he ido pregonándolo por la comarca.

—Hace un año, o menos, te vio en Oppeln, en el mercado de caballerías —le informó Cuellotorcido—. Estaba sentado en la taberna La Corona de Oro, bebiéndose su cuartillo, y entonces te vio, Capitán, cruzar la plaza del mercado del brazo de varias personas de rango. Te reconoció de inmediato, llamó al tabernero y le preguntó quién eras y dónde vivías, y el tabernero se lo dijo, y también que tus potros son los mejores de toda la comarca.

El Caballero Sueco había tomado una decisión.

Aunque hubieran sido buenos camaradas y hubieran compartido más de un peligro, en aquel momento prevalecían en él el miedo y la rabia. Los tres se habían deslizado en su vida, primero aquellos dos, y luego el Brabanzón. Pensó en un lugar solitario, no muy lejos de su hacienda. Allí, en el

barranco, donde el arroyo avanzaba en meandros entre los sauces, allí pensaba hacerlo.

—De modo que ya son tres los que saben quién soy —murmuró para sus adentros—, y, si me descuido, pronto serán ciento.

—¿Qué diantres murmuras? —exclamó Cuellotorcido, que había oído las últimas palabras del Caballero Sueco—. Del Brabanzón respondo yo como de mí mismo. Aunque se reunieran todos los verdugos del Sacro Imperio Romano y le arrancaran la piel a tiras, no te delataría.

—Es verdad, no te lo discuto —dijo el Caballero Sueco dándoles a entender que ahora ya estaba tranquilo—. Oídme bien, no lejos de aquí hay un lugar seguro donde tengo enterrado mi dinero. Quiero compartirlo con vosotros en nombre de nuestra vieja amistad, porque debemos permanecer todos unidos como las hojas del trébol. Por eso, ¡coged la pala y la laya y venid conmigo!

Al decir esto señaló hacia los aperos del jardinero que estaban apoyados contra el muro. El Veiland lo miró pensativo y sorprendido, y no se movió. Cuellotorcido, sin embargo, lanzó su sombrero por los aires y se puso a dar gritos de alegría:

—¡Aleluya! ¡Dios te bendiga, Capitán, y te dé salud y honores, Dios te bendiga por habernos ayudado en la necesidad!

El Caballero Sueco les hizo una seña para que cogieran la pala y la laya y lo siguieran. Pero al dar la vuelta se tropezó con Maria Christine, que se había acercado a ellos sin que la oyeran y ahora tiraba de su casaca.

—Padre —dijo con su débil vocecita—. ¿Por qué no vienes? Madre me envía, la olla ya está en la mesa.

—¿Es la joven hija de Su Excelencia? —preguntó respetuoso Cuellotorcido, pues no quería que la niña supiera en qué términos estaban con el señor de la casa.

—Sí —dijo el Caballero Sueco—. Esta es mi hijita.

Maria Christine miró largo rato a aquellos dos tipos andrajosos sin mostrar ningún temor y luego volvió a tirar de la casaca de su padre mientras le preguntaba:

—Padre, ¿qué clase de hombres son éstos? ¿Son buenos? No los conozco.

—Estos hombres han venido a pedir trabajo —le explicó el Caballero Sueco.

Cuellotorcido se puso en cuclillas junto a la hija de su antiguo Capitán y empezó a hablar con ella.

—¡Eres una auténtica princesita! —le dijo—. Tu cara es blanca y encarnada como el más hermoso de los tulipanes. Dime, ¿qué sabes hacer, además de dar saltitos de un pie al otro?

—Sé —dijo Maria Christine subiéndose a una piedra para parecer más alta— leer el abecedario. Sé bailar la polca y la zarabanda, y también sé tocar el clavicordio, pero sólo un poco, acabo de empezar, y tú, ¿qué sabes hacer tú?

—Yo sé hacer muchas cosas —se jactó Cuellotorcido—. Sé cómo se les quitan las pulgas a los erizos y ponerles herraduras a los gansos. A los saltamontes les hago delantales de colores y con sólo silbar consigo que los peces se pongan a dar saltos por el aire.

Maria Christine lo miraba con la boca abierta y los ojos como platos. Luego señaló al Veiland.

—¿Y ese de ahí? ¿Qué sabe hacer?

—Convierte las salchichas grandes en salchicha pequeñas en un santiamén, ésa es su especialidad —le dijo Cuellotorcido

—. Pero también sabe rebuznar como un burro y chistar como un ganso. Y sabe imitar una pelea entre un gato y un perro.

—Que me enseñe cómo se pelean un gato y un perro —le pidió Maria Christine.

El Veiland no se hizo de rogar. Empezó a ronzar, gañir, bufar, gruñir, ladrar, aullar, volvió a bufar iracundo y, al final, cuando el perro ya se había alejado lloriqueando, Maria Christine se puso a dar palmas y a saltar de un pie al otro gritando entusiasmada:

—No podéis iros, no dejaré que os marchéis, lo hacéis mejor que los mismos animales, os quedaréis aquí, en la casa. Y fijaos bien, a las doce y por la tarde a las seis se les sirve la comida a los criados, hay que ser puntual, el que no esté a su hora con la jarrita en la mano no recibirá su cerveza.

El Caballero Sueco veía con asombro cómo había surgido en un instante aquella amistad entre su hija y aquellos dos desgraciados. El peso que le oprimía el corazón desapareció. Aquellos dos hombres que le habían enseñado a Marie Christine sus estrambóticos trucos para hacerle reír no lo delatarían, de eso estaba seguro. Y entonces los vio como lo que eran, dos pobres diablos, compañeros de infortunios que vagaban por los caminos y que habían venido no para destruir su felicidad sino porque esperaban que les iría mejor si acudían a él que mendigando un trozo de pan a gentes desconocidas. Y el plan que había concebido se desvaneció, ahuyentado por la risa de un niño.

—Ya que mi joven hija os ha acogido en la casa —dijo—, os permitiré quedaros, y porque creo que será mejor teneros cerca que lejos. Ahora id a la estancia de los criados y que os sirvan una ración de sopa de hierbas y de tocino. Y cuando hayáis comido, quiero ver para qué servís. Dentro de poco empezaremos con el esquileo y la siembra de la avena, habrá que retirar las piedras de los campos, y pronto necesitaré a

alguien que cuide el huerto de los frutales. Id con Dios. Y acordaos: nada de historias pasadas, no sirven para nada.

Dicho esto se marchó y Maria Christine lo siguió dando saltitos. Sus dos nuevos criados lo miraron hasta que desapareció en la casa. Entonces Cuellotorcido dijo suspirando:

—¿Has visto? No ha vuelto a mencionar el dinero que quería compartir con nosotros. De camino a la fuente se nos ha roto el cántaro. No nos ha dado nada, seguimos en la miseria.

El Veiland, que era capaz de oír el relincho de un caballo a tres horas de distancia y el canto de un gallo a dos, movió la cabeza:

—Yo lo prefiero así —opinó—. Cuando se puso a hablar del dinero y de que debíamos acompañarlo, no sé, de pronto se me paralizaron las piernas. Ahora tendré que doblar el espinazo y deslomarme cada día recogiendo las piedras de los campos, y conformarme con una sopa de hierbas y tocino por la noche, pero por Dios que, aun sin saber por qué, lo prefiero así.

No se solía ver juntos a los nuevos criados, pues Cuellotorcido se pasaba el día en los establos ocupado con la bruza y la almohaza, mientras el Veiland se afanaba en el campo con la siembra, el arado y el gradeo de las tierras. Pero seguían siendo amigos y por las tardes se reunían en el establo, jugaban a las cartas y compartían su cuartillo de vino, y lo que uno quería lo aprobaba el otro. No tenían mucho trato con el resto de los criados. Pero cuando Cuellotorcido veía a Maria Christine de lejos, le silbaba para indicarle que fuera a verlo al establo. Y allí, en su arcón de madera, siempre había algo para ella, una chifla que había tallado con una caña, o un mono con brazos y piernas que se movían hecho con un cabio y pintado de colores.

Siempre que podían evitaban al Caballero Sueco pues ya no le consideraban como a un igual sino como a un noble señor, y temían que se arrepintiese de haberles permitido quedarse en la hacienda. Pero cuando él visitaba los establos, o cuando sin querer se tropezaban en algún lugar, entonces se comportaban con él como un soldado con su teniente y ni su expresión ni sus palabras delataban que compartían un secreto.

Y de este modo transcurrió un año, y así vivieron hasta que llegó la tarde en que cayó el rayo que hizo pedazos la felicidad del Caballero Sueco.

Aquella tarde, el Caballero Sueco había invitado a su casa a varios nobles de la ciudad. Se había levantado de la mesa un poco más tarde de lo que acostumbraba y se había disculpado. Quería dar una vuelta por la hacienda. Al salir de la casa y mirar al cielo, se encontró con Cuellotorcido, que quería decirle algo, pero no sabía cómo empezar, y el Caballero Sueco, que iba con prisa, le espetó:

—¿Qué quieres? ¿No has tenido bastante *contentement*?

—Sí, Su Excelencia, lo he tenido —afirmó Cuellotorcido —. A mediodía gachas de mijo y morcilla, y por la noche sopa de cerveza, pan y queso. Pero debo anunciarle a Su Excelencia otra cosa, con el debido respeto, y es que ahí hay uno que, modestamente, desea hablar con Su Excelencia, yo lo conozco y sé que Su Excelencia también lo conoce, ha llegado en una calesa y está ahí fuera esperando. A mí el asunto me da mala espina.

—Por todos los diablos, ¿quién es? —le preguntó el Caballero Sueco—. Abrevia, que no tengo tiempo.

—Estaba oscuro y no he podido verlo bien —dijo, contradiciéndose, Cuellotorcido—. Su Excelencia podrá ver por sí mismo quién es.

El Caballero Sueco bajó la voz y murmuró con rabia:

—¡Habla, mastuerzo! ¿Es el barón Maléfico?

—Válgame Dios, no, no es él —respondió Cuellotorcido susurrando a su vez—. Es, con la venia de Su Excelencia, el Brabanzón. No quería decirlo, ya que se me había prohibido hablar de las historias del pasado. Su Excelencia no desea que se lo recuerden.

El Caballero Sueco lo despidió con un gesto impaciente y se encaminó hacia el portón. Entonces salió de las sombras el Brabanzón y se detuvo bajo la lámpara del patio.

Nadie hubiera podido reconocer en él al pillastre que había sido. Tenía el aspecto de un hombre consciente de su valía y del reconocimiento de las gentes. Vestía calzas de seda, pantalones de terciopelo color cereza, y una camisola negra con ricos bordados de plata. Llevaba una espada al cinto y alrededor del cuello una cadena de oro de la que colgaban unos impertinentes. Sus movimientos eran comedidos y en todo lo que decía se percibía una serenidad y una dignidad que nada podía alterar.

—¡Muy buenas tardes! —dijo, iniciando la conversación —. Me miras como si no dieras crédito a tus ojos. Seguramente no esperabas que volviéramos a vernos.

—Siempre he sabido que no me vería privado de tu amistad —dijo el Caballero Sueco con disimulada ironía—. ¡Bueno! ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué te trae por aquí? ¿Quieres hablar conmigo del pasado?

—No —dijo el Brabanzón—. Se trata del presente. Pero ¡déjame que te vea, Capitán! Me ha alegrado saber que te defiendes bien en tu nueva vida. Todo el mundo te estima, en todas partes se pronuncia tu nombre con respeto. No lo digo por *politesse*, es la pura verdad.

—Muy agradecido —repuso el Caballero Sueco—. Es para mí un honor saber que te interesas por mis asuntos. ¿Y tú? ¿Con qué te ganas el sustento?

—Negocios —le explicó el Brabanzón—. ¿Qué haría el ratón si no tuviera su paja? Adquirí un par de cosas que luego vendí sacando algún beneficio y he salido ganando, no he despilfarrado ni un solo céntimo de mi parte.

—¿Y por lo demás? —siguió el Caballero Sueco— ¿Qué es lo que haces? ¿Tienes mujer e hijos?

—No —respondió el Brabanzón—. Hubiera podido casarme con la hija de un doctor, pero me pareció más sensato seguir soltero. Por la noche, después de despachar la correspondencia, me voy al teatro o una *assemblée* donde la gente se dedica a discutir o incluso se permite jugar una partidita *pour passer le temps*, y los domingos los solía pasar en el jardín cuando hacía buen tiempo, así ha sido hasta ahora. Pero ahora he vendido todo lo que poseía, incluso los muebles y los cuadros de la casa, y me dispongo a marcharme del país.

—Yo probablemente me vaya a hacer viejo en esta casa —opinó el Caballero Sueco—. Porque, aunque se suela decir que el amo debe ser más fuerte que la tierra, con frecuencia resulta que la tierra puede con el amo, pues lo retiene y no lo deja marchar. Tú, en cambio, podrás visitar otros países, lo cual es de envidiar.

—¿Quién merece que lo envidien, en realidad? —dijo el Brabanzón—. Cuando pienso en los extraños sucesos que han jalonado mi vida, veo claramente cuán vana y efímera es la felicidad. Porque todo pasa, como la luz cuando llega su hora, y nosotros no somos más que una pelota en manos del capricho del azar, que nos lanza hacia arriba para dejarnos caer desde lo alto más tarde.

—Todo eso son especulaciones admirables —admitió el Caballero Sueco—, pero a mí no me sirven de nada, pues no tengo tiempo para ocuparme de ellas. Debo cuidar de que mi mujer y mi hija y todos los que viven en mi casa tengan qué comer.

—¡Capitán! —dijo tras unos instantes el Brabanzón bajando la voz—. ¡Escucha! Por Dios que siento tener que anunciártelo. Sí, Capitán, traigo un mensaje terrible. Debes marcharte de aquí.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el Caballero Sueco sin que en su voz pudiera percibirse inquietud ni preocupación alguna.

—Debes marcharte de aquí —repitió el Brabanzón—. ¡Debes partir de inmediato! El barón Maléfico te sigue los pasos.

El Caballero Sueco se encogió de hombros.

—¿El barón Maléfico? —dijo riendo—. Si no es más que eso… Que venga, no me preocupa en absoluto. ¿Qué sabe él de mí?

—De ti no sabe gran cosa —respondió el Brabanzón—. Pero de los ladrones de iglesias y de su Capitán lo sabe todo, pues Lisa la Roja, la cabritilla, se ha pasado al otro bando, y por eso te digo, ¡vete de aquí!

—¡Christian! —sonó de pronto la voz de Maria Agneta al atravesar la noche—. ¿Dónde estás? Hace rato que te esperamos. Los señores se quejan de que te empeñes en recorrer los establos a estas horas de la noche.

Se había asomado a una de las ventanas. Desde la habitación les llegó una algarabía de risas y de voces disputando.

—Querida mía, ten un poco de paciencia, subo en un momento —gritó el Caballero Sueco y se volvió hacia el Brabanzón—. ¿Qué estabas diciendo de Lisa la Roja?

—¿Esa era *madame* von Tornefeld? —preguntó el Brabanzón poniéndose el impertinente delante del ojo y mirando hacia arriba.

—Sí, ésa es mi mujer —dijo el Caballero Sueco—. La mujer más buena del mundo, la más pura, la más santa, y yo, ¿qué soy yo?

—*¡Sublime! ¡Adorable!* —susurró el Brabanzón arqueando los labios mientras Maria Agneta desaparecía de la ventana—. Deberías mandar que le hicieran un retrato al óleo o en *gouache*, o al temple. Preséntele mis disculpas por no haber subido a poner mi *devotion* a sus pies.

—¿Qué pasa con Lisa la Roja? ¡Habla de una vez! Ya has oído que me esperan —lo instó el Caballero Sueco.

Me parece, Capitán, que con ella se nos coló una víbora —le informó el Brabanzón—. Lisa la Roja se ha unido a un sargento del cuerpo de dragones del barón Maléfico, cuyo cuartel está en Schweidnitz, se ha casado con él, no hace mucho, pero el amor que te tenía se ha convertido en odio. El sargento es un tipo joven y ella quiere que lo asciendan, y para ello le ha hecho llegar al barón Maléfico el mensaje…

—¿Dónde está el barón Maléfico? —preguntó el Caballero Sueco—. ¿Sigue siendo Capitán de dragones?

—Estuvo en España, en Hungría, y últimamente en Viena por asuntos de negocios, pero ahora se dirige, según mis informes, hacia Schweidnitz. Lo han nombrado coronel, y Lisa la Roja se jacta de que nos va a entregar, pues ya le han prometido la licencia de oficial para su sargento a cambio, y dice que deberemos considerarnos afortunados si nos mandan a galeras, a servir a Su Majestad, el Emperador Romano, con la marca de los condenados en la frente. Liquida tus asuntos, Capitán, y vete de aquí, podemos temer cualquier cosa de esa mujer.

El Caballero Sueco frunció el ceño y miró la luz que arrojaba la lámpara del patio.

—Bastante grave es lo que me cuentas —dijo después de un rato—, pero podría ser peor. ¿Por qué he de marcharme? Es

mejor que me quede donde estoy. Ella no sabe nada de mí, me buscará en los caminos, en las tabernas, en los mercados, en las ferias, donde se reúne la gente humilde, allí me buscará, pero no aquí, en mi hacienda.

—Capitán —opinó el Brabanzón—, me dejas de una pieza. Hablas como si hubieras despachado tus cinco sentidos a las Indias. Lisa la Roja sabe muy bien dónde buscarte. ¿No has dicho muchas veces que querías ser un caballero? Y cuando te atacaron las fiebres y Lisa la Roja te limpiaba la frente y la cara con agua y vinagre estuviste reprendiendo a los criados y a las mozas que veías en sueños, los llamabas vagos, perezosos y ladrones, y los amenazabas con el día de tu regreso diciendo que entonces aprenderían lo que es bueno. Eso es lo que contabas en tu delirio. Lisa la Roja me lo dijo el día en que nos separamos: «El que quiera encontrarlo tendrá que recorrer las haciendas». Por eso te aconsejo…

—Hay cientos de haciendas en esta región, y en Pomerania, en Polonia, en Brandenburgo, y en todas partes, ¿cómo va a dar conmigo?

—No le llevará mucho tiempo —respondió el Brabanzón —. El barón Maléfico no tendrá más que investigar un poco y en seguida sabrá que hace siete u ocho años llegaste a esta casa con la talega llena de dinero. Y en el momento en que albergue la menor sospecha y llame a Lisa la Roja para que testimonie contra ti, entonces, ¿qué? Por eso no pierdas más tiempo, haz como yo. Prefiero conformarme con menos a vivir siempre en peligro. Escucha mi consejo, Capitán, vete de aquí, que al otro lado de las montañas también hay gente.

—Sí —dijo el Caballero Sueco en voz baja—. Debería irme. Pero mi corazón se resiste.

—Bueno, ¡entonces quédate y deja que te ahorquen! —le soltó con impaciencia el Brabanzón—. ¿De qué me vale hablar? No hay mejor sordo que el que no quiere oír.

Sacó un reloj de repetición dorado y barnizado de su bolsillo y se lo acercó a la oreja.

—Debo marcharme ya, mi cochero me espera —continuó algo más tranquilo—. No sé por qué me altero tanto. Al fin y al cabo, se trata de tu pellejo y no del mío. Yo ya te he dicho lo que sabía, te he avisado. Si la cosa va mal, nadie podrá reprocharme nada.

Ambos descendieron en silencio por la avenida de arces hasta la calesa del Brabanzón. El cochero los saludó y se subió al pescante. El Brabanzón se montó en el coche y luego, inclinándose por encima de la portezuela, le dijo en voz baja para que no pudiera oírlo el cochero:

—Capitán, respeto tu valor, quieres quedarte aquí y hacer frente al mal tiempo. Pero es una lástima por tu hija. Deberá cargar toda su vida con la memoria de un padre condenado a la rueda y al cadalso, o a galeras. Y ahora, queda con Dios, Capitán ¡que tengas suerte! *¡Allons!* Cochero, ¡adelante!

El Caballero Sueco lo siguió con la mirada hasta que el carruaje desapareció en la noche. Las palabras del Brabanzón le habían atravesado el corazón como un cuchillo afilado. Ahora sabía que debía partir, debía hacerlo por su hija. Pero ¿a dónde? ¿A dónde?

Y mientras permanecía allí de pie escuchando el ruido de las ruedas perdiéndose en la lejanía, tuvo una visión.

Se vio con la casaca sueca azul montado en su bayo y galopando en formación a través de una pradera interminable. A su alrededor se oía el canto de los suecos elevándose hacia el cielo cargado de negras nubes. Aves de rapiña sobrevolaban sus cabezas. Los cañones tronaban, las banderas ondeaban hechas jirones y las balas de los mosquetes atravesaban las filas de jinetes. Una de ellas lo alcanzó y lo derribó del caballo, y en ese instante le invadió una felicidad indescriptible.

Esa misma noche les comunicó al Veiland y a Cuellotorcido lo que le había referido el Brabanzón. También les dijo que debían prepararse para acompañarlo a la guerra sueca. La noticia les alegró y brindaron a la salud de su Capitán, pues hacía tiempo que estaban hartos de trabajar en la hacienda. Estaban dispuestos a aceptar cualquier cosa que supusiese un cambio en sus vidas. Creyeron volver a los viejos tiempos, cuando, cual alcotanes, recorrían los caminos; contaban con poder enriquecerse en la guerra a las órdenes de su Capitán y llenarse de nuevo los bolsillos.

Mucho sufrió en cambio el Caballero Sueco, y más aún Maria Agneta, cuando le comunicó que debía partir para servir al rey sueco en su lucha contra los moscovitas en las estepas de Ucrania. Maria Agneta lo miró sin saber si lo había entendido bien, y él tuvo que decírselo otra vez: que la noche anterior había recibido, procedente del cuartel general del rey, *ordre expresse* de dirigirse, junto con el resto de los suecos que se encontraban en el extranjero y acompañado de dos criados con buenas caballerías, al campamento del ejército sueco.

Ella rompió a llorar. Y, sacudida por los sollozos, le reprochó por pensar tan sólo en la gloria que obtendría en la guerra y en su rey, que para él lo era todo, y ella en cambio no significaba nada, y que la llama de su amor se había extinguido en su corazón.

Él lo negó, pero no podía confesarle la verdad: que la preocupación por el nombre, el honor y el futuro de ella y de la niña lo obligaban a separar su destino del de ellas, que lo hacía por necesidad, y que, al unirse al ejército sueco, no buscaba la gloria sino una muerte honorable que nunca tendría si permanecía en la hacienda. Y una y otra vez le repetía, tratando de convencerla:

—Querida mía, mi mayor tesoro, sabes muy bien que mi amor no se ha extinguido, su llama sigue ardiendo en mi corazón. Eres mi ángel y mi felicidad, y nada de lo que suceda

en el futuro me hará cambiar. Pero debo marcharme. Durante siete años he permanecido apartado de la guerra. Ahora mi rey me llama, sabía que podía ocurrir en cualquier momento. ¡No llores, mi amor! ¿Acaso no has prometido amarme y respetarme, y aceptar todo lo que viniera de mi mano, lo bueno y lo malo?

—¿Y tú? —le preguntó ella desesperada—. ¿Acaso no has prometido que permanecerías a mi lado hasta que la muerte nos separe? ¿Qué voy a hacer sin ti? ¿Y qué me importa tu rey, que nunca ha amado a una mujer sino únicamente la gloria?

—No hables así de la respetabilísima y altísima Persona de Su Majestad —dijo el Caballero Sueco—. Ay, amada mía, quisiera quedarme contigo, pero no es posible. Ha llegado la hora de ceñirme la espada. Dios sabe que no me voy con el corazón alegre. ¡Pero mi rey me llama!

Ella lloró durante todo el día y toda la noche. Por la mañana le sobrevino una extraña serenidad. Se levantó y fue al armario a buscar la casaca sueca azul con botones de latón y cuello rojo. El pantalón de piel de alce, los guantes de esgrima amarillos, la espada del puño de cuero, la bolsa, la botella y las pistolas de jinete. Y mientras contemplaba todas aquella prendas esparcidas ante ella, recordó la imagen del Caballero Sueco que, con el sombrero bajo el brazo, se había presentado ante ella en el jardín soleado, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Que Dios, en su misericordia, os proteja a ti y a tu rey —dijo en voz baja, mientras deslizaba sus manos sobre la vieja casaca azul.

Maria Christine se acercó al establo dando saltitos. Encontró a Cuellotorcido sentado en su arcón y remendando su vieja cincha. Durante un rato estuvo mirando cómo trabajaba, y luego se puso a hablar de lo que llenaba su corazón de inquietud y de impaciencia. Le preguntó:

—¿Ya sabes que mi padre se marcha a la guerra?

—Sí —dijo Cuellotorcido—. Y mi compañero y yo nos vamos con él.

—Entonces ya sois tres —contó Maria Christine con los dedos—. ¿Por qué seréis tres, como los Reyes Magos de Oriente?

—Para que cuando dos callen haya uno que escuche —le explicó Cuellotorcido.

—¿Está muy lejos la guerra? —quiso saber Maria Christine.

—Si me das una vara, te lo mediré —respondió Cuellotorcido.

—¿Y cuándo volveréis?

—Cuando hayas gastado tres pares de zapatitos, entonces volveremos.

—Pero yo quiero saber qué día vais a volver —grito Maria Christine.

—Vete al bosque y pregúntaselo al cuco, ése te dirá el día —le aconsejó Cuellotorcido.

—¿Y tú qué vas a hacer en la guerra?

—Ganar dinero y hacienda —respondió Cuellotorcido—. Me estorba la faltriquera vacía. Me pesa menos cuando está llena.

—Madre llora —le informó la niña—. Madre dice que hay muchos que se quedan en la guerra y que no regresan jamás a casa.

—Pues por eso mismo puedes ver que la guerra es buena cosa —opinó Cuellotorcido—. Porque si fuera mala, todos volverían en seguida.

—Entonces, ¿por qué llora madre? —preguntó la niña.

—Porque no puede venir con nosotros.

—¿Y por qué no puede ir con vosotros?

—A causa del mal tiempo. ¿Qué iba a hacer en la guerra si se pone a llover y a nevar?

—Pero yo no quiero —gritó Maria Christine pataleando— que mi padre esté en la guerra cuando se ponga a llover y a nevar. Se va a llevar su vieja casaca azul, que se moja en seguida. Tiene que volver a casa cuando empiece el mal tiempo.

—No te pongas así —le rogó Cuellotorcido—. Ya veré lo que se puede hacer.

—Tienes que ayudarme —dijo Maria Christine subiéndose a sus rodillas—. Sé que puedes hacerlo. No quiero que mi padre se quede en la guerra, ¿me oyes? ¡No te hagas el sordo! Tú sabes hacer muchas cosas, tienes que hacer que vuelva a casa.

—¿Te crees que estoy aquí para hacer todo lo que tú quieras? —dijo Cuellotorcido riéndose—. ¡Serías capaz de convencer al mismo diablo de que liberara el alma de quien quisieras! Deja ya de tirarme de la barba, ¿crees que te voy a dejar que me la arranques a pedazos? Y ahora, fíjate bien: si de verdad quieres que tu padre vuelva de la guerra debes coger tierra y sal, meterlo en un saquito…

—Tierra y sal —repitió Maria Christine—. ¿Qué clase de tierra? ¿Roja? ¿Negra?

—La tierra es tierra, da igual que sea roja, amarilla, negra o marrón —le explicó Cuellotorcido—. Mete sal y tierra en un saquito y cóselo en la casaca azul de tu padre, entre el forro y la tela. Tienes que hacerlo por la noche, a la luz de la luna, y nadie deberá verte con la aguja en la mano, y tampoco deberá ladrar ningún perro ni cantar ningún gallo, si no se romperá el

hechizo y tendrás que empezar de nuevo. ¿Lo has comprendido?

—Sí —susurró la niña.

—La sal y la tierra en su casaca —continuó Cuellotorcido — tendrán tal poder que pensará en ti día y noche. Son más fuertes que una cuerda de campana, lo sujetarán y lo arrastrarán hacia ti de tal manera que no tendrá paz, ni de día ni de noche, hasta que no regrese junto a ti. ¿Te acordarás de todo lo que te he dicho?

—Sí —dijo Maria Chrístine con voz temblorosa, a quien asustaba la idea de tener que hacer todo aquello en la oscuridad de la noche—. Tierra y sal en un saquito, y luego, con aguja e hilo…

—Bajo la luz de la luna, nada de velas —le advirtió Cuellotorcido—. ¡No lo olvides! Hace once días que hubo luna nueva, ahora está en creciente, puedes intentarlo.

Cuando la luna se elevó sobre las hayas rojas y los alisos del jardín, Maria Christine se deslizó fuera de su cama. De debajo de la almohada sacó el saquito con tierra y sal, una pequeña tijera, aguja e hilo. Entonces salió de su habitación y bajó la escalera sin hacer ruido. Dio un par de pasos, se detuvo un instante junto a la puerta para comprobar que todo estuviera tranquilo, y luego, con el corazón latiéndole muy fuerte, entró en la habitación en la que se encontraba la casaca sueca azul de su padre extendida sobre una poltrona.

Había algo de luz en la enorme estancia, la luz de la luna entraba por la ventana y dejaba adivinar los contornos de las cosas. Los botones de latón de la casaca azul lanzaban destellos. Maria Christine se apartó de la puerta y se asustó un poco al ver su imagen reflejada en el espejo que colgaba de la pared. Cuando se dio cuenta de que no había nadie más en la habitación, respiró hondo y cogió la pesada casaca. La apretó contra su cuerpo y la arrastró hasta la ventana y, poniéndose en

cuclillas, lanzó un leve suspiro, temiendo que el ladrido de algún perro o el canto de un gallo arruinasen su plan secreto. Pero no se oía nada y ella colocó la casaca sobre sus rodillas y cogió la tijera.

Los perros y los gallos dormían a aquella hora, pero su padre y su madre permanecían despiertos en la «habitación larga». Maria Agneta estaba sentada, con la cara pálida y los ojos llorosos, mientras el Caballero Sueco contemplaba el fuego con los brazos cruzados. Su memoria se había remontado hasta el momento en que se cruzó por primera vez con Maria Agneta. Había sido en aquella misma sala, encontrándose ella en la miseria y engañada por todos. Se había quejado de su querido muchacho por haberla olvidado a ella y a su amor. En aquel momento había surgido en él, el desvalido prisionero del barón Maléfico, la pretensiosa idea de hacerla suya y de que él sabría ser mejor caballero ante ella y ante el mundo que el hombre que ocupaba su pensamiento. Lo que al otro le habían puesto en la cuna, él había tenido que ganárselo con malas artes, abusos y engaños. Siete años había durado su felicidad. Y ahora tan sólo le quedaba una cosa por hacer: si se le había concedido poder vivir como un caballero durante siete años, ahora le correspondía morir como tal. Estaba decidido a buscar la muerte en el ejército sueco, y sabía que debía agradecerle al destino que se le ahorrara morir a manos del verdugo.

—Hay gente buena, honrada y con experiencia en la hacienda —le dijo a Maria Agneta—. Tan sólo deberás preocuparte de llevar la casa, y no te faltará nada.

—En lo que no has pensado es en que me faltarás tú, querido mío —susurró Maria Agneta.

—También deberás vigilar —continuó el Caballero Sueco — que no se gaste mucho en la casa, en los establos ni en las tierras, pero tampoco debe faltar lo necesario. No gastar nunca más de lo que se gana. Deshazte del ganado inútil en cuanto

puedas. Y no te apresures con la siembra de verano. ¡Es mejor esperar a que llegue el buen tiempo! Y acuérdate también de que un acre bien trabajado y bien abonado vale más que dos en mal estado.

—¿Cómo voy a poder acordarme de todo eso —se lamentó Maria Agneta—, si no voy a tener un momento de tranquilidad? El temor de que te suceda algo me atormentará día y noche.

El Caballero Sueco continuaba pensando en sus ovejas, que le habían hecho ganar unos cuantos ducados. Pero cuando quiso explicarle a Maria Agneta que sólo los buenos pastos producen buena lana, y cómo debía proteger las ovejas contra la disentería y la sarna, oyó unos golpes que parecían provenir de la habitación de al lado. Se puso un dedo sobre los labios.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó—. ¿Lo has oído? ¿Quién sigue despierto a estas horas?

—No hay nadie despierto en la casa —opinó Maria Agneta —. Ha sido un golpe de viento que ha debido de cerrar los postigos.

Pero al Caballero Sueco le había parecido oír el crujido de unos pasos. Cogió el candelabro de la mesa, se acercó a la puerta y la abrió.

—¡Eh! —gritó—. ¿Quién está ahí?

La pequeña Maria Christine había estado dando puntada tras puntada con el corazón en vilo, pues oía la voz de su padre muy cerca. Y cuando por fin terminó con su trabajo sin que ningún perro hubiera ladrado y sin que ningún gallo cantara, y tras colocar aliviada la casaca azul sobre la poltrona, oyó que algo muy pesado caía a su lado con un golpe seco.

La niña se asustó y no supo explicarse qué había pasado. Quiso salir corriendo, pero se golpeó con el canto de una silla y se frotó la cadera y la rodilla, a punto de llorar. Sin embargo,

siguió avanzando hacia la puerta, pero con las prisas perdió una pantufla, se detuvo durante un instante sin saber qué hacer, y finalmente salió de la habitación, precisamente en el momento en que oyó gritar al Caballero Sueco: «¿Quién está ahí?»

Durante un rato los dos permanecieron junto a la puerta abierta, el Caballero Sueco, que sujetaba el candelabro en la mano, y Maria Agneta, que, temerosa, se apretaba contra él. De pronto, al mover él el brazo, la luz de la vela iluminó la cantonera de cobre de un libro que estaba en el suelo junto a la poltrona. Maria Agneta corrió hacia él y lo recogió.

—Ha sido esto —dijo—. Se ha caído. Seguramente el gato se ha subido a tu casaca y ha tirado de ella, y el libro se ha deslizado fuera del bolsillo. Parece que tuviera cien años, huele a moho.

El Caballero Sueco miró pensativo su viejo arcano, del que no había vuelto a acordarse durante todos aquellos años de felicidad.

—Es la Biblia de Gustavo Adolfo, el famoso héroe —le explicó a Maria Agneta—. Lo llevaba debajo de la coraza cuando la muerte lo alcanzó. Y yo debo entregárselo al joven rey de los suecos en persona, así se me ha ordenado. Pero no sé si hacerlo me proporcionará honor alguno, tiene un aspecto terrible, la lluvia la ha empapado y los gusanos se han cebado en ella. Pero no creo que el rey sueco se fije en tales destrozos.

Se encogió de hombros, pero, a pesar de todo, el libro sobre la mesa junto a las pistolas de jinete y los guantes de esgrima amarillos.

Dos días más tarde, al alba, cuando la niebla aún cubría el estanque y los prados, el Caballero Sueco abandonó la casa en compañía del Veiland y de Cuellotorcido. Mucho le había dolido despedirse de Maria Agneta y, cuando ella lo abrazó por última vez y le deseó, con labios y voz temblorosos, que

Jesucristo Todopoderoso lo protegiera, le resultó muy difícil ocultarle que aquél era su último adiós.

La niña estaba dormida y tampoco se despertó cuando su padre le besó la boca, la frente y los ojos.

ÚLTIMA PARTE

El Sin Nombre

Hacía tiempo que había anochecido. El Caballero Sueco se hallaba sentado en una taberna helada en tierra polaca delante de una jarra de cerveza medio vacía. Tres días galopando por bosques y cenagales lo habían fatigado, pero no tenía intención de dormir. El perro del tabernero estaba echado en el suelo persiguiendo en sueños conejos, zorros y jabalíes. El tabernero, que sólo hablaba polaco, bebía aguardiente en una esquina con el Veiland y Cuellotorcido. Estaba nervioso, pues su mujer estaba de parto, y los dos le daban consejos sobre cómo podría aliviarle los dolores. Debía darle agua de miel con hojas de perifollo machacadas, decían, pero el tabernero no los entendía y preguntaba una y otra vez qué se les ofrecía.

La llama de la lámpara ardía lentamente. Afuera silbaba el viento y cuando en la sala se hacía el silencio se oían los quejidos de la mujer y los susurros y el crujir de las ramas de los árboles que rodeaban la casa.

El Veiland y Cuellotorcido sorbieron el resto de aguardiente que les quedaba y abandonaron la habitación. El posadero los acompañó guiándolos con la antorcha, la escalera de madera crujió bajo el peso de sus pasos. El Caballero Sueco permanecía inmóvil y con la cabeza inclinada, sus pensamientos giraban incansablemente en torno de su hacienda y, cuando todo volvió a estar en calma, le llegaron de nuevo los ruidos y las voces familiares que todo el día habían resonado en sus oídos. Durante unos segundos oyó las palabras entrecortadas de las criadas que por la tarde se sentaban a charlar y a desgargolar el lino. Oyó el crujido del portón de la casa y luego el quejido del pozo. Oyó a Maria Agneta llamar a las palomas y el arrullo de éstas al acudir volando, el zumbido de la piedra de afilar, el grito del buey al uncirlo los criados al carro. «Esta noche tendremos tormenta», le oyó decir al criado. El chacoloteo de los zuecos, el tintineo de los cubos de leche, y entre ellos una y otra vez la vocecita

de Maria Christine, que llamaba llorando a su padre y no quería creer que se hubiera marchado.

El Caballero Sueco se irguió con un movimiento brusco. Sacó su arcano de la bolsa y lo lanzó sobre la mesa.

—Mucho has cambiado —le dijo a la Biblia de Gustavo Adolfo—. Hace tiempo me azuzabas de una escaramuza a otra, tras un golpe venía otro, día y noche agitabas ante mis ojos, para embaucarme, el oro y la plata del mundo para que fuera tras ellos. Me has enseñado lo que el mundo podía ofrecerme. Ahora, en cambio, no dejas de atormentarme, hora tras hora, con la visión de todo lo que he perdido para siempre. Déjame en paz, te digo, no me hagas sufrir más, o, tan cierto como hay Dios, que te echaré al fuego, estoy harto de ti.

Después se calló y se quedó con la mirada perdida. Luego pasó la mano por la cantonera de cobre del viejo libro.

—Tienes razón —dijo, como si la Biblia del rey muerto le hubiera respondido—. ¿Cómo es posible que de un día para otro haya podido dejar de escuchar la voz de mi adorada y la risa, los gritos, los cantos y el llanto de mi niña? Dices verdad. Soy más hábil con la azada del campesino que con el mosquete. ¿Qué voy a hacer yo en el ejército sueco? Quemar aldeas, arruinarles el campo a los aldeanos y ahuyentarles el ganado. Saquear sus casas y asustar a esas pobres gentes, amenazarlos con el látigo y con maldiciones: «¡Canalla, acá con todo lo que tengas!» Loco tendría que estar para proporcionarle al rey sueco otro soldado más para abrir trincheras, asaltar fuertes, y reventar mi caballo. Si tiene algún asunto que resolver con el zar de los moscovitas, es cosa suya, que se avenga con él o que lo ataque, ¿a mí qué me importa?

El viento silbó de nuevo, el perro hipó en sueños. El Caballero Sueco continuó hablando con la mirada fija en el libro que tenía ante sí, sobre la mesa:

—He jugado esta partida como un hombre, bien lo sabes —dijo en voz baja—. ¿Acaso voy a darlo todo por perdido sólo porque una mujer no quiera olvidar?

Pensaba en Lisa la Roja y en que hubo un tiempo en que lo amó profundamente, le seguía los pasos, devota como una perra, obedeciendo la menor señal de sus ojos. Quizá pudiera volver a encender las cenizas de su viejo amor. Cuanto más lo pensaba, más crecía en él la esperanza de volver a tener su destino en sus manos, y en aquel instante le pareció que todo era posible.

«Tengo que intentarlo, no hay otro camino», se dijo. «Y si lo consigo, regresaré a mi hacienda, y estos tristes días no habrán sido más que un mal sueño. Si no lo consigo, que el verdugo acabe con la vida de un Sin Nombre.»

En ese momento oyó unos pasos. La escalera crujió y alguien abrió la puerta. El Veiland y Cuellotorcido asomaron sus cabezas.

El Caballero Sueco se apresuró a esconder el arcano en su bolsa. Luego les gritó:

—¿Qué hacéis paseándoos por la casa? Iros a planchar la oreja, no nos queda mucho tiempo, saldremos mañana antes de que salga el sol.

—¿Tanta prisa tienes, Capitán? —preguntó Cuellotorcido —. Hay un nuevo cristiano en la casa, ¿no oyes cómo grita? Es un niño, y el posadero está tan contento que dice que nos invita a comer y a beber dos días. ¿Por qué no nos quedamos y dejamos que nos traten a cuerpo de rey? Siempre tendremos tiempo de ir a la guerra de los suecos, no se nos va a escapar.

—No vamos a ir a la guerra de los suecos, he cambiado de opinión —le informó el Caballero Sueco—. Vamos a dar media vuelta, iremos a Schweidnitz, donde tienen su cuartel los dragones, pero no es a ellos a quienes quiero ver sino a

Lisa la Roja, con quien tengo que hablar dos palabras, a vida o muerte.

Cuellotorcido se quedó paralizado por la sorpresa, pero en un instante se rehizo y ya le estaba dando consejos.

—Si hablas con ella, Capitán, enséñale unos cuantos táleros —opinó—. A sus ojos la pobreza es el peor pecado. Si puedes evitar la desgracia con dinero, habrás salido bien parado.

—¡Anda ya, vete al diablo! —gritó el Veiland—. Capitán, hazme caso: nada de charlas, una piedra al cuello, y luego, ¡zas!, visto y no visto, al agua con ella, ése es mi consejo.

—Dejadlo ya —respondió el Caballero Sueco—. De un modo u otro la haré callar, aunque luego tenga que entregarme yo mismo al verdugo. Estoy decidido a apostar mi última carta a esta baza, me juego la vida en esta partida.

—Eso ya lo sé, que no se trata de una fruslería —dijo Cuellotorcido—. Pero no temo por ti, Capitán. Siempre has sido un valiente, estar entre la vida y la muerte era antaño tu juego favorito.

A una hora de distancia de Schweidnitz, al borde del río, encontraron un chozo de jornaleros rodeado de matorrales que hacía años estaba deshabitado. Allí se instalaron los tres hombres; también encontraron un cobertizo para los caballos y, cuando empezó a atardecer, el Veiland partió hacia la ciudad para averiguar dónde vivía Lisa la Roja con su sargento y qué hora sería la mejor para dar el golpe.

—Siempre has sido el mejor corredor —dijo el Caballero Sueco al despedirlo—, y ahora espero que te esfuerces todo lo que puedas. Pero ten cuidado, que no te vea Lisa la Roja, te reconocerá al instante; aunque te hayas rapado la barba, no creas que vas a cambiar tanto. Haz uso de tus tretas, pero ve con pies de plomo, ahora todo depende de ti.

—¡Déjalo marchar ya y no te preocupes por él! —opinó Cuellotorcido—. Conozco al Veiland y sé que no hay en toda Silesia ningún árbol del que vaya a dejarse colgar.

El Veiland estuvo ausente aquella noche, el día y la noche siguientes. Cuando regresó había visto y oído todo lo que el Caballero Sueco necesitaba saber.

—Los dragones llevan ya unas cuantas semanas en Schweidnitz, han comprado caballos —les informó—, y Lisa la Roja se aloja con su sargento en la casa de un sastre, en la parte baja de la ciudad, no tendrás más que preguntar por la casa del árbol verde. La mejor hora es la medianoche, entonces la encontrarás sola en la alcoba, el sargento suele estar en la taberna del Cuervo bebiendo como un tudesco. Después de las doce, cuando ya está como una cuba, sube las escaleras armando jaleo y entonces los esposos se ponen a discutir de tal modo que se los oye en toda la calle. Los vecinos están acostumbrados y ya no les importa. He estado pensando cómo podrías llegar hasta la casa sin que te vieran. Entre el jardín y la casa hay un montón de leña apoyado contra el muro, y si coges la escalera pequeña que hay en el cenador y la pones contra la madera…

—Ya veré yo cómo hago para entrar —lo interrumpió el Caballero Sueco—. ¿Tienes alguna otra cosa que decirme?

—Que me debes veintidós cruzados y medio, lo que he pagado por la comida y dos jarras de cerveza, el tabernero ése se cobra cara la pitanza —dijo el Veiland.

A última hora de la tarde, el Caballero Sueco salió con el Veiland hacia la ciudad. Cuellotorcido se quedó con el caballo de carga y los sacos en el chozo, para que no lo vieran por aquellos lares. Al llegar a la ciudad preguntaron por la mejor posada y se instalaron en ella. El Caballero Sueco pidió que le dieran de cenar, pero no en el comedor sino en su *logement*,

alegando que el viaje lo había fatigado y que su propio criado lo atendería.

De este modo permanecieron los dos en sus habitaciones para que nadie los viera. Cuando dieron las diez se deslizaron fuera de la casa y el Veiland condujo al Caballero Sueco a través de calles y callejuelas a la parte baja de la ciudad, hasta el patio que lindaba con la casa del árbol verde.

—El sastre todavía está despierto, está en su taller —le susurró el Veiland al Caballero Sueco—. Pero en la habitación de Lisa la Roja no se ve luz, me parece que aún no ha llegado.

—O quizá es que ya se ha acostado, ha apagado la luz y está durmiendo —le replicó el Caballero Sueco susurrando a su vez.

—Eso no —se oyó la voz del Veiland surgiendo de la oscuridad—. No se acuesta nunca antes de que llegue su sargento.

La luna se había ocultado tras un banco de nubes. El Caballero Sueco sacó una linterna de debajo de su capote y alumbró con ella el muro de la casa durante unos instantes. Con eso le bastó para medir la distancia que separaba la pila de leña de la ventana y para darse cuenta de que no necesitaba ninguna escalera para alcanzarla. También había previsto cómo abriría los postigos de la ventana sin que lo oyeran.

Le entregó la linterna al Veiland.

—Llévatela, ya no la necesito —le dijo—. Y ahora corre, vete a la posada, paga al posadero, saca los caballos del establo, vuelve con ellos y mantente apostado cerca de aquí. Cuando estés de vuelta hazme un seña imitando el canto del cernícalo o del águila ratonera para que sepa dónde puedo encontrarte.

—¿Has revisado tus pistolas, Capitán? —le preguntó el Veiland.

—Sí. Y ahora, ¡vete! ¡Por todos los diablos! —le ordenó el Caballero Sueco. Y, mientras el Veiland desaparecía en la oscuridad, comenzó a subir por la pila de leña.

Lisa la Roja entró en la habitación y, al tiempo que cerraba la pesada puerta a sus espaldas, se deshizo de sus pesados zapatos. Avanzó un par de pasos hacia la lumbre, cuyas brasas iluminaban con un débil rayo de luz el suelo de la habitación, y colocó su cesta llena de huevos sobre la mesa. Luego se acercó a la ventana para abrirla, pues la estancia estaba llena de humo. De pronto alzó la cabeza. Le pareció haber oído la respiración de una persona.

—¿Eres tú, Jakob? —preguntó.

Nadie respondió, y tampoco oyó ruido alguno. Sin embargo, algo le decía que no estaba sola en la habitación. Con voz insegura gritó:

—¿Quién está ahí?

Como no obtuvo respuesta avanzó a tientas en la habitación oscura buscando una tea y la encendió con las brasas de la lumbre. Y entonces vio la figura de un hombre sentado en el borde de su cama, inmóvil. Se dio cuenta en seguida de que aquel hombre no era su Jakob. En ese momento sólo sintió curiosidad, no miedo.

—Veamos quién ha entrado volando en mi habitación —dijo, e iluminó la cara del Caballero Sueco.

Lanzó un grito ahogado. Se echó hacia atrás tambaleándose, la tea cruzó el aire dibujando una espiral de chispas, un escalofrío le recorrió la espalda. La mano que sujetaba la tea empezó a temblarle convulsivamente mientras la otra erraba en el vacío tratando de encontrar apoyo. El Caballero Sueco seguía sentado sobre la cama sin moverse. Sus ojos, casi ocultos por las espesas cejas, la miraban fijamente, en su boca había un deje de burla, y su sombra se agitaba en la pared bailando una danza diabólica.

Lisa la Roja dejó caer la tea, que se apagó al tocar el suelo. Un torbellino de pensamientos confusos e inconexos bullía en su cabeza.

«¿Es él? ¿Es posible que sea él? ¿Cuánto tiempo hace que no lo he visto? ¿Sabrá quizá que…? ¿Quién se lo habrá dicho? Me ha mirado con ojos de asesino. Debo armar alboroto, pedir auxilio. ¿Quién me va a oír? El sastre, que tiene la gota. Los vecinos, hasta que se despierten… ¡Cómo me ha mirado! Sí, todos estos años me ha estado rondando esa misma imagen. Dios se apiade de mí, ¿qué voy a hacer? Si Jakob… Jakob no puede oírme. A medianoche, cuando llegue, será demasiado tarde, entonces estaré… ya me habrá… Jesús, ¿quién va a ayudarme? Y él podrá salir corriendo, bajará por la ventana y nadie lo encontrará, en eso no hay quien le gane, ¡no debe salir de aquí! Lo he atrapado y debo retenerlo, ya no habrá que esforzarse en buscarlo, y cuando mañana el barón Maléfico… Su Excelencia, ¡ya lo tenemos! Todo ese dinero, saldría de la miseria, no, no debe salir de aquí, aunque tuviera que… ¡oh, Jesús, el dinero…!»

—¿Por qué me tienes a oscuras? ¡Prende la luz! —le oyó decir a su antiguo Capitán. Con la brasa de la lumbre encendió la bujía de sebo y entretanto logró poner orden en sus pensamientos. Vio la pistola en la mano del Caballero Sueco y aquel fuego perverso de sus ojos que conocía de otros tiempos, sabía muy bien por qué había venido y que se jugaba la vida. Pero fingió no tener miedo, hizo como si todavía fuera su querido camarada, a quien se alegraba de volver a ver después de tantos años, y se puso a hablar, hilvanando una palabra con otra para ganar tiempo, mientras pensaba en cómo podría salvar la vida y entregar a su antiguo amante al barón Maléfico.

—Así que eres tú de verdad —dijo, como quien saluda a una visita inesperada—. No sé por qué me tiemblan las manos, es por la alegría de volver a verte. Es un honor que no sé cómo

podré pagarte, que te hayas tomado el tiempo de venir a verme. ¿Cómo has entrado? ¿Por la ventana? ¡Sigues con los mismos juegos de antes! Los vecinos van a pensar mal de mí. Acuérdate para la próxima vez de que hay que entrar por la puerta, mi casa es una casa respetable. Bueno, éste es mi hogar, ¿te gusta?

—Mucho —respondió el Caballero Sueco. La miró y vio en su cara una dureza y una hipocresía que nunca antes había visto. En ese momento se dio cuenta de que no podía esperar nada de su amor, hacía tiempo que se había extinguido. Lisa la Roja se interponía entre él y su felicidad, y debía hacerla callar para siempre. Con la pistola en la mano continuó esperando la señal del Veiland.

—¿Y tú? —continuó preguntando Lisa la Roja—. ¿Qué tal te han ido las cosas? No se te ve ni más rico ni más feliz que antes. Bueno, a mí tampoco me ha salido todo a pedir la boca. ¿Qué se le va a hacer? Cuando me asaltaban las penas y el insomnio he echado mano de la botella. Ahora ya no necesito esa clase de consuelo. Capitán, ¿has venido para ver cómo me va con mi flamante marido? Entonces dime con qué nombre y qué título debo presentarte a mi Jakob, ya no tardará mucho en llegar, a cada momento me parece estar oyendo sus pasos en la escalera.

—Que venga si quiere —dijo el Caballero Sueco—. No tardarás en ver cómo la baja de nuevo camino del infierno.

—Santo cielo, ¿qué es lo que dices? ¿Acaso estás celoso y quieres acabar con mi Jakob? —exclamó Lisa la Roja. Y en ese preciso momento se le ocurrió una idea que le permitiría entregar a su antiguo amante al barón Maléfico. Su cerebro había concebido un plan perverso. Aún le estremecía pensarlo, todavía sentía un resto de amor rebelarse en su interior, y por un momento se le encogió el corazón y quiso gritar de miedo y de dolor. Pero ese combate duró tan sólo unos instantes, su odio era mayor que cualquier otro sentimiento. ¿Acaso no le

había rogado a Dios cientos de veces de rodillas que le entregara a aquel hombre para poder agradecerle debidamente lo que había hecho con ella? Ahora había llegado la hora, lo tenía en su poder. Miró a su alrededor —allí, en el suelo y junto a la lumbre estaba el saco de las herramientas de su marido, y en la lumbre había brasas— y entonces se decidió. Continuó hablando sin que su voz reflejara nada de lo que había sucedido en su interior.

—¿De verdad estás celoso? —se rió—. Ay, Capitán, deberías haberme vigilado mejor, me has dejado sola tantos años, ahora es demasiado tarde. Piénsalo dos veces, te lo aconsejo. No le busques las cosquillas a mi Jakob, se irrita fácilmente. ¡Si pudierais ser amigos! Pero ya es hora de que le prepare su pastel de huevos, el fuego está a punto de apagarse, y si viene y no ve la comida en la mesa, me espera una buena.

Cogió los huevos de la cesta y los rompió contra la sartén. Luego se agachó y cogió del saco de las herramientas la barra de hierro con la que solían marcar a los caballos en la parte izquierda del cuello el emblema del regimiento. Era una L de una pulgada, porque el coronel, el barón Maléfico, tenía el título de barón von Lilgenau, y porque si se invertía, parecía una horca. Lisa la Roja metió la barra entre las brasas como si quisiera removerlas con ella.

—Para estas cosas es muy suyo —dijo incorporándose, aunque sin retirar la barra—. Si no le pongo la comida en la mesa a su hora, la toma conmigo. Por lo demás, no tengo ninguna queja de él. No quiere ni oír hablar de niños. Dice que no harían más que molestarnos. Pero yo creo que con los años llega el buen juicio y que cuando le den el ascenso… los oficiales del regimiento le tienen estima…

Desde el jardín les llegó el grito de un cernícalo. El Caballero Sueco se levantó y avanzó hacia ella.

—¡Basta! —le ordenó a media voz—. Reza un Padrenuestro, encomiéndate a Dios y confiesa tus pecados, no te queda mucho tiempo.

—¿Por qué voy a rezar un Padrenuestro? ¿Qué es lo que pretendes? —exclamó Lisa la Roja retrocediendo un paso—. ¿Has vuelto a tu antiguo oficio y quieres ensayarlo conmigo? No te esfuerces, en mi casa no hay dinero.

—No necesito tu dinero. Sabes muy bien para qué he venido, lo sabes desde el primer momento. ¿Acaso no has hecho un trato con el barón Maléfico, no le has prometido entregarme a él a cambio del ascenso de tu marido?

Lisa la Roja se retiró el pelo de la frente y se encogió de hombros.

—Ah, ¿de eso se trata? —preguntó—. ¿Quién te ha contado esa patraña?

Sin esperar su respuesta se agachó y se puso a remover las brasas de la lumbre, como si su única preocupación fuera que el pastel de huevos cuajara. Y, con la barra bien sujeta, siguió hablando:

—No temas por mí. Nunca he dicho nada, y no tengo intención de hacerlo. Pongo al cielo y a la tierra por testigos de que no te deseo mal alguno.

Entonces oyó un ligero ruido, el crujido de la puerta de la casa al abrirse y cerrarse. Era su Jakob, por fin. Ahora era el momento, antes de que llegara a entrar en la habitación, antes de que pudieran oírse sus pasos en la escalera. «¡Dale!», le susurró una voz en su interior. «Es tu enemigo y el enemigo de toda la humanidad, ¡dale! No debes tener compasión con él.»

—Ni un loco te creería —le oyó decir al Caballero Sueco —. ¡Levántate! ¿Eres capaz de jurarlo por el agua sagrada con la que te bautizaron?

Ella se levantó de golpe. Durante unas centésimas de segundo se miraron a los ojos, y luego lo golpeó en la frente con el hierro candente.

Él soltó un grito sordo, se llevó la mano a la frente, tambaleándose, su cuerpo se dobló, su cara se contrajo a causa del dolor.

Pero en seguida logró dominarse. Lentamente se incorporó y apretó los dientes con un quejido. Muy despacio, pulgada a pulgada, levantó la mano que sujetaba la pistola.

Lisa la Roja había pensado en apagar la vela después de atacarlo y luego correr hacia la puerta a oscuras. Pero se quedó allí, como petrificada, espantada ante la visión del Caballero Sueco, y no era capaz de moverse, sólo pudo gritar.

Oyó los pasos de Jakob delante de la puerta, debía prevenirlo.

—¡Ten cuidado! ¡El ladrón de Dios! —aulló, y en su voz había espanto y orgullo, un terror mortal y una alegría salvaje —. ¡No entres! ¡Le he marcado la frente a fuego! ¡Corre todo lo que puedas, pide socorro! Le he marcado la frente…

En la habitación tronó un disparo. Lisa la Roja dejó de hablar y se desplomó hacia delante.

Una vez abajo, y mientras se tambaleaba tratando de agarrarse a la pila de leña, surgió el Veiland de la oscuridad y le susurró:

—¡Aquí estoy! ¡Aquí! ¿Qué ha sucedido? La he oído hablar de fuego y de marcas, estaba preocupado por ti.

—¡De prisa! ¡De prisa! ¡Vámonos! —gimió el Caballero Sueco. El Veiland lo sujetó por el brazo, lo arrastró hasta el lugar donde se encontraban los caballos y lo ayudó a subirse a la silla.

Cuellotorcido se sobresaltó al verlos entrar en el chozo. Miró el rostro de su Capitán con horror.

—¡La Virgen Maria! —gritó—. ¿Qué es lo que han hecho contigo? Al mismísimo turco se le helaría la sangre al verlo.

—¡Dadme de beber! —gimió el Caballero Sueco—. Me siguen los pasos. Debo marcharme del país. Tendré que esconderme como un animal salvaje.

Cuellotorcido le alcanzó la jarra. El Caballero Sueco la vació de un trago.

—Es culpa mía —dijo el Veiland—. No debería haberte dejado solo con ella.

—¿Y qué haremos ahora, Capitán? ¿Dónde iremos? —gritó Cuellotorcido.

—Sí, ¿a dónde? —murmuró el Caballero Sueco. Los dientes le castañeteaban—. ¡Al embajador del diablo! Al infierno del Obispo, donde estalla y crepita el fuego; allí he de ir, pues ya no hay lugar alguno donde pueda vivir y morir con honor.

El muchacho al que en la forja del Obispo llamaban el «Removedor» porque nadie era tan hábil removiendo las brasas de los hornos de fundición con el rejo, un tiarrón con la cara llena de cicatrices, alto, ancho de espaldas y con músculos duros como piedras, este muchacho ascendía por el camino forestal que conducía del infierno del Obispo al mundo, y lo hacía caminando despacio y con paso inseguro, como alguien que no estuviera acostumbrado a disponer de su voluntad. Durante nueve años había servido como un muerto viviente al fuego y al despótico Obispo en nueve trabajos distintos. Había sido un animal de carga uncido a la carreta, luego cantero, atizador, quemador, cargador, maestro carbonero, fundidor, y, al fin, patrón de horno. Como patrón de horno había dejado de soportar los golpes de los vigilantes sobre sus espaldas. Ahora era libre, aún le costaba creerlo,

había cumplido su condena y tenía ante sí el ancho mundo y sus caminos, el camino recto y el camino del mal.

Caminaba silbando una canción y dejando que el viento se colara por los agujeros y los rotos de su blusón de cutí y, cuando se le antojaba, hacía tintinear la bolsa con el dinero que el día anterior el contable le había entregado en la cancillería del capataz o del alcaide. Seis florines y medio, eso era todo lo que tenía, ahora debía ver cómo se las arreglaba. Ante todo deseaba salir cuanto antes de aquel espeso bosque.

Al llegar a un cruce se detuvo sin saber si debía continuar por el camino de la izquierda o por el de la derecha, si por el lado donde sopla el fuelle o por donde sopla a contramano, como decían sus pobres hermanos de allá abajo en los hornos de fundición.

«Lo mejor será que lo eche a suertes», se dijo metiendo la mano en la bolsa y sacando un florín. Pero en el momento en que se disponía a lanzarlo escuchó de pronto una voz que le decía:

—El camino de la izquierda, con la venia de Su Señoría. Coged el camino de la izquierda y luego seguid todo recto, y Su Señoría encontrará lo que busca.

El Removedor levantó los ojos y a doce pasos de distancia vio a un hombre que llevaba un jubón rojo, una gorra de cochero con una pluma, y un látigo en la mano.

—Pero ¿de dónde sales? —gritó el Removedor sorprendido—. Por mis muertos, no te he visto ni te he oído llegar.

—Me he caído de un árbol, de un golpe de viento —dijo el hombre del jubón rojo riéndose y dando chasquidos con el látigo—. ¿Vuestra Merced no se acuerda de mí? —Se acercó a él y el Removedor vio una cara amarilla llena de arrugas y de surcos que parecía un viejo guante de cuero, y unos ojos como dos cuencas vacías verdaderamente pavorosos. Pero el

Removedor no se asustó, ya no temía ni al mismísimo diablo, sabía que en el infierno no hay diablos que sean peores que los propios hombres.

—Sí, te conozco —dijo—. En el dominio te llaman el «molinero muerto». Dicen que no eres humano. Que sólo se te permite venir a la tierra una vez al año y que después vuelves a convertirte en un saco de polvo y cenizas, y te vuelves tan diminuto que un perro podría llevarte en el hocico, eso es lo que dice la gente. ¿Es hoy el día, si se me permite la pregunta?

El hombre del jubón rojo torció la boca disgustado y enseñó los dientes.

—Su Señoría no debe hacer caso de las habladurías del pueblo —dijo—. Habla mucho, pero yo no encuentro distracción ni prudencia en lo que dice. Su Señoría me conoce y sabe que soy el cochero de Su Alteza el señor Obispo. He estado viajando todo este año, acabo de llegar de Haarlem y de Lüttich, le he traído a Su Alteza telas de damasco, encajes de Brabante y bulbos de tulipán. Su Señoría recordará asimismo que fui yo…

—No me llames Su Señoría —lo interrumpió el Removedor—. No soy tal. Mi nombre y mi honor se los ha llevado el viento.

—Su Señoría recordará —continuó el hombre del jubón rojo sin inmutarse— que fui yo quien os condujo a la buena vida.

—¡Que el diablo te lo pague! —gritó el Removedor—. ¡La buena vida! Antes del almuerzo ya te han dado una docena de estacazos.

—Sí, el capataz del señor Obispo es un hombre severo con los desarrapados, qué remedio le queda. En todas partes debe haber *justitia* —dijo el hombre que pasaba por ser el cochero del Obispo—. Pero cuando uno ha estado sirviendo como Dios manda y llega el día de partir, recibe su sueldo.

Al Removedor se le subió la sangre a la cabeza de la rabia que le dio oír aquello.

—Hombre, si lo que quieres es insultarme —gritó—, ándate con cuidado o haré que te tragues tus palabras. Seis florines y medio es lo que me han pagado, después de que el contable descontara lo que correspondía por la manteca y el pan, y por los trozos de carne que me han dado con la sopa.

—También Su Alteza tiene sus preocupaciones en estos tiempos difíciles —se lamentó el hombre del jubón rojo torciendo el gesto—. Mantener a toda una corte cuesta dinero. ¿Y de dónde se puede sacar? Lo que obtiene de los impuestos sobre la carne y la cerveza hace tiempo que está empeñado, habrá que sacarlo de las tierras. Pero todo eso no os afecta. Hoy mismo recibiréis lo que deseáis.

—¡Vete a incordiar a otra parte! —gruñó el Removedor—. ¿Cómo vas a saber tú lo que yo necesito?

—Lo que Vuestra Merced desea es un caballo que sea veloz y una espada —dijo el del jubón rojo.

—Sí, ¡y un par de pistolas! —exclamó el Removedor, perplejo—. ¿Pero quién demonios te lo ha dicho?

—Se lo he leído a Su Señoría en los ojos y en la frente —le respondió el hombre que se hacía pasar por cochero—. Y aún sé más: Su Señoría está dispuesto a coger el caballo del primer establo que encuentre.

—Bribón, ¿cómo te atreves a decirme tal cosa? —gritó el Removedor indignado—. ¿Me tomas por un sinvergüenza?

Pero como no le quedaba más remedio que admitir que el hombre de la boca torcida y los dientes de perro que tenía ante sí decía la verdad, añadió:

—Lo hubiera tomado prestado.

—Su Señoría no debe atormentar su conciencia inútilmente —opinó el hombre del jubón rojo—. Coja Vuestra Merced el camino de la izquierda y continuad todo seguido hasta que podáis ver el molino desde la colina y la casa del molinero. ¡Entrad en la casa y descansad un poco! Tendréis un caballo preparado con su silla y su brida, Vuestra Merced no deberá preocuparse de nada.

—Te tengo por un grandísimo embustero, pero sea, voy a ver qué hay de verdad en tus palabras —dijo el Removedor, y cogió el camino que conducía al molino.

El gigantesco árbol del molino crujía de tal modo que podía oírse a gran distancia y las paletas de la rueda se elevaban para desaparecer después. Aparte de eso no había ningún otro rastro de vida, no se veía ni un alma en aquel lugar. El Removedor buscó en vano en el establo y en las praderas de los alrededores el caballo que le habían prometido.

—¡No sé por qué tienes que creer al primer zampatortas que se te cruza en el camino! —se dijo, y luego se dirigió hacia la casa del molinero, pues el cielo se había llenado de nubes cargadas de lluvia.

Parecía como si nadie hubiera pisado aquella habitación desde hacía años. Las paredes estaban llenas de telarañas. Sobre la mesa, las sillas, el armario y el arcón había una gruesa capa de polvo, el viento azotaba los desvencijados postigos. El Removedor buscó algo de comer, se hubiera conformado con un trozo de galleta y una pinta de vino. Pero lo único que encontró fue una vieja y manoseada baraja francesa. Se entretuvo jugando una partida de *piquet*, pero en seguida se cansó. Se tumbó en el escaño junto al fogón, estuvo escuchando el crujido del árbol del molino y el murmullo de la lluvia, y luego se durmió.

Dormía tan profundamente que el estruendo de las espuelas del Caballero Sueco y de Cuellotorcido al entrar en la

habitación no lo despertó.

El Caballero Sueco se había resignado a su destino, sabía que ya no podía hacer nada para cambiarlo. Las puertas del mundo se habían cerrado para él desde que le habían marcado la frente a fuego, el único lugar al que podía acudir era al infierno del Obispo, el último asilo de los condenados a muerte. Cuellotorcido, en cambio, estaba de un humor de perros, todavía no se hacía a la idea y seguía sin comprender cómo habían podido fracasar de esa manera. Y, mientras esperaba a que acudiera el tabernero o el molinero para atenderlos, se encaró con el Caballero Sueco.

—¡No quisiste escucharme! Te dije lo que debías hacer. En el ejército sueco podrías haber llegado a general. Habríamos podido ganar mucho dinero, y ahora seríamos ricos. Y, en cambio, mírate ahora, pobre de solemnidad y más apagado que cuando te vi en la celda de Magdeburgo.

—¡Déjale en paz de una vez! Eres capaz de hablar más en un minuto que yo en un año —se oyó decir al Veiland desde la pradera, donde se encontraba frotando a los caballos tras la dura travesía.

El Caballero Sueco se tapaba la frente con un trapo de lino empapado en aceite. Sus pensamientos lo llevaron lejos de allí, era de noche y se encontraba en el dormitorio de su hija. Maria Christine había saltado de la cama y le había echado los brazos al cuello. Oyó cómo latía su corazón:

—Has venido —dijo, con un susurro tan leve como el viento—. Has venido y ya no te dejaré marchar.

—Tienes que dejarme —dijo él, con un murmullo de lluvia —. Volveré. He de reunirme de nuevo con el ejército sueco. Mi caballo me llevará, corre ligero como el viento.

—En una hora millas ciento —susurró Maria Christine.

Alzó la cabeza, y su adorada niña desapareció. En el borroso espejo que colgaba sobre la rinconera vio el signo de la horca dibujado en su frente.

—Si pudiera dormir para siempre —dijo en voz baja.

—¿Y qué va a ser ahora de nosotros? —continuó Cuellotorcido despiadado—. Ya no te servimos de nada. ¿Todavía conservas tu arcano, Capitán? De poco nos ha valido. Tíralo por la ventana, quizá pase un campesino, se tropiece con él y se rompa el cuello. ¿Dónde demonios se mete el tabernero? ¿Por qué no viene a ver a sus clientes?

Se levantó y cruzó la estancia. Entonces vio al Removedor tumbado en el escaño y se puso a dar gritos:

—¿Habráse visto? Aquí está, durmiendo detrás del fogón. ¡Hombre, despierta, que han llegado clientes, mira a ver si nos traes algo de beber!

Y mientras le gritaba de este modo le atizó un buen golpe. El Removedor se incorporó. El golpe que acababa de recibir le hizo creer que todavía se encontraba en los hornos y que el vigilante se había ensañado con él. Trató de levantarse, pero no pudo hacerlo en seguida.

—Sí, ya es hora —murmuró—. Han pasado dos horas y hay que cargar el horno.

—Cargado o sin cargar, aquí estamos —gritó Cuellotorcido—. Danos de beber. Ya hemos esperado bastante.

—Al instante —jadeó el Removedor, que seguía soñando —. Carbón y más carbón para el horno. La llama ha de ser blanca, sin chispas y sin humo. Y ahora cantos, dos cestas, así está bien.

Cuellotorcido se volvió hacia el Caballero Sueco moviendo la cabeza.

—¿Entiendes lo que dice, Capitán? —le preguntó—. Yo no lo entiendo. Me parece que son ensalmos.

El caballero echó un vistazo a la cara del Removedor.

—Éste no es el tabernero —le explicó—. Éste se ha escapado del infierno del Obispo y sigue fantaseando con el fuego.

El Removedor había conseguido volver en sí y ya sabía dónde se encontraba.

—Muy buenas tardes les deseo a Sus Señorías —dijo frotándose los ojos.

—Me importan un comino tus buenas tardes —gruñó Cuellotorcido—. ¿Dónde está el tabernero? Llevamos aquí un buen rato y no aparece nadie.

—No lo sé —respondió el Removedor—. A mí me han prometido un caballo porque me espera un largo camino, pero quien lo ha hecho no ha cumplido su palabra.

—Si no tienes caballo, aprende a montar en un palo —le propuso Cuellotorcido, que en ese momento odiaba a toda la humanidad.

El Removedor no hizo caso de sus palabras. Miraba como hechizado la casaca azul del Caballero Sueco.

—¿Tengo el honor de tener a un oficial de la corona sueca ante mí, o me equivoco? —le preguntó—. ¿Su Señoría viene del ejército?

—Directamente —dijo el Caballero Sueco pensando en poner así punto final a la conversación.

—¿Os han herido? —volvió a preguntar el Removedor, mientras señalaba el trapo de lino con el que el Caballero Sueco ocultaba la señal de su frente.

—Una nimiedad —dijo el Caballero Sueco encogiéndose de hombros. Pero Cuellotorcido, que pensaba que aquel

curioso merecía una mentira mayor, añadió:

—Tres o cuatro tártaros quisieron abrirle la cabeza con sus sables.

—Pero Vuestra Merced puede vanagloriarse de haberles ganado de mano —exclamó entusiasmado el Removedor—. Sí, los oficiales suecos saben manejar la espada. ¿Traéis alguna novedad del cuartel general? ¿Ha habido alguna otra victoria?

—No —dijo el Caballero Sueco, a quien empezaban a irritarle las preguntas de aquel hombre—. El ejército sueco se bate en retirada ante el avance de los moscovitas.

—¿Es cierto eso? ¿Tanto han cambiado las cosas? ¿Cómo es posible? —exclamó, perplejo—. ¿Y el general Lewenhaupt? ¿Y el mariscal Rehnskjöld?

—Se odian a muerte y se pelean continuamente —le informó el Caballero Sueco.

—¿Y los soldados suecos…?

—Hace tiempo que están hartos de la guerra. Quieren volver a sus tierras y a sus casas. También los oficiales están cansados de luchar.

—Su Señoría me disculpará, pero no os entiendo —dijo el Removedor lanzándole al Caballero Sueco una mirada desafiante—. ¿Los oficiales que están a las órdenes de un rey que hace temblar al mundo se niegan a luchar?

—Ya nadie tiembla ante él —le dijo el Caballero Sueco en tono seco y burlón—. ¿Qué es lo que ha conseguido ese rey? Arruinar a su país con sus chiquilladas y nada más. Todo el ejército lo comenta.

Durante unos minutos permanecieron en silencio. Entonces el Removedor dijo con voz tranquila y segura:

—Vuestra Merced miente. Nunca habéis estado en el ejército sueco.

—¡Llevaos a este tipo de mi vista! Empieza a resultarme insoportable —les gritó el Caballero Sueco a sus criados.

Cuellotorcido se acercó al Removedor y le apretó el brazo.

—¡Ven, muchacho! —le dijo—. Haz algo por tu salud y desaparece por la puerta. Ya ha dejado de llover.

Con un ligero movimiento del brazo el Removedor lanzó a Cuellotorcido a la otra punta de la habitación. Luego se acercó lentamente al Caballero Sueco y se plantó frente a él.

—Es una mentira —dijo—. Una mentira inmunda. ¡Deja el espiche tranquilo en la vaina, si no quieres que te haga pedazos! Tú no vienes de servir con honor al ejército sueco. ¿Que te han herido? ¿Quién se lo cree? Allá abajo, de donde yo vengo, hay muchos tirando del carro que no enseñan la frente. Deja que vea qué clase de honor o de vergüenza escondes.

Y con un rápido movimiento le arrancó el trapo de lino de la frente.

El Caballero Sueco se levantó. Quiso tapar el signo de la horca con la mano, pero ya era demasiado tarde y la dejó caer.

Se miraron en silencio, frente a frente, y entonces se reconocieron.

—¡Por el amor de Cristo! ¿Eres tú? —balbució el Caballero Sueco.

—¡Hermano! ¿Cómo es posible que volvamos a encontrarnos aquí? —exclamó el otro emocionado.

—Eres tú, ¡y yo que te daba por muerto!

—¿Y tú? ¡Cómo se te han torcido las cosas! ¿De qué calabozo vienes? ¿De qué galera?

—¡Doy gracias a Dios, hermano, de que hayas sobrevivido al infierno!

—¿No ibas a alistarte en el ejército sueco en mi lugar?

—Es una larga historia, hermano. Pensé que me iría mejor si permanecía en estas tierras. Si pudieras perdonarme lo que te hice.

—¿Qué es lo que me has hecho? He superado la prueba del infierno y el fuego me ha curtido. Pero dime, hermano, ¿qué puedo hacer por ti?

—Ya no hay nadie que pueda ayudarme. Me voy al infierno del Obispo para ocultarme. ¿Y tú? ¿Hacia dónde te diriges?

—A la guerra. Quiero servir a mi rey.

—No vas muy preparado para el viaje.

—¿Qué más da, hermano? Ya me las arreglaré. Allá abajo he aprendido a luchar contra cualquier contrariedad.

—Yo tengo un caballo, llévatelo. Mi espada, mis pistolas, mi saco, mi talega y mis dos criados: todo es tuyo.

—Es más de lo que necesito, quédate con tu saco y con la talega. ¿Cómo podré agradecértelo? Pero ¿y el arcano que un día te confié, la Biblia de Gustavo Adolfo…?

—¡Aquí la tienes, hermano, cógela!

—Alabado sea el cielo, la he recuperado. Ahora podré entregársela yo mismo a mi rey. Y tú, hermano…

—¿Trato hecho? Debéis beber un trago para que sea válido —dijo una voz semejante a un crujido, y en ese momento vieron detrás de ellos al molinero muerto con su jubón rojo, riéndose con aquella boca torcida y con un vaso de aguardiente en cada mano.

El soldado de Carlos XII cogió un vaso y lo levantó:

—¡Brinda conmigo, hermano! —le dijo al otro.

—¡Bebe, hermano! ¡Que el fuego ardiente no acabe con tu coraje!

—¡Que tu espada gane muchas batallas! —dijo el otro.

Tras esas palabras se despidieron.

El auténtico Christian von Tornefeld partió con sus dos criados a combatir en la guerra de los suecos, mientras el Sin Nombre se deslizaba, conducido por el molinero muerto, en el infierno del Obispo.

En el espeso bosque se oía el murmullo de la lluvia y el viento acariciaba las copas de los árboles. El molinero muerto caminaba cada vez más despacio, tropezando con cada piedra, con cada raíz que encontraba en su camino; parecía como si sus fuerzas lo hubieran abandonado.

Al llegar a un montículo de tierra donde crecían algunos manojos de hierba, se detuvo.

—Debes continuar tú solo, no te perderás —le dijo a su acompañante—. Es demasiado duro para mí. No te preocupes por mi persona, me quedaré aquí.

—Sin embargo, no es la primera vez que haces este camino —dijo el Sin Nombre.

—Sea la primera o la última, es demasiado, no puedo más —jadeó el molinero muerto. Se deslizó montículo abajo y puso la lámpara sobre el suelo—. Camina unos cien pasos y verás las llamas de los hornos.

—¿Hay alguien enterrado aquí? —pregunto el Sin Nombre —. No veo ninguna cruz.

—Aquí hay uno enterrado sin bendición —dijo el que había sido molinero—. Un hombre que en una noche amarga se puso la soga al cuello. Al tirar de ella oyó ulular al viento: «¡Es pecado! ¡Es pecado!», pero ya era demasiado tarde. El

búho golpeó en la ventana con sus alas. «¡El fuego! ¡El fuego eterno!», pero ya era demasiado tarde.

El molinero dejó caer la cabeza, poco a poco su voz se fue apagando, semejante al crujido de una rama seca.

—Y cuando lo descubrieron —continuó—, fueron a avisar al alcalde, pero éste dijo que era cosa del verdugo, que era quien debía cortar la soga, la comunidad no podía hacerlo. El alguacil del distrito dijo que debía hacerlo la comunidad, pues el muerto no tenía nada que ver con el verdugo. Y el hombre continuó colgado y, cuando al fin llegó el alcalde, ya lo habían bajado. Un alma caritativa lo había hecho, enterrándolo después en el bosque, nadie sabe dónde.

El viento agitaba las ramas mojadas. El molinero se iba encogiendo cada vez más.

—Y aquí está, bajo la tierra, esperando que Dios se apiade de él —susurró—. Y ahora márchate. Antes de que hayas acabado de rezar dos Padrenuestros verás a los criados del Obispo. Te pegarán, es la costumbre, así que no te resistas. Diles que ya le he pagado al Obispo el último centavo que le debía, y que no volveré por aquí.

El Sin Nombre rezó dos Padrenuestros mientras continuaba avanzando por el bosque y luego se volvió. La luz de la lámpara se había apagado y no logró ver ni al molinero muerto ni su tumba. Y al reemprender el camino hacia las llamas, los criados del Obispo surgieron de detrás de los árboles.

Entre los malhechores que huyendo de la justicia del emperador se habían refugiado en el infierno del Obispo había algunos que, al ver que el trabajo era mucho y poca la pitanza, habían tenido la osadía de rebelarse atacando a los vigilantes a puñetazos o incluso con mazos. Por este motivo, en el dominio habían adoptado la costumbre de encadenar a los recién llegados. Los que picaban la piedra llevaban la cadena en las

piernas y a los que tiraban del carro les ataban las manos. Y así los tenían día y noche, mientras trabajaban y durante las horas de descanso, hasta que vencían su resistencia y se sometían a aquella terrible disciplina.

Al Sin Nombre, que hacía su trabajo sin rechistar, le quitaron las cadenas a las dos semanas. Unas horas más tarde se escapó del infierno del Obispo.

Sólo un hombre que no apreciara mucho su vida era capaz de intentar huir de aquel lugar. En los chozos de los mazos, en los hornos de fundición y en las caleras se trabajaba día y noche, de allí no era posible escabullirse sin ser visto. Pero hacia el oeste, en las canteras, había un muro de piedra muy empinado de unos trescientos o cuatrocientos pies de alto. Allí terminaba el dominio, y los vigilantes pensaban que nadie se aventuraría a escalar aquel muro de noche. A pesar de eso, el Sin Nombre decidió subir por la grieta que atravesaba la roca. Bajo la luz de la luna, fue ascendiendo paso a paso con gran esfuerzo, arriesgando su vida, y, al llegar a la mitad del muro, se escondió entre unos pinos que habían brotado entre la roca. Una vez arriba se permitió unos minutos de descanso. Luego se echó a correr, primero a través del bosque, después por la carretera, ocultándose cuando se cruzaba con alguien. Una hora pasada de la medianoche llegó a su hacienda.

Se agazapó entre los matorrales del jardín y esperó a que el viejo guardián de la casa terminara de hacer la ronda. Luego golpeó en la ventana detrás de la cual dormía la niña.

Había arriesgado su vida por aquel instante y aquella misma noche iba a hacerlo una vez más. Cuando tuvo la cara de Maria Christine entre sus manos, cuando un leve grito le hizo ver que lo había reconocido, olvidó el yugo que había llevado durante el día. El hambre, el carro cargado de bloques de piedra, la cuerda que se le clavaba en el hombro, los golpes de los vigilantes, los gritos y las maldiciones de sus compañeros de infortunios: nada de eso tenía ya importancia.

Maria Christine tenía muchas preguntas que hacerle y mucho más que contarle.

—¿Vienes de muy lejos? Estarás muy cansado. ¿Dónde está tu caballo? ¿Dónde están los criados que llevaste contigo? Yo también sé montar a caballo. Si hubieras venido ayer, me habrías visto montar la yegua alazana, recorrí el patio dos veces, y no tuve miedo. En el pueblo ha habido romería, fue muy divertido, yo también quise bailar, pero madre no me dejó, me dijo: «Tu padre está en la guerra, ¿sabes lo que es eso, la guerra?» Yo le dije que lo sabía muy bien, en la guerra ondean las banderas y el tambor hace ran, ratatatán.

No podía quedarse mucho tiempo con ella, aún debía recorrer un largo camino. Cuando se despidieron Maria Christine lloró.

Al amanecer, cuando el vigilante de las canteras tocó el cuerno para dar la señal de que comenzaba la jornada, el Sin Nombre ya estaba delante de su carreta.

Pasaron tres días, y él volvió a llamar a la ventana de Maria Christine a la misma hora. La niña dio un grito de sorpresa y de alegría. Pensaba que ya no volvería.

—Madre ha dicho que lo he soñado —susurró—. Dice que muchas veces vemos en sueños a personas que no vemos de día. El abuelo y la abuela hace tiempo que están en el cielo, y si vienen por la noche a vernos, es que estamos soñando. ¿Tú estás en el cielo?

—No —dijo el Sin Nombre—. Yo estoy en la tierra. Estoy vivo.

—Entonces, ¿por qué no vienes cuando es de día?

—Porque de día mi caballo marcha muy despacio —respondió el Sin Nombre—, pero por la noche vuela como el viento, en una hora millas ciento.

Maria Christine se apresuró a asentir con la cabeza, le gustaba que el caballo volara por los aires, y sus palabras le resultaban familiares. Empezó a cantar con su vocecita:

Llegaron a la casa de Herodes,

que a la ventana salió, a verles…

Y luego continuó diciéndole:

—La primera vez que te oí golpear en la ventana pensé: ése es Herodes, y no quería verte. ¿Por qué llevas el sombrero calado hasta las orejas? ¿Es que eres Herodes?

—No. Ya sabes quién soy.

—Sí, lo sé y por eso no tengo miedo, te conozco por la voz. Y si mañana madre vuelve a decir que lo he soñado…

—Es que lo has soñado —dijo el Sin Nombre con voz baja y persuasiva. Maria Christine calló. Una oscura intuición le decía que debía mantener en secreto las visitas nocturnas de su padre.

El Sin Nombre la besó en la frente y en los ojos.

—¿Dónde está tu caballo? —le preguntó la niña

—Allí, muy cerca de aquí. Si escuchas con atención lo oirás resoplar —dijo el Sin Nombre desapareciendo luego entre los alisos.

Volvió a verla. Cuando se escapó por tercera vez del infierno del Obispo, el camino a través de la roca le pareció fácil y seguro. Luego atravesó sus tierras de camino hacia la casa, ya no le quedaba mucho para llegar. Pudo ver cómo crecía el trigo y la avena y que ya habían pasado el arado y la grada. Volvió a verla muchas veces. Aquellas conversaciones nocturnas con su hija eran su único consuelo.

Le torturaba pensar que no volvería a ver a Maria Agneta jamás. Trató de apartarla de sus pensamientos. Con aquella marca en la frente y siendo un esclavo del carro en el infierno

del Obispo, debía renunciar a su amada. Lo único que le quedaba era la niña.

Entretanto llegaron a la casa noticias del ejército sueco acerca de la suerte y las victorias de Christian von Tornefeld.

Al principio, los mensajeros que cambiaban sus caballos en la hacienda no habían respondido más que encogiéndose de hombros o moviendo la cabeza cuando Maria Agneta les preguntaba por el señor von Tornefeld, que se había unido al ejército acompañado de dos criados. Nadie lo conocía. Pero unas semanas más tarde, todo el mundo hablaba de él:

—¿Tornefeld? Hay un Tornefeld que se ha destacado al mando de una patrulla.

—Si se refiere al brigada Tornefeld, de los caballeros de Westgöta, ése ha peleado en Jeresno con tal firmeza y valor que, tras la batalla, su coronel le ha estrechado la mano delante de todos los oficiales.

—Su Majestad le ha concedido el honor de aceptarle un libro que, según cuentan, es la Biblia de Gustavo Adolfo.

—¿Cómo no voy a conocer a Tornefeld? —le respondieron dos semanas más tarde—. ¿El que, con un puñado de hombres, consiguió arrebatarle al enemigo cuatro piezas de campaña y los carros de municiones en Batiurin?

Y unos días más tarde:

—Su Majestad lo ha nombrado capitán de caballería.

Maria Agneta escuchaba estos informes con orgullo y también con esperanza y alegría. Pensaba que, tras tantas victorias y tantas hazañas, la paz ya no tardaría en llegar. Y cuando le trajeron la noticia de que los suecos habían vuelto a vencer en Gorskwa y que, esa misma tarde, delante de todo el mundo, el rey había abrazado y besado en ambas mejillas a Christian von Tornefeld, que ahora era coronel de los dragones de Smaland, entonces se dijo que la guerra había terminado,

que los moscovitas no se atreverían a medir de nuevo sus fuerzas con el ejército sueco, y que pronto volvería a ver a su Christian.

Durante algún tiempo no volvió a saber nada de él. El ejército sueco se encontraba ante la empalizada del fortín de Poltava.

Una noche, a finales de julio, el Sin Nombre vio a Maria Agneta.

Como tantas otras veces, había estado hablando con su hija y en aquel momento se disponía a deslizarse fuera del jardín tan sigilosamente como había entrado. Entonces oyó un ruido. Se quedó quieto y se agachó. Arriba, en la casa, alguien había abierto una ventana. Maria Agneta se asomó para contemplar la noche.

El Sin Nombre permaneció inmóvil, escondido entre los olmos, pero su corazón latía con tanta violencia que creyó que le iba a estallar el pecho. Pensó que lo vería, pero no fue así. Miraba las nubes que cruzaban el oscuro cielo. La luz de la luna le brillaba en el pelo deslizándose por sus hombros. Respiró profundamente disfrutando de la brisa nocturna. Sólo el canto de los grillos y un pájaro enredado en la hojarasca de los olmos perturbaban el silencio que reinaba en el jardín.

Luego la ventana se cerró, y aquella imagen desapareció de su vista. Durante un minuto el Sin Nombre permaneció en su escondite como hechizado, mirando hacia arriba, y luego huyó.

Huía de sus propios pensamientos, que lo atormentaban, pero no logró ahuyentarlos, se debatió con ellos durante todo el día mientras tiraba jadeando del carro de la cantera a las caleras y de nuevo a la cantera. Aquella visión lo había turbado. ¡La había tenido tan cerca! Su imagen, tal y como se había presentado ante sus ojos aquella noche, se resistía a desaparecer.

¿Acaso no había vivido con él y no lo había amado durante siete años? ¿Acaso aquel amor no había sido tan fuerte como para que pudiera perdonarle lo que había hecho por ella? Le había mentido y engañado. Pero si ahora él le contaba todo lo que había hecho y a qué felicidad, a qué beatitud y a qué terrible final lo había conducido, ¿no podía esperar su perdón o una palabra de consuelo? Pero si, por el contrario, retrocedía ante la marca de fuego de su frente, si lo repudiaba y lo rechazaba, entonces, ¿qué sería de él?

Aquella duda lo torturaba, pero una cosa era segura: ya no soportaba aquella vida por más tiempo.

Al anochecer había tomado ya una decisión: quería volver junto a ella, abrirle su pecho, y hablar, hablar por fin, decirle todo lo que le había ocultado durante siete años.

Pero eso no era posible. No le estaba permitido, el cielo lo había prohibido.

Aquella misma noche, mientras el Sin Nombre ascendía por la roca, una piedra se soltó bajo sus pies. Resbaló, buscó algún apoyo, y luego se precipitó hacia el barranco. Se le rompieron los miembros, no podía gritar ni moverse, e incluso respirar le causaba un terrible dolor.

Hacia medianoche se le acercó un vigilante con una lámpara, lo vio allí tendido y le preguntó:

—¿Qué haces tú aquí? ¿Qué te ha pasado?

El Sin Nombre señaló con un dedo hacia la roca.

—¿Querías escapar? —continuó preguntándole el vigilante —. Pues ya ves. Ahí tienes tu merecido.

Acercó la lámpara a la cara del Sin Nombre y, cuando vio la azulada palidez de la muerte en sus mejillas y en sus labios, la dejó en el suelo y dijo:

—¡Quédate aquí, no te muevas! Voy a buscar al médico.

El Sin Nombre sabía que iba a morir. Sólo tenía ya un deseo, un pensamiento, pero éste ocupaba todo su ser. Debían decirle a su niña, a Maria Christine, que había muerto. Cuando viera que ya no iba a visitarla, no debía creer que su padre la había olvidado. También quería que rezara un Padrenuestro por su alma.

—¡No! ¡Al médico no! —susurró—. ¡Un cura!

Oyó unos pasos que se alejaban presurosos y luego otros acercándose. Abrió los ojos y vio a un hombre vestido con un hábito marrón que se inclinaba sobre él.

Trató de incorporarse un poco.

—¡Padre! —exclamó con un hilo de voz—. En mi corazón hay una llaga de antiguos pecados, quiero curarla. Debo confesarme.

—¡Sí, Capitán! —dijo una voz conocida—. Aquí estás, descoyuntado entre las piedras, como san Esteban. ¡Debes morir, Capitán, hazte a la idea!

El Sin Nombre se echó de nuevo y cerró los ojos. Era su antiguo camarada, Árbol de Fuego, el que pretendía recibir su confesión.

—¡Despídete del mundo! —continuó predicando el fraile exclaustrado—. No es más que una ilusión y sus alegrías duran lo que un suspiro. Despídete también de tu dinero, ¡de qué te valen ya tus riquezas si no puedes llevártelas contigo!

El Sin Nombre supo entonces que debía morir sin confesión. Porque Árbol de Fuego sólo deseaba saber una cosa: dónde había escondido su antiguo capitán los florines y los ducados que había recibido del botín.

—Cuida, Capitán, de no acabar engullido por las llamas del infierno. ¡No te obstines en ocultarlo! —insistió el fraile exclaustrado—. Podrás ayudar a más de uno con ese dinero, a

ti ya no te vale para nada. Renuncia a él, y tu alma se elevará hacia el cielo como la alondra al amanecer.

De los labios del Sin Nombre sólo salió un leve estertor.

—¿No quieres darle un chasco al diablo? —le propuso entonces Árbol de Fuego—. Remata tu vida con una buena acción y dime dónde has escondido el dinero, así burlaremos al demonio y Dios te recibirá con los brazos abiertos.

El Sin Nombre callaba.

—¡Bueno, pues vete al infierno! —gritó indignado Árbol de Fuego—. ¡Y que cien mil demonios se peleen por tu alma!

El moribundo ya no lo oía. Tenía a otro frente a él, uno que no hablaba y no se movía, a quien también conocía: el querubín de la espada, que un día lo acusó tres veces allá en las alturas.

—Eres tú —dijo el Sin Nombre sin mover los labios—. Escúchame. He pensado muchas veces en el juicio divino sin lograr comprenderlo. Me resultaba muy difícil. En aquella ocasión le rogaste al Altísimo que se apiadara de mí, hazlo hoy de nuevo. Sólo deseo una cosa: que mi hija, al ver que no regreso, no crea que la he olvidado. Alguien debe decirle que he muerto. No debe llorar por mí, no lo deseo. Que rece un Padrenuestro por mi alma.

El ángel de la muerte levantó los ojos hacia las estrellas. Por un instante permaneció así, inmóvil, semejante a una sombra, y luego inclinó hacia él su severo y majestuoso rostro, concediéndole en silencio su deseo.

Al día siguiente, hacia el mediodía, un oficial sueco que llevaba un brazo en cabestrillo trajo a la hacienda noticias de la batalla de Poltava. El ejército sueco había sido aniquilado, el rey había huido, y entre los caídos se encontraba la gloria y el orgullo del ejército sueco, el coronel Christian von Tornefeld.

Maria Agneta recibió la noticia con el rostro impávido, al principio no podía creer lo que había ocurrido, y más tarde su dolor era demasiado grande como para que pudiera llorar.

Una vez en su habitación las lágrimas brotaron de sus ojos. Al anochecer pidió que le trajeran a la niña. Cuando llegó Maria Christine, la tomó en sus brazos y cubrió su cara de besos.

—¡Pequeña! —dijo en voz muy baja—. Tu padre ha muerto en la guerra, no volverás a verlo. ¡Junta las manos y reza un Padrenuestro por su alma!

Maria Christine la miró y movió la cabeza. No podía y no quería creerlo.

—Volverá —dijo.

Los ojos de Maria Agneta se llenaron de lágrimas.

—No, no volverá —se lamentó—. Jamás, jamás. ¿No lo entiendes? Está en el cielo. Junta las manos, reza tu oración. Él te quería tanto como yo, ¡mi tesoro! ¡Ahora reza un Padrenuestro por su alma!

Maria Christine movió la cabeza. Pero entonces vio afuera, en el camino, una carreta con un ataúd que venía del dominio del Obispo.

Juntó las manos.

—Padre Nuestro, que estás en los cielos —rezó—. Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad, rezo por el pobre hombre que llevan en aquel ataúd, nadie llora por él, concédele la paz eterna. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal, porque tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria, amén.

Y, lentamente, la carreta que llevaba al Sin Nombre hacia su tumba cruzó delante de las ventanas de la casa.

LEO PERUTZ (1882-1957), descendiente de una familia sefardita, nació en Praga y se trasladó a Viena en 1899. Matemático de profesión, inició en 1915, mientras convalecía de una herida de guerra, su carrera de escritor. En 1938, huyendo de los nazis, emigró a Palestina y falleció en Austria, durante una estancia en el balneario de Bad Ischl. Admirado por autores como Ian Fleming, Graham Greene, Italo Calvino y Jorge Luis Borges, cultivó una personal fusión de literatura fantástica y policíaca.